Libros del Asteroide

Nerea Pallares

Punto de araña



Nerea Pallares

Punto de araña

Libros del Asteroide

Primera edición, 2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Nerea Pallares Vilar, 2026
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Revisión de las frases en latín: Elena Artigas

La traducción de la cita de Catulo de la página 9
es de Antonio Ramírez de Verger para Alianza Editorial.

Imagen de cubierta: © Nirav Patel / Stills.com
Fotografía de la autora: © Daniel Katanga

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 979-13-88056-05-5
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

A mis amigas, que lo merecen todo
y también este libro

Hilemos, señores,
es tiempo de relevar
a las Parcas.

Hilos, Chantal Maillard

Aeternumque manus carpebant rite laborem.
Sus manos cumplían ritualmente su tarea eterna.

Poema número 64 v. 310, Catulo

Destejer

Fueron los ojos.

Y podría haber sido otra cosa. El mar salvaje y sin orilla, subido al asfalto en cada ola, que nada más llegar me mojó los pies. O quizás mis propias sensaciones: la lengua que se hizo sal, el pelo al viento en vertical como tentáculos de medusa y sentir que los cruces de tierra y musgo que componían los caminos de aquel pueblo me convocaban. O podría haber sido ese extraño espíritu que todo lo habitaba: el viento que azuzaba el agua y azotaba las puertas de las casas, la boca de la bahía abierta entre faros, las nasas tendidas en el puerto como un gran lomo de escamas, ocre, verde y gris, enroscado y adormecido. Ese pueblo-reptil que se había despertado embravecido, haciendo sonar la música violenta de los mástiles. Un laberinto que con su vendaval me llamaba.

Pero fueron los ojos.

Y no los de los habitantes, que aquel día eran ojos esquivos y hechos a ráfagas. Me di cuenta de que evitaban mirarse cuando en el cementerio abrieron un corro para dar sepultura a un ataúd y me dijeron que dentro había una niña. Hacía apenas unas horas que acababa de llegar y dejar en mi nueva casa las maletas, cuando me encontré con todo el pueblo reunido en aquel entierro. No faltaba nadie: por las calles vacías solo pasaba el temporal. En otras circunstancias nadie le habría dado explicaciones a una desconocida como sí hicieron conmigo, pero en mi caso era distinto porque ya sabían que era Ari, la del museo, la que había ido para quedarse, así que, de alguna manera, intentaban ponerme al tanto. Mientras el cura predicaba al fondo, entre susurros, las mujeres me hablaron del naufragio y de cómo el mar había escupido a la niña en la arena de Reira. Sacudían la cabeza en una negativa vehemente. Fue a navegar con el padre, le estaba enseñando a la niña a andar al mar, pero dime

tú a quién se le ocurre salir con las mareas vivas. Pa'qué vale eso, dime tú, *pra procurar unha desghrasa e nada máis*. Y mira que la madre se lo dijo bien claro, hoy de aquí no la llevas, contigo no va, pero este nada, ho, así como le salió la mujer por la puerta, le faltó tiempo a él para marchar con la niña, ¿no sabes? Murmuraron algo más sobre aquellos hombres, estos merdentos que piensan que todo tiene que ser como dicen ellos. Y no es así, ¿eh? *O conto non vai ser así*, que aquello había sido demasiado y que iba a tener consecuencias. Y dijeron algo más sobre eso, sobre las consecuencias, que no escuché o que no entendí, que no entendería bien hasta mucho después, en cualquier caso. Fue entonces cuando me giré y los vi: aquellos ojos que también me miraban.

De entre todas las señales posibles cuando llegué a Camariñas, fueron sus ojos los que me lo revelaron.

Y no fue porque me preguntase, desde el primer contacto visual, si en aquella mirada dura y sin parpadeo con la que aquella mujer me aguijoneaba estaba, quizás, el dolor de esa madre a la que no habían hecho caso. No fue eso, sino otra cosa que supe enseguida a través de ellos. Los habitaba algo más allá de lo humano.

Pasaría mucho tiempo hasta que volviese a ver a esa mujer de nuevo.



(*Hay un monte.*)
(*Hay una cima.*)
(*Hay un claro.*)
(*Hay un centro.*)
(*En el centro hay tres viejas.*)
(*Tres hermanas.*)
(*Hay un coro.*)
(*Hay cientos de mujeres en círculo.*)
(*Son un coro.*)
(*Hay un coro de mujeres.*)
(*En el centro tres viejas.*)

(*Hay vestidos blancos.*)
(*Hay vestidos de lino.*)
(*Trajes de otra época.*)
(*Cestas con flores de tojo.*)
(*Cestas con encajes.*)
(*Cestas con palillos.*)
(*Hay quietud.*)
(*Hay silencio.*)
(*Silencio.*)
(*Quietas.*)
(*Luego ya no hay silencio.*)
(*Luego las tres viejas hablan.*)
(*O no.*)

(*Hay tres viejas que hablan.*)

(*Hablan*)
(*una*)
(*detrás*)
(*de la otra*).
(*Hay un coro que asiste.*)
(*Hay un coro que obedece.*)
(*Un coro de mujeres vestidas de blanco.*)
(*Son trajes de otra época.*)
(*Hay escucha.*)

(*En realidad, no hay sonido.*)
(*Se entienden desde dentro de las cabezas.*)
(*En realidad, las viejas dicen.*)
(*En realidad, el coro asiente.*)

(*Hay órdenes muy claras.*)
(*Repetidas por las viejas.*)
(*Repetidas por el coro.*)
(*Repiten.*)
(*Repiten.*)
(*Repiten.*)

(*Hay una fecha.*)

(*Hay un tiempo detenido.*)
(*Un tiempo fuera del tiempo.*)
(*Un tiempo eterno.*)
(*Un tiempo que retorna.*)
(*Un ciclo.*)

(*Y en medio una fecha.*)

(*Hay un lugar que no.*)
(*Un lugar fuera de las estancias.*)
(*Un lugar de reunión.*)
(*Hay una reunión.*)
(*Siempre.*)

(*Tres arañas*)
(*y un coro*) (*de cientos de*)
(*arañas blancas*)
(*arañas de lino*)
(*arañas encajeras*)
(*cientos de arañas*)
(*arañas en huelga*).

(*Hay una reunión*)
(*una reunión que ya hubo*) (*cuándo*)
(*por los siglos de los siglos*)
(*una reunión que ya hubo*) (*siempre*).

(*Hay una reunión.*)
(*Hay una fecha.*)
(*El dieciséis del siete.*)
(*La Virgen del Carmen.*)

(*Hay una reunión.*)
(*Hay una fecha.*)

Jamás se lo confesaría a nadie de la cofradía, pero a Lita había algo de aquella tarea que la excitaba. En ese trabajo a contrarreloj, de apenas dos horas antes de la bajamar y hora y media después, le calibraba a la vida sus dimensiones, se la jugaba. Los mejores percebes, esos bien gorditos y rellenos que se llevaban las grandes pujas de la lonja, elegían los acantilados donde el océano batía con más fuerza. Se diría que también a ellos les gustaba el riesgo y se alimentaban de la bravura de las olas. Ella estaba convencida de que era por eso por lo que sabían tan bien, se bebían toda el agua. A Lita le encantaba apañar a manos llenas ese botín salado de crustáceos sin ojos, enfundada en el neopreno y con los graznidos de las gaviotas a pico cerrado sobrevolándole la nuca. Del mar había adorado siempre su fiereza imprevisible y ambivalente, todo te lo daba y todo te lo podía quitar. En ninguna parte se había sentido tan viva como al filo de una roca.

Seguro que a ellas también les pasaba, no hacía falta que lo dijesen. No solo a las de la cofradía, también a las de la conservera, a las palilleiras y a las redeiras, que muchas veces, además, eran las mismas y alternaban oficios, como Lita, que durante treinta años había mariscado quince días al mes, otros tantos días había enlatado sardinas —abriéndolas en abanico con un toque de pulgar— y cada noche había cosido las redes que su marido llevaba a bordo. Todas podían sentir la voluntad que gobernaba el mar y el viento y sabían bien que se trataba de un espíritu indomable que, de alguna manera, le había atravesado el carácter a la gente del pueblo. Conocían el secreto: para relacionarse con el océano, la cuestión era tener presente que se estaba ante una fuerza libre y salvaje y, como tal, no querer dominarla sino fluir con ella. Lo hacían así las nasas que dejaban pasar el agua a través para recoger del mar solo lo necesario. Las redes bailaban con

las olas cuando, en sus idas y venidas, contemplaban un hueco, la única forma de acariciar por un momento aquel espíritu. Por eso todos los tejidos en Camariñas, hasta el encaje, estaban hechos de calados.

Del mar venían las mejores y las peores historias. Sus amigas, reunidas en las tardes de palillo, siempre la incitaban a que contase aquella en la que un vecino la había salvado. Y entonces cómo fue, Lita, aquella vez que te morreara el Toñito. *'Tá calada, ho!* Qué me iba a morrear, más quisiera él, respondía ella divertida y empezaba a contarla. Lo que sí fue cierto es que ese día casi me muero de verdá. Andaba en los percebes y me cogió una ola grandísima, no la vi venir. Pero mimá… Cuando reviví y estaba el tipo aquel encima haciéndome el boca a boca y me di cuenta de que le faltaba un ojo… Casi me ahogo al momento otra vez. Y entonces, sobre el clin-clin-clin de la cadencia de palillos, se imponían las risas de todas. Pero otras veces el mar arrebataba y de él venían también las historias de los desaparecidos y de los ahogados. Como la de aquel día que Lita escuchó en boca de Xela, cuando la fue a buscar al puerto. Xela corría sofocada hacia ella y le gritaba María, María, María y Lita preguntaba, pero qué María, ¿mi hija?, sí, Lita, María y el cuerpo, la playa, los pedazos. Después de aquel día Lita tomó dos decisiones: la primera fue divorciarse del marido, la segunda se gestó en la sede de la asociación. Congregadas, dos días antes del entierro de la niña, todas las palilleiras del pueblo —Lita entre ellas, sentada en silencio, con el dolor intacto— sabían lo que había sucedido realmente y tomarían la otra decisión. La que estaba a punto de cambiarlo todo.

Mucho les tenemos aguantado, no me jodas. Tienes razón, mujer, y no les podemos aguantar más. Siempre había sido igual, lo contaban también sus madres y las madres de las madres de sus madres. Decidían sin tenerlas en cuenta y eran los dueños del dinero, incluso del que hacían comerciando con los encajes que elaboraban ellas. Iban y venían del mar, si había explicaciones siempre eran escasas, desaparecían por meses y por años y, a veces, incluso, formaban nuevas familias al otro lado del océano. Algunos volvían después de toda una vida solo para morir, cuando eran viejos, estaban enfermos y querían que fuese su primera mujer quien los cuidase. Ja, cabrones. A

los hombres del pueblo se les daba muy bien pensar solo en sí mismos. Aquellos hombres anfibios, egoístas y ausentes. Entretanto, generación tras generación, ellas habían continuado tejiendo. Pero esta vez estaban hartas. La muerte de María había sido demasiado; desde entonces algo había cambiado en el ambiente.

Mientras sus compañeras hablaban, Lita continuaba callada. La mirada en el suelo. Aquí en el pueblo te hacen todos igual. Piensan estos que somos burras o qué. Que no sabemos a lo que andan. Oír, ver, callar y ya está. Pues no señor, no me da la gana. Chiruca, que llevaba toda la tarde escuchando a las demás, agarrando el hombro de su tía Lita como si así pudiese también sujetar su dolor, intervino de repente. Su rabia hablaba por ella en pequeñas descargas eléctricas. Hay que hablar de lo que es. Está claro que mi tío a las navajas no fue. ¿O no visteis cómo tenía la niña la pierna cuando dieron con ella? La imagen de la adolescente muerta sobre la arena, con la carne hecha volcán por la metralla, estaba ahora en la mente de todas. Asintieron. Solo se escuchó el repiqueteo de palillos. ¡Ese fue a los fardos y pagó la niña por él! Le pedía a la chavala que le hiciera de estaca, no era la primera vez. ¡Cómo iban a encallar! Chiruca se levantó de golpe, incendiada por sus propias palabras, y salió a fumar un cigarro. Le vertían los ojos. Desghrasiados, sacudió Xela la cabeza. Siguieron palillando calladas las demás, el silencio espeso. Fuera, Chiruca aplastó la colilla contra el suelo y volvió huracanada. Vamos a hablar claro. Muchos de vuestros maridos también andan en la fariña y ya está bien de hacer como que no. El dinero de las planeadoras trae la ruina. Algunas replicaron. Y qué piensas tú, con ellos ya se habló, Chiruca, ya se les dijo varias veces. Sí, mujer, sí, pero estos las palabras no las entienden, apuntó una. O no las quieren entender, matizó otra.

Entonces sonó una voz al fondo de la sala. Una voz ronca y preparada para todo.

Lita habló por primera vez. Pues habrá que hacerles entrar en razón de otra manera entonces. Las palilleiras la miraron sin decir nada; había dolores que de tan grandes solo se podían acompañar en silencio, así que se quedaron coreografiando su rutina de cada tarde sin añadir una palabra. Sirvieron café, cortaron la broa de sangre en

quince pedazos y todas merendaron, menos Lita, que apartó su plato y se levantó para decir algo de nuevo. Dio un golpe en la mesa con el puño de una mano callosa y desnuda, ya sin anillos, y algo granítico en sus ojos les confirmó a todas las demás que la decisión ya estaba tomada. Se acabó.

—*Hai que chamar por elas*.

Esta vez el silencio fue rotundo y aterrado. Sabían bien a quiénes se refería Lita cuando decía que había que llamarlas, pero, por un momento, alguna tuvo la esperanza de que aquello fuese una confusión, quizás la habían entendido mal y no estaba pensando en algo tan drástico, pero no, Lita añadió a las tres viejas y no hubo duda. Tampoco parecía posible hacerle cambiar de opinión. Con todo, el murmullo fue inmenso, *toleou*, todas eran conscientes del riesgo que suponía lo que Lita estaba proponiendo, *esta muller toleou*, convocar a las tres viejas traería consigo cualquier consecuencia inesperada, *a última ves que se chamou por elas nin miña nai nasera*, cuando se les pedía consejo su intervención siempre era radical e imprevisible, *créocho ben,* un gobierno de otro orden, *o único que sabemos delas é o que contaba a xente de antes,* un poder absoluto que se escapaba a su control, *unha loucura,* pero ante el pánico del grupo y el rumor que se precisaba y se hacía cada vez más intenso, Lita insistió:

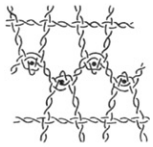
—*E se non as chamamos desta, cando as habiamos chamar logho?*

Nadie supo qué contestar. Se hizo evidente para todas que Lita tenía razón. Lentamente, las palilleiras asintieron y asintieron todas: las de Rendas y las de Puntillas, que llevaban años peleadas y siempre se contradecían, pero tuvieron que vencer su rivalidad histórica porque sabían que ante una decisión así era importante estar unidas.

Y pronto lo prepararon todo para hacer la llamada a la otra parte.

Tienes dos móviles, bueno, en realidad tienes uno y otros muchos. El primero es el que nunca cambia, un iPhone 14 con pantalla de 6.7 pulgadas que es súper caro y desde que te lo vieron las niñas quieren también uno, Vera y Zoe no paran de pedírtelo, María, venga, porfa solo para hacer un vídeo, y a ver la verdad es que a ti te gusta ser la única que lo tiene porque para hacer los TikToks y los directos de Twitch pues es increíble, se ve genial, pero genial, genial y desde que te lo regaló tu padre te suben los seguidores todos los días, y eso que tampoco estás haciendo nada nuevo, lo de siempre, los *reels* explicando cómo echáis el rastro para las almejas, contar las movidas de clase, como la del otro día de la de mates que fue a haceros el examen y dejó el paraguas, el puto paraguas de «vigilante», y luego volvió y le preguntaba quién había copiado y quién no, en comentarios la gente creía que te lo habías inventado y tú que no, que no, que fue así literal, jajajaja, o para las coreos, claro, también lo usas, a Vera y a ti se te ocurren dos o tres a la semana mínimo. La cosa es que ahora lo que haces te funciona mejor, seguramente porque se ve más pro, ojalá algún día te fiche una agencia de esas, de creadores de contenido, vivir de eso sería top. Tu padre sabe que eso es lo que quieres y por eso te compró el iPhone 14, bueno, por eso y porque te dice que estás haciendo las cosas bien. A tu madre, sin embargo, le da igual, ella lo único que quiere es que estudies, que eches una mano en casa y poco más, por lo menos no se mete. Pero tu padre sí, con tu padre puedes hacer tratos. Sabes que si haces lo que te manda luego puedes pedirle que te compre lo que quieras. Los móviles buenos. Porque los otros nada, esos son distintos, son de usar y tirar, hay que cambiarlos todo el rato cada vez que termina un trabajo. Esos son solo para llamar, escuchar los tres tonos y tirar, al monte o al mar. Buah, la verdad es que eso de ecológico tiene cero y se lo dices a tu

padre, pero él te contesta que es lo que hay. Tampoco te explica nunca bien del todo qué hacéis exactamente, al final siempre te cuenta lo mismo, que cuanto menos se sepa de esto, de lo que hacéis, tú y todos los demás, mejor, menos lenguas que largan. Y que sí, qué pesado, que ni una palabra a nadie y menos aún a mamá. Que vale. A ver, tú no eres imbécil, bien lo ves hablando muchas veces con los Cachís y ya te imaginas qué es lo que tiene que llevar en la lancha cuando lo llaman. Pero esa es su movida, tú la respetas porque también le escuchas decir que si no al mar pues que no le saca un duro y tal y a ver lo que te manda hacer en realidad es súper fácil, tampoco tienes mucha queja. Es quedarse en la costa, vigilar varios puntos que ya te dice tu padre cuáles son en el momento del transporte y poco más. No es mucho tiempo, pero eso sí, es muy importante estar atenta. Y, además, como suele ser de noche cuando lo hacéis, tienes que fijarte a saco. Pero hoy vais a hacer un trabajo de día. Dan temporal y cuentan con que no haya nadie en la costa, aunque vais más allá. Te parece que lo de esta vez es un poco distinto, te da la sensación por lo que te dice tu padre. Bueno, por eso y porque lo ves más nervioso, quién sabe. Te explica que tienes que quedar en otro barco mientras él hace el transporte. Crees que es de unos extranjeros. Y que, si todo sale según lo previsto, que va a ser la hostia, dice, que se retira. Tú solo tienes que esperar allí en el barco a que él vuelva con la planeadora vacía. A tu madre le dices que vamos a los berberechos. Y te promete que si todo va bien te compra el iPhone 15. Estás muy contenta.



LAS TRES HERMANAS: Cinco mil bocas mudas.
CORO: —Perderán el hilo.
—Perderán el hilo.
—Perderán el hilo.

LAS TRES HERMANAS: Cinco mil mentes confusas.
CORO: —Incapaces de hilar fino.
—Incapaces de hilar fino.
—Incapaces de hilar fino.

LAS TRES HERMANAS: Cinco mil vidas humanas.
CORO: —Penderán de un hilo.
—Penderán de un hilo.
—Penderán de un hilo.

A todos los rincones llegaba la peste de la casi muerte. Bajo el resplandor halógeno de la nave industrial, las toneladas de pescado dispuestas en el centro parecían ser el objetivo quirúrgico de una gran mesa de operaciones. El hedor intenso de todos los peces que se desinflaban a la vez con branquias palpitantes lo inundaba todo. *Sardiña aberta, señores, sardiña aberta a sincuenta e sinco, sincuenta e catro, teño sardiña aberta a sincuentra e tres, sincuenta e dúas, sincuenta e unha, sincuenta... Miña!* Catuxa interrumpió la subasta y compró varios kilos de sardinas de Cariño, recién descargadas de las tarrafas aquella madrugada. Te volviste loca o qué. Acostumbrada a que su amiga ajustase siempre el precio hasta el final de la puja, a Xela le extrañó la prisa y, contrariada, le ayudó a dirigir el carro por el suelo húmedo de la lonja de Malpica, esquivando las cajas de tentáculos y los jureles que todavía coleaban. ¿Y acaso tenemos tanto tiempo? ¡Si hoy no llega el día a nada! Afuera llovía y cantaban los gallos. Cargaron ágiles la mercancía en el furgón mientras Xela no paraba de estornudar. Abrígate, nena, que andas a cuerpo gentil y lo que faltaba es que ahora te pusieras tú enferma. Catuxa arrancó hacia Camariñas con las primeras luces. Le sudaban las manos al volante, estaba nerviosa. En realidad, todas lo estaban. La oscuridad del cielo era rotunda como un mal presagio. Tenían que encontrarse con las demás en el monte un rato antes de las dos y no podían retrasarse ni un minuto. Si no, no funcionaría. Y debían aún de preparar las ropas. Pa mí que a Lita ya se le fue la cabeza, mandarnos hacer ahora esta entroidada… No le llames así, ho, que la cosa es seria. Y Lita, normal, Litiña, miña pobre, cómo ibas a estar tú si te matasen a una hija. Catuxa tenía razón. Xela pensó en Zoe y se le comprimió el cuerpo como erizo de mar, pero no podía evitar sentir pánico ante lo que estaban a punto de hacer. Su ironía era una forma de defensa.

Por un momento quisieron que aquella mañana fuese una más. Xela se quedó en el puerto al llegar a Camariñas y Catuxa se fue deprisa a abrir la tienda. Prendió luces y acomodó el pescado fresco de ojos brillantes como canicas en las camas blancas y verdes de hielo picado y césped falso. Luego despachó la montaña de papeles numerados que crecía con cada pitido del dispensador de turnos. Pero aquel día las dos tuvieron que terminar sus tareas pronto. Quedaron poco después en el bar de Cruz, donde habían acordado vestirse antes de subir a la cima. Les ladró la perra al entrar y sorprendieron a su dueña pegada al lino de los bajos del vestido que arreglaba. Los ojos en la tela. Tanta gana de coser tienes o qué. La saludó Catuxa. Esta sí, ho, si la dejas en una semana te hace un juego de sábanas. Después Xela. Estate quieta, mujer, que las viejas no te van a mirar para la puntilla. Intentaban hacer cotidiana una situación en la que, en realidad, nunca se habían visto.

Hacía mucho tiempo que nadie llamaba a las tres viejas.

¿Lo trajisteis? ¡Hombre, y luego! Xela desplegó el conjunto blanco ante los ojos de Cruz. La perra empezó a olfatear aquella pieza apolillada con el olor salado de los siglos. Y bien que costó encontrarlo. Luego plegó el rabo entre las piernas como un látigo caído y soltó un gemido sordo. También ella parecía haber sentido los recuerdos de otras eras. ¿Dónde teníais los vuestros? Yo el mío lo tenía con las cosas de encaje, donde no me va mi marido, ¿no sabes? Ay qué listiña es esta mujer, Xela le guiñó un ojo a Catuxa y se ayudaron a abrocharse. A todas les había resultado muy difícil encontrar las ropas del ceremonial, que les había entregado un día su madre y antes de ella la madre de su madre, y antes aún la madre de la madre de su madre. Toda una dinastía de la que era imposible seguir el rastro. Miles de mujeres que, cuando creyeron que ya estaban listas, les habían dejado en herencia los hilos que tejían el mundo. Y entonces, ataviadas con la geometría perfecta de aquellos calados de arañas de ocho patas, podían ser también hacedoras del rito. ¡Mira para ahí qué espantallo! Xela se reía mirándose al espejo, convertida en reloj de arena por el volumen de las enaguas que le iban grandes. Te estamos bien para subir al monte con esto. Cruz acarició al animal, todavía asustado, y les acercó tres vasos con coñac. Si hay que hacerlo, se

hace. Venga, señoras, chinchín, para temperar los ánimos, pa dentro todo. Y se lo bajaron de un trago. Con el alcohol calentándoles las gargantas pusieron rumbo al monte bordeando la ribera, la perra iba primero. A sus pies vibraba el camino. El viento del norte percutía la tierra y peinaba las coníferas como sauces. Y aquella fuerza brava que llenaba la marea las empujaba también en la dirección misma de su marcha. Un viento helado quería que avanzasen.

Llegaron al Foxo dos Lobos poco antes de las dos. Y allí estaban las demás, preparadas para iniciar el ascenso. Palilleiras de toda la comarca, desde Razo hasta Fisterra, saludándose aquí y allá, agitando las puntillas de lino como pelos al aire: una gran procesionaria de encaje blanco sobre el tapete jade. Hermosas y llenas de rabia. Quizás muchas de ellas no comprendían ciertas cosas, pensaban a veces, pero nadie allí era tan corta de entendederas como para no saber lo que estaba bien y lo que estaba mal. Por más que los hombres del pueblo creyesen que sí. Por más que pretendiesen hacerlas invisibles y tontas, no lo eran. Y además de todo, eran necesarias. Se había acabado el coser y callar. Harían lo que determinasen las arañas.

Bueno, pues pienso que ya estamos todas. Aquello que dijo Lita bastó para empezar la marcha y, como si entendiese también, la perra se echó a correr por un sendero cada vez más empinado, buscando algo como loca, con las palilleiras, una tras otra, a veces de la mano para no caerse, hechas sudor y jadeo. Un mismo cuerpo de leche ascendía por el desfiladero entre ladridos. Había dejado de llover y ahora un sol pleno las abrasaba en sus trajes. La asfixia llegó pronto, pero ellas siguieron. Como cuando le sacaban las agallas y las tripas al pescado o almacenaban en la conservera la faena en kilos. Te pesa el culo o qué. Dale, que bien puedes, mujer. Como cuando hundían los tubérculos en la tierra para plantar patatas o les limpiaban la mierda a sus padres enfermos o amamantaban insomnes a sus críos, después de tejer de noche jerséis de invierno para todos. Venga, tira pa'lante. Ninguna pensaba en dar la vuelta.

Para la resistencia ya habían tenido toda una vida por ensayo.

Y así, esa hilera de cabezales blancos se hizo cuerda y se hizo red ascendiendo sin descanso entre los pinos, como una procesión de flores de camariña que polinizaba el monte. Al otro lado y después de

todo, querían un destino distinto. Estamos llamando por algo muy serio. Aquella urdimbre que arañaba la montaña era imparable. Y a la hora prevista, después de subir con las frentes goteantes y las lenguas secas y calientes, el aullido de la perra que husmeaba enfebrecida la cima les anunció que habían llegado.

Podría haber elegido cualquier otro museo cuando me saqué la plaza y no sabía decir por qué, con apenas veintinueve, quise pasar los próximos dos, tres o quizás diez años en el del encaje en Camariñas, ese rincón remoto de corteza verde adherida con obstinación a su puerto, temporal tras temporal, como los mejillones a las bateas. No sabía nada de aquel pueblo, pero lo cierto es que en mi primer mes allí yo ya lo sentía propio. Catuxa vendía marisco vivo en su pescadería y a veces en un puesto ambulante de carretera, muy cerca del Náutico, enseñando a los caminantes, a manos llenas con guantes azules, la frescura de aquellos centollos que sacudían como arañas sus patas en el aire. Lo hacía con un ojo siempre puesto en el mar y en Vera, su hija, que rondaba los catorce y se pasaba las tardes haciendo vela con Zoe. El puerto no descansaba nunca. Sobre la ría se extendía siempre en el asfalto otro mar, uno de redes con restos de pescado, y los barcos descargaban y zarpaban todo el tiempo. Apenas paraban para las reparaciones necesarias y allí los esperaba Xela, en la gran explanada llena de furgonetas, lanchas y barcos vacíos elevados a siete palmos del suelo, con la radial a punto y el remate de dos capas de pintura. Todas tomábamos café en el bar de Cruz que, después de los desayunos, se sentaba con nosotras en su terraza amplia con vistas a la ría y contaba a cigarros los tiempos muertos. La vida era en aquel momento una coreografía tranquila y muchos días se nos hicieron noches a puerta cerrada, con la barra llena de copas y confesiones. Así de fácil fue sentirme en casa.

Cogí el mapa de Camariñas y tracé espirales imaginarias que unían la ensenada de Arneliña con el Coidal das Castañas, con el rotulador fosforito me inventé litorales posibles que se convertirían después en rutas a pie en las que guiaba a los turistas. Cartografiar un territorio y después narrarlo era un intento de acotar y explicar la vida que sin

embargo se basta a sí misma y rebosa los marcos. Sucedía algo parecido cuando trazaba los diseños para el encaje: cerraba los ojos y la vista en negro se me llenaba de formas que se convertían luego en líneas sobre el cartón, patrones que expresaban el símbolo de cada cosa que en el mundo existe —las margaritas, los rombos con hojas de guipur, los peces, las banderas— y que después se teje en los picados.

Hubo una ruta para los molinos en Ponte do Porto, otra en el monte Insua en la que contaba la historia de una antigua mina de wolframio, pero mi favorita era una hecha con las manos de las mujeres, la que iba de la conservera a los talleres de las palilleiras. Entregadas al encaje de bolillos, un trabajo informal y mal remunerado, no eran ellas las que se llevaban el mayor beneficio por su labor, sino los comerciantes, porque lo cierto es que las artesanías sí eran muy apreciadas en el mercado, le explicaba a los ingleses y a los alemanes que llegaban a Camariñas, muchas veces a pie, siguiendo el Camiño dos Faros. Fue extraño ejercer como guía del pueblo cuando todavía no sabía nada de él, cuando yo misma iba descubriendo su historia al tiempo que la contaba para otros. Y creo que por eso mismo también fue creciendo mi relato. El encaje de bolillos ha sobrevivido a todo —con el tiempo pasé a empezar así mi explicación—, al interés de la Sección Femenina por relegarlo a una actividad doméstica individual, a los intentos de desarticular las palilladas, a la falta de regulación y de cobertura sindical, a quienes pretendieron reducirlo a un fetiche folclórico, a mera curiosidad identitaria. Nada ha conseguido impedir que las mujeres se sigan reuniendo para tejer juntas.

—¿Desde cuándo haces este recorrido?

En cada ruta siempre había alguien que me hacía aquella pregunta y poco a poco el calendario iba añadiendo días a mi respuesta: desde hace una semana, dos, tres meses. Me encargué enseguida también de poner a punto el museo, quería que el encaje siguiese siendo una fuerza viva y no algo fosilizado, como sucedía en parte cuando lo vigilaba ya no el franquista, sino ese otro régimen, el patrimonial. Así que organicé clases de palillo a las que conseguí que se apuntaran curiosas todas las niñas de Camariñas y luego las de Camelle, Xaviña, Arou, Ponte do Porto y hasta alguna de Leis, de Merexo, de Braño o de Tufións, y le di un merecido lugar central, en la vitrina más grande

de la sala de exposiciones, a aquella mantilla de encaje en seda negra que diecisiete palilleiras viejas habían tejido en el 94 para la entonces reina, más de quinientos días y noches sin descanso. Una pieza única. También de negro, y ya dividida en dos, vestía en aquellos primeros días después del entierro la familia de la niña difunta, la madre, la tía y la abuela, por un lado, y su padre solitario, por otro, con miradas que nunca se cruzaban y que llevaban sin embargo un mismo luto. Es cierto que las conversaciones sobre lo sucedido duraron semanas y se colaron entre las fisuras de la cetárea, de la conservera, de la lavandería, del mercado y de las casas, en un duelo creciente y colectivo en el que todas tuvieron ya conmigo la suficiente confianza como para explicarme la realidad: el asunto de los sobresueldos clandestinos, los tratos con los narcos y las descargas que hacían los hombres del pueblo cuando la faena en el mar no alcanzaba. Me dijeron que estaban hartas de los riesgos a los que todo aquello las exponía, que no merecía la pena, que lo de la niña había sido ya el colmo, que ellas se desmarcaban. Pero también es verdad que el revuelo se apagó poco a poco y no duró tanto. El pueblo supo volver a lo suyo, como siempre, y replegarse pronto en jornadas apacibles. Yo las disfrutaba tanto que para entonces ya casi me había olvidado de la mirada de aquella mujer en el entierro. No la había vuelto a ver.

Aquel pueblo, en cada paseo, me parecía un laberinto de caminos recién hechos que el viento trazaba en mar o en tierra, siempre serpenteantes, y a mí me encantaba desfilar por sus acantilados, con el rastro de las olas ya rotas a oeste y, a este, los amarillos y violetas de los brezales abiertos en espigas. Pero qué extraño era reconocerme los pasos, sentir que ya había estado allí. Antes de que llegases, te llamábamos, me decía Chiruca cuando nos bañábamos juntas en playa do Trece, hacía mucha falta que alguien hiciese tu trabajo, tía, hasta ahora aquí las chavalas del palillo no querían saber nada, se estaba perdiendo el relevo. No entienden lo importante que es. Mucho menos lo saben los hombres. Y seguro que tú misma tampoco del todo, aún. Pero enseguida lo has de ver. Por qué nadie se había ocupado en todo este tiempo de enseñarles era algo que me intrigaba y se lo preguntaba a Chiruca, que se reía. No podía ser otra, tenías que ser tú y saltaba al

agua y sus comentarios se perdían con ella, misteriosos, buceando las olas.

Par entero, vuelta, vuelta, cruz. Aunque estaban lejos todavía del ritmo acompasado de las veteranas, todas las niñas de la comarca, que se reunían por las tardes en el museo, precisaban cada vez más la danza de palillos y me animé enseguida a enseñarles el pique de medio par, el casadillo, el nido de abeja y la antena y con su música de madera la clase ya era una orquesta. Y a ti quién te enseñó, profe. La verdad es que no tenía ni idea, era una de esas tantas cosas que no sabía. En mi casa nadie había palillado nunca y sin embargo yo me recordaba nada más que tejiendo y tejiendo y tejiendo. Sabéis lo que tampoco se sabe bien, niñas, cómo llegó aquí el encaje. Cinco siglos atrás. Ya se cultivaba lino y las mujeres tenían buena mano entrecruzando los hilos para la pesca de la sardina, del jurel, del pulpo y quizás fue cuando llegaron las artesanías de Flandes que descubrieron otra forma de hilar. O no. Otros dicen que fue una italiana, la única superviviente de un naufragio, la que en agradecimiento por la acogida les enseñó. O a lo mejor, profe, ya se sabía aquí de siempre. Puede ser, pero dale xeito al medio par, Zoe, que mira, ese pie no va bien. Las más mayores, cuando se entusiasmaban, subían sus avances a TikTok y luego me contaban con quién se habían liado el finde en Soco cuando convencían a sus padres para que les dejasen ir. Tú con lo guapísima que eres, profe, te tenemos que buscar un novio, que aquí en el pueblo te están todos buenísimos, no hay uno feo, ya verás. Y nos reímos, sí, pero resulta que fue justo después de una de esas clases cuando lo vi. Y ojalá no habernos cruzado nunca. Andaría por los treinta, la primera vez que lo encontré estaba arreglando un velero en el puerto, el Exeo, y trataba el barco como si estuviese vivo. Llevaba en brazos la vela rota y la tumbaba sobre el cemento con cuidado, atesorando un rescate. Luego parcheaba muy despacio el laminado y se detenía por momentos para examinar las grietas en el casco. Su expresión hacía evidente el disgusto al ver el barco en ese estado. Se llamaba Artai y cuando me acerqué, aunque nunca nos habíamos visto, empezó a darme explicaciones, como quien retoma una conversación antigua. Entre nosotros fue así desde el principio: la sensación inmediata de

familiaridad, la sospecha de estarnos reconociendo. Me contó que tenía una lesión en el hombro izquierdo y que por ese motivo tenía que pasar un tiempo en tierra. La idea no parecía gustarle. Daba la sensación de que aquel era un tipo que se vinculaba con el suelo firme nada más que a ratos, temiendo que la fijeza lo atrapase. Y aunque el médico había dicho reposo, no sabía estar quieto. Todo en él, la rotundidad de los hombros, los brazos, los nudillos, el salitre de la piel, estaba hecho de movimiento y de trabajo a la intemperie.

Amarró el barco al muelle y hablamos dando un paseo. El velero que reparaba lo había traído de los Países Bajos casi regalado, allí la gente los abandona cuando están casi perfectos, me contó. Tenerlo listo pronto le obsesionaba. Le pregunté por qué la prisa, adónde quería ir. Me contestó que eso era lo de menos. Lo importante era hacer funcionar una casa que lo llevase a cualquier parte. Los últimos meses había vivido en una de las plataformas petrolíferas de Campo Libra, a doscientos kilómetros de Río de Janeiro y, en medio del trabajo, un mal lanzamiento de cadenas a las tuberías de perforación hizo que el húmero se le saliese. Me imaginé el dolor de la luxación, aunque él lo contaba en calma. Más tarde supe que aquel tono plano era el mismo que emplearía para referirse a todo tipo de crudezas que asumía como naturales. El frío muy adentro de los huesos, los compañeros heridos, olas como edificios en vientos de fuerza diez, los compañeros muertos, la soledad en una cama pequeña que siempre se mueve. Pero aquello era lo que había elegido, también, a veces, bucear entre marsopas y ver el sol apagándose en altamar los días de descanso. La cuestión era que, pasase lo que pasase, él solo sabía vivir a flote.

Compramos cervezas y llegamos a la playa de Lago. Encontramos una cala que existía solo en la bajamar y nos sentamos en los apenas dos metros de arena seca que quedaban. Si sube nos quedamos atrapados, me advirtió con el primer sorbo, pasándome una lata, y la verdad es que no me pareció un problema. Con cualquier otro, sí, con cualquier otro hubiese estado pendiente de la marea, calculando con disimulo la crecida del agua para calcular también cuál era el momento de levantarse y decir oye pues qué bien haberte conocido, ya nos veremos por el pueblo, pero no, con Artai no había distancias calculadas, como las de las relaciones en las que me parapetaba yo

hasta entonces, siempre breves y siempre a medias, por si acaso. Esta vez era distinto y no sabía por qué, pero de Artai quería escucharlo todo.

Nos contamos mucho en pocas horas y cuando el azul del cielo se hizo negro su nariz partida estaba ya muy cerca. En la quinta cerveza dijo pues igual tampoco pasa nada si me tengo que quedar un tiempo en tierra y después, más cerca aún, las anguilas rápidas en sus ojos y un brazo y otro y la arena en la que caímos y cavamos una huella honda. El mar acabó por empaparnos sin que nos diésemos cuenta o sí, qué más daba si lo importante era buscarse debajo de la ropa, deprisa, la carne y los cuerpos. Nos chupamos, agua y sal, abrimos la boca a un río y nos terminamos a mordiscos pequeños. Aquella noche y todas las que vinieron. Follar con Artai era suave y urgente.

A ese primer encuentro le siguieron otros muchos y nuestras conversaciones nos tocaban en esos sitios que nunca nadie antes. Juntos exploramos la zona en inmersiones, ¿sabes que debajo de este mar hay en realidad otro? Uno que no se ve. Artai me enseñó el mar invisible, el de los trescientos kilómetros de naufragios en un descenso en vertical mucho más allá de las laminarias. Nos sumergimos con las máscaras en el agua helada y avanzamos entre antiguas vigas convertidas en coral y timones colonizados por las algas. Después, ya en la superficie, yo seguía leyendo en él lo que escapa a simple vista. Le adivinaba en las pupilas su historial de hundimientos. Veníamos de mundos muy distintos, marinero y tejedora, y no sé por qué razón la atracción era simétrica. Lo supe desde ese primer encuentro. De todas las pieles que se habían pegado a la mía, era aquella.

Hijueputa, no se haga el loco. Usted ya sabe, parce, pero váyase tranquilo.

Papá no te quiere dejar sola en el barco con los extranjeros. Pero ellos dicen que no hay opción, que así se hacen las cosas. No ves a papá nada convencido, él siempre se mueve rápido como si todo el tiempo supiese qué hacer, una tarea y otra y otra, pero hoy no es así, te mira, los mira a ellos y tiene los brazos colgando, medio muertos, con las gotas de lluvia pingándole de los dedos quietos, como si no fuesen suyos. Está en medio de la cubierta empapada y va de aquí para allá sin llegar a ninguna parte, todo el rato a punto de decir algo que no acaba de decir y tiene los ojos asustados, nunca lo habías visto así, papá, qué te pasa, nada, María, nada, tú tranquiliña, pero nadie aquí está tranquilo y tú tampoco y el cielo está cada vez más feo. Mira, hija, te vas a tener que quedar aquí un ratito, ¿sí? No mucho eh, en lo que voy y vengo, media hora o así, ¿vale? Y estate callada, no digas nada, con esta gente mejor no hables. Tú asientes, para que no se preocupe por ti y no se ponga más nervioso todavía. Ya se escuchan truenos.

Sesenta nudos, dos mil kilos, cuarenta y cinco minutos como máximo, dicen. Repasan en voz alta tantas veces los datos que ya te los sabes, ojalá te supieses así el examen de mates, pero aquí ya no puedes pensar en nada que no sea lo que está pasando justo ahora. La nena se queda acá pues, así es la norma, le recuerdan a papá. Él baja la voz y se acerca al que manda. Dices tú que es el que manda porque los otros tres no hacen nada hasta que él lo pide y les dice que apilen, que carguen, que esperen. Es alto, gordo y tiene toda la cara llena de marcas. Te da bastante grima, la verdad. Papá habla ahora mucho más bajo que antes, pero lo escuchas igual. Que sí, que lo hicimos más veces, pero en el mar yo todo no lo puedo controlar, hostia, bien lo

sabéis y menos con este temporal, y si algo sale mal, qué carallo va a pasar con mi hija, pregunta. Entonces es cuando el gordo habla bien alto, a él no le preocupa si tú te estás enterando o no. Le dice así: hijueputa, no se haga el loco. Usted ya sabe, parce, pero váyase tranquilo. Nada tiene por qué ir mal. No piense así. A la vuelta agarra a la nenita y ya pues. Aunque más que nenita ya es mujercita, ¿no es cierto? A papá le cambia el gesto y entonces sí que lo reconoces. En los ojos entornados y duros vuelve a estar tu padre: pone esa cara afilada que tantas veces le ves cuando se enfada, la que da miedo del genio que le sale. Se queda aquí, pero que nadie le toque un puto pelo, ¿oíste?, ¡me cago en Dios, como alguien le ponga un dedo encima a mi hija…! Los cuatro se ríen escuchando cómo papá se altera. Ay, gallego, cálmese, no ve que no está en condiciones de negociar, hombre. Ya perdimos bastante el tiempo. Vaya, nomás. No para de llover y papá arranca la lancha llena de cajas Milka. Te gustaría decirle que tenga cuidado, pero no te salen palabras. Como estás tan nerviosa haces lo mismo que cuando eras pequeña y te llevaban a sacar sangre. No quieres pensar en la aguja, así que mientras papá se aleja piensas rápido en otra cosa, cualquier cosa vale, lo que sea, piensas en que el chocolate Milka que tienes delante te gusta mucho más que el Nestlé, quién sabe qué es lo que le echan, pero está buenísimo y que menos mal que es el que tenéis en casa, los tipos te llevan hasta dentro, sigue diluviando y os sentáis a esperar, el agua se agita fuerte por fuera de los cristales y por debajo del barco también y os mueve y el corazón te duele de lo rápido que te va y te esfuerzas por seguir pensando en algo y te acuerdas de aquella vez que te contó tu primo, qué chorrada, que en un colegio les mandaron dibujar una vaca a los niños y la hicieron lila porque las únicas que habían visto en su vida eran las de Milka, joder, qué idiotas, vacas violeta, serían chavales de Madrid, pero tus propias coñas tampoco te alivian, ya pasó un rato, igual veinte minutos o media hora, no sabes, nadie se mueve, solo tú que no paras de agitar los pies, tienes que pensar más, cualquier cosa vale, venga, la vaca de Milka otra vez, sí, te detienes en la caja de cartón, te fijas en los ojos del animal en el dibujo, están muy separados y son solo negros y brillantes, no se sabe qué mira ni qué piensa y entonces suena el walkie, es el del tipo gordo, que se pone de

pie, da vueltas, sale, entra, habla entrecortado, al otro lado está papá, se le escucha mal entre el ruido de la lluvia y del viento, está preocupado, el gordo le pregunta por las cajas y no oyes bien la respuesta de papá, pero el gordo se enfada, algo va mal, entonces papá habla de nuevo y el gordo se enfada mucho más aún, le da un puñetazo a la mesa, la vaca de Milka, piensas que sus ojos son solo pupilas y que son indescifrables, que es imposible saber qué hay detrás de esos dos puntos oscuros y húmedos, ahora el gordo se vuelve y les hace un gesto con la cabeza a los otros, que al momento asienten y se giran hacia ti, se palpan el bolsillo, el corazón te va tan rápido que crees que se te movió a la boca y tomar aire es como aspirar agujas, te concentras muy fuerte en la caja de Milka, nadie sabe lo que el animal está a punto de hacer en esa imagen. La frase que el gordo le dijo a papá es lo único en lo que puedes pensar en este instante. Los cuatro se acercan, levantas la vista y ves que te miran con ojos de vaca. Hijueputa, no se haga el loco. Usted ya sabe, parce, pero váyase tranquilo.

Los golpes de mar no curan, Lita. Te lo decía tu madre cuando te veía marchar con la cavadora en la mano para la ribera. Sabía que cuando ibas al Corno do Boi te quedabas en lo bravo, saltabas por las piedras en las que batía el mar picado. Y arriesgabas mucho. Pero es que tú no sabías hacerlo de otra manera que no fuese poniendo el cuerpo. Ponías el cuerpo pa todo y golpes de mar muchos habías llevado, hasta dejarte los riñones. Era verdad que no curaban, pero tanto daba. Deslomada y todo seguías yendo a los percebes y seguías haciendo horas en la conservera en turnos de mañana o de tarde y seguías cocinando caldo o ayudando con los deberes a la niña, aún con la espalda en carne viva. Pero a aquellos dolores bien te acostumbrabas, a este no. Este era un dolor nuevo y hondo en el pecho, como si fuese un sumidero que tragaba todo. Desde que María ya no estaba, te era muy difícil seguir con cuerpo y con ganas, que era lo que tú habías tenido siempre pa todo, echada para delante como ninguna, bien lo sabía Dios. Ahora sentías algo atravesado en la garganta y tragabas pa dentro, porque tú no eras de hablarlo mucho y creías que ya no había mucho que hablar, además. Preferías hacer, siempre resolvías las cosas poniéndote en marcha y justamente por eso subíais ahora, todas juntas, por el monte arriba, con la decisión tomada y vestidas de blanco, con el traje que alguna vez fue de cada una de las mujeres de la familia, pero que ya nunca sería el de María. Cuando te matan a una hija el dolor no cura, mamá. Fue lo único que le dijiste a ella, que velliña como estaba aún miraba por ti y te decía mientras le quitabas las uñas encarnadas, Lita, deja estar, vete a dar una vuelta, como si aquello algo pudiese aliviar, salir al aire fresco y al mismo mar que fue tumba para María.

Los golpes de mar no curan, Lita, y tu madre, que además era abuela, bien sabía que no, que justo de aquel golpe una no cura y

nada más que le entra la rabia y piensa por qué no fui yo en lugar de la niña, que ya soy vieja y estoy cansada. Tampoco hay que pensar así, mamá, le decías entonces tú, otra vez al timón como siempre e incluso en esas, María ya no vuelve, pero también te digo que a mí una hija no me la quitan en balde, esto va a valer pa cambiar los tiempos, bien lo sabe Dios. Vamos a llamar a las arañas. Y tu madre se quedaba pasmada, con ojitos de admiración y a lo mejor de vergüenza algo también, por no haberlas llamado antes, en su generación, y evitar una desgracia. Pero de qué valía pensar así. Así pensaban nada más que los viejos que ya no tenían vida pa delante y la miraban pa'trás, todo el día a darle vueltas a lo que podría haber sido de otra forma. Tú no estabas pa esas. Bien era verdá que igual no sabías qué hacer, con ese agujero en el pecho que tragaba con todo, hasta con las lágrimas, que las habías llorado sola en el cuarto, nunca delante de nadie. Ese agujero te estaba quitando las fuerzas. Pero con las que te quedasen, fuesen muchas o pocas, estabas subiendo monte arriba con la lengua fuera igualito que la cadeliña que iba a tu lado, porque a lo mejor tú ahora ya no sabías qué más hacer, pero habían de saberlo ellas.

En él cavilabas también y no te gustaba tenerlo en la cabeza, era mucha la rabia y la pena que te entraba toda junta y no sabías qué hacer con ellas y además qué más daba ya, tu marido ya no era más tu marido, pero cuánto te costaba pensarlo así, tú que no habías conocido otras manos que te midieran el cuerpo ni otro cuerpo acostado que mantuviese la cama tibia. ¿Y no será que aún lo quieres, Litiña?, te decía Xela, a lo mejor arregláis las cosas, mujer, pero qué carallo ibais a arreglar una hija muerta, y qué más daba querer o no querer, qué telenovela era esa, quién pensaba así. Con tu marido te habías arrejuntado desde que eras chavalita y fueron muchos los años, claro que te habías acostumbrado a él y él a ti, ¿y qué? Había cosas más importantes que la costumbre y Xela las intenciones las tenía buenas, pero hablaba por no estar callada, a veces. Además, ella también sabía que los golpes de mar no curan.

Hablabas sin parar, Xela, llenabas todos los huecos de palabras porque encarando el monte los silencios te daban miedo. Parloteabas

para asegurar las bromas, no fuese que alguna de ellas se pusiera demasiado seria ahora que estabais a punto de llegar a lo alto. Echabas palabras como cascabeles para espantar presagios, cotorreabas atravesada por el susto haciendo como que no, chismorreando tonterías para animar a las demás cuando les veías la angustia en la cara, porque esa era tu forma de quererlas y te gustaba hacerlas reír. Y si en algún momento te quedabas sin algo que decir, silbabas, que era otra forma de tapar los agujeros del aire como pájaro que pía, o comenzabas a canturrear bajito *aí veñen as lanchas de Lira, xa as conoso na vela* y al momento te seguía alguna compañera, con ganas también de zurcir palabras por fuera de la boca para descoserlas por dentro, y cantabais juntas *a de diante é a de Rama e a de tras a de Lamela*, y luego ya bien alto todas por el sendero adelante *ai la, ai la la*, remangando los bajos de lino pa no embarrarlos y de la mano siempre.

Las manos de las comadres estaban como la tuya, Xela, hendidas de trabajos, con la carne replegada en ríos. Eran manos viejas cuando aún erais jóvenes, manos navegables en las arrugas. Con aquellas manos le habías hecho las trenzas a Zoe de pequeña tantos años antes de marchar pa la escuela, antes de que fuese una Zoe más grande y despeinada que quería la melena suelta de las mayores. Con aquellas manos te habían enseñado las viejas a encanar los palillos, a llevar las cuentas de los cincuenta avemarías del rosario que ya no rezabas, a remendar las redes de pesca, y a picar, batir, fregar, medir, tejer, abonar, segar, recoger, cargar; a hacer cosas para otros. Si era para gente que querías casi no parecía trabajo, pero lo era. Y en aquellas mismas manos te habían pegado a menudo si no le dabas maña, porque la torpeza, creían, habían de enderezarla a palos. También de ese pensamiento había sido alguna vez tu marido. Alguna vez nada más pa después arrepentirse. Sobre todo, cuando echaba mucho tiempo parado en tierra bebiendo todo el mar que le faltaba, y Cruz te llamaba, ven por él que te está aquí en el bar, mujer, borracho y lamentado por los cuartos. De aquel pensamiento había sido tu marido cuando le dijiste que habías estado dándole vueltas a lo de montar un negocio para ayudar, que era lo que habías hecho siempre en los cincuenta años que tenías, que tú también querías tener un

salario y que con aquellas mismas manos ibas a medir y cortar madera de carballo pa hacerle la quilla a los barcos, que los ibas a recibir en el muelle con la sierra sable para vaciarles las tripas de madera. Pero qué oficio quieres tener tú, había dicho él fuera de sí, como si querer trabajar cobrando le fuera a él un fracaso, una ofensa propia, ¿y luego ser mi mujer no te es oficio suficiente?, había dicho antes de que tus manos tuvieran que parar las suyas. Después de aquella vez nunca lo habías vuelto a buscar en lo de Cruz porque ella le había prohibido la entrada y fueron las manos de todas las que contribuyeron a calmar, calcular, comprar, carretear y montar poco a poco el negocio que querías. Entonces, cuando todo eso pasó y pelabas los chícharos que tanto le prestaba cenar a Zoe o dejabas lijaditas las cubiertas de los barcos, porque trabajo no te faltaba, te venía a la boca esa otra cantiga, como ahora subiendo la montaña, la que decía *o amor da costureira, era papel e mollouse* y empezabas y te seguía Catuxa y se partían todas, porque Catuxa alborotaba que daba gusto, metía unos gritos que daban mucha risa y tú aturuxabas por el medio, pa que fuese más la juerga y las risas ladera arriba, una mano y otra rodeando la boca, *aghora costureiriña, o teu amor acabouse*, porque tus manos también eran para hacer crecer la voz.

Carallo pa este sol como quema, dijiste colorada y jadeando, Catuxa, ya sin fuerzas pa cantar después de un buen rato, que el calor era mucho bajo aquellas telas gordas de las de antes, hechas de capas y remiendos como la propia tierra que pisabas. Palpitaba la lama seca bajo los pies como un tambor que estuviese escondido ahí en el fondo de todo, en el corazón subterráneo del monte, para acompañaros el paso. Y las ráfagas que venían de cuando en cuando y te aireaban la falda y te aliviaban la andadura hacían que el vestido te ondease junto a los helechos y los mexacáns y las xilbarbeiras en la misma pieza de un baile. En la boca caliente no te quedaba saliva y ya no hablabas apenas. En cambio, Xela a tu lado lo hacía por las dos y a ti te prestaba atender a sus chascarrillos, aunque a veces le riñeses como una hermana mayor que reprende a la pequeña cuando dice algo que no debe. Pero bien que te reías incluso doblada por el esfuerzo de

subir por las piedras cuando se estrechaba el camino, porque eso era lo que más gracia te hacía de Xela: que quedaba en ella algo de una niña que a veces desobedecía. Tú nunca lo habías hecho. Aunque en algún momento estuviste tentada, a ver cuál era la sensación que una tenía cuando hace lo que le da la gana y no escucha a nadie más, lo cierto es que nunca en la vida habías contrariado a los más viejos, que decían una vez y otra ay qué guiadiña es esta niña, da gusto verla. Te sentías bien así. Seguir las normas de la casa te daba seguridad pa distinguir entre las cosas malas y las buenas, entre lo que había que hacer y lo que no, *ir sempre polo regho*. Si querían de ti que trabajases en la pescadería, trabajabas todo el rato, te deslomabas, porque no había nada peor que ser una vaga, una de esas mujeres que se quejan de vicio, que andan desfallecidas el día entero y que todo se les hace bola, esas señoritas de cristal que habían nacido pa ricas. Y cuando querían de ti que te casases con el Pesco do Alto que ligaba contigo y del que hacían broma las amigas que te decían que se le parecía en el porte y en el pelo rubio al alemán de Camelle cuando aún no se había dejado crecer las barbas, con el Pesco do Alto que venía de una familia formal que tus padres veían con buenos ojos, te casaste con el Pesco do Alto y después arreglasteis una casa en el Pión que estaba pa caer y tuvisteis una cría que ahora ya era chavalita. Y así pasaron los años, haciendo las cosas cuando tocaban y punto. Una detrás de otra. Hasta el día en que llegaste al bar de Cruz antes de que aparecieran las demás. Estabas muy cansada, sin fuerzas pa pensar después de todo el día chollando, y cuando te sentaste donde la barra Cruz te preguntó qué querías tomar. Qué quieres. Que era lo que querías tú. Catuxa, ¿qué quieres? ¿Qué quiero yo?

Qué quieres, Catuxa.

Te quedaste paralizada. Aquella pregunta banal cogió, no sabías por qué, el peso de todas las demás, de todos los años. Y te quedaste allí pasmada de repente, con la cabeza en un barullo primero y después en una niebla espesa que no te dejaba elegir, de entre todos, un pensamiento. Mujer, algo tomarás, ¿no?, insistía Cruz, esperando a ver qué le decías, mientras pasaba el paño húmedo por las mesas para borrar del metal los ojos redondos de vino que habían dejado las tazas. Catuxa, qué quieres.

Quiero…

Empezar la frase de esa forma se te hacía tan raro. Cómo ibas a saber qué querías tú, así, en singular, después de una vida entera atendiendo solo a lo que querían otros. Aquella era una pregunta avasalladora. Te quedaste un rato callada, pero al final dijiste pues mira, ¿sabes qué?, la verdad es que quiero algo fuerte pa entrar en calor, un licor café, lo que tengas casero, Crusiña, y a las doce y media de la mañana de aquel día Cruz te sirvió algo tan inadecuado a aquella hora y para una señora de su casa como tú, una copa de licor café con dos piedras de hielo que también le habías pedido, y que de repente estabas bebiendo sola en el bar de una amiga, delante de los vecinos que pasaban por la puerta y al carajo. Pero Cruz no solo no cuestionó nada, ¿ves qué fácil era, mujer?, sino que se sirvió pa ella otra igual con la que acompañarte. Y brindasteis al fondo de un bar húmedo como el vientre de una ballena, al que solo llegaban los rayos cuando alguien tiraba de la puerta de entrada como boca que se abre al exterior, brindasteis contentas y cavilosas, detenidas en un instante de esos en los que una para por fin y, con los tragos, se pone a sopesar las cosas de la vida como si fuesen calamares acostados en la mesa de cortes de la pescadería que cada quien abre, vacía, analiza, recorta, brindasteis uniendo entendimientos y fuerzas, aliviadas y más libres.

Brindasteis como solo brindan dos amigas.

Después de aquello te fue más sencillo ir sabiendo luego qué querías. La carne con repollo o con grelos, si querías pasear por la ribera después de trabajar y dejar que te diese el sol de la tarde en la cara o darte cuenta, incluso, de que a veces lo que querías era no hacer nada. Y de las decisiones pequeñas, poco a poco, fuiste pasando a las grandes. Y supiste que querías hacer del luto de Lita también el tuyo, que querías ayudar a que cambiasen las cosas en el pueblo. Querías, como estabas haciendo ahora, subir junto a las otras, con las mejillas menguantes escurriendo agua, sofocada como pocas veces. Querías, costase mucho o poco, ser parte de las que llegaban a la cima de aquel monte.

Aquella ladera por la que subíais, abrigada con liquen amarillo, refulgía con el sol como si fuese de oro. A ti, Cruz, te gustaba observar detalles como aquel, aunque no dijeses nada. Te quedabas con ellos y callabas y, cuando tocaba, le ponías mucho cuidado a las cosas de diario. En el bar hacías el café de máquina con dos vueltas de espumita, como sabías que les gustaba a las amigas, y si algún día llegabas algo adormilada y no salía bien a la primera, repetías hasta que estuviese listo. Las cosas o se hacían bien o no se hacían. Y hacerlas bien quería decir poner en ellas todo el esmero que una tenía. Pasaba igual con los encajes. Si estaba mal el casetas porque no había salido al derecho uno de los cuatro piques del rombo, se te iban los ojos siempre pa ahí, no había manera, y tenías que hacerlo de nuevo entero o no te quedabas a gusto. Y lo mismito les pasaba a ellas, que eran pescadoras y mariscadoras y redeiras, pero, ante todo, todas ellas, habían sido siempre palilleiras y ninguna quería saber nada de chafulladas. Solo entendían las labores bien hechas. Cuántas tardes de cuántos años habríais pasado juntas siguiendo los picados. El cordón, el zurcido, el medio par, el par entero. Entre cuentos o en silencio a veces, nada más que con el rumor de los palillos en la sala que repicaban como repican en la cabeza los pensamientos. Con atención y sin descanso le dabais forma al festón, a las espigas y a los viriles.

Porque mover los palillos era mover el mundo. Hacer que funcionase.

Si los hombres del pueblo aún no habían caído en la cuenta de aquello, ya era buena hora de que se enterasen. Pa hacerlos entrar en razón, las tres viejas habían de saber cómo. Ellas no daban puntada sin hilo.

Estabais a punto de llegar a la proa, que era como le llamabais al pico aquel en el que batían a un tiempo todos los vientos; el nordeste de Laxe y el camariñán por el oeste. La perra, que iba junto a Lita, estaba inquieta como si entendiese. Aullaba a cada rato y pegaba el hocico contra el suelo respirando la tierra, como si un olor nuevo irradiase de ella y la enloqueciese. Le silbaste varias veces y a carreras pegó vuelta para llegar junto a ti, deseando que le acariciases las orejas, deseando un poco de calma entre tantas sensaciones desconocidas. Hacía lo mismo cuando en el bar había mucho jaleo o

en las cenas de Navidad en las que se os llenaba la casa de gente. Cuando eras niña, habías tenido otra perra que se le parecía a esta. Aquella también buscaba sentarse a tu lado y sentir cerca tu pierna protectora. Eras su lugar seguro. También para ti lo era ella. Habíais crecido juntas en el medio del rebumbio, en un bar en el que aprendiste a leer las arrugas de las caras antes que los cuadernos de la escuela, en una familia llena de hombres rosados, contrincantes que rumiaban como bestias con bocas de cecina, niños grandes que se peleaban entre ellos por ver a quien premiaba antes mamá, muy bien nené, varios hermanos entre los que eras la pequeña, otros tantos primos que gritaban colorados con la panza pegando en la mesa, llenos de vino y de razón, con los capilares reventados en las mejillas, mientras sus madres les servían un plato tras otro, discutiendo muy alto, con sus mujeres escuchando en silencio, cuál era la mejor ruta para llegar al Barbanza, cuál era el Mercedes con más potencia, cuál de ellos levantaba más el país cuando salía a faenar; así mismo era el habla de los ridículos. No pudiste sentirte parte de aquello y te señalaron por eso. Qué rara eras. Nunca te echaste novio, tu madre decía que fumabas como un carretero, lo que ganabas en el bar no querías gastarlo en ropa, te fabricabas la tuya propia cosiendo la tarde entera, no te gustaba cocinar, no le cacareabas las gracias a los hombres de la casa que echaban aquellas risotadas atronadoras, imponiendo su voz sobre la vuestra —esa misma voz que sosteníais vosotras—, lo que te daba la vida era subir al monte con la perra y, en cuanto ganaste suficiente, alquilaste para ti sola un piso y nunca quisiste uno en propiedad. Tú, Cruz, que ibas a lo tuyo y parecías no necesitar a nadie, habías sido siempre sospechosa.

El gruñido de la perra en la cima os llegó a todas y os sacó de vuestros pensamientos. Catuxa, Xela y Lita vibraron a tu lado y también todas las demás palilleiras. No se veía nada en aquella punta, pero eso no quería decir que no hubiese algo. La perra no soltaba alaridos como aquel porque sí. No había duda, ese era el sitio.

Acababais de llegar al lugar marcado.

Las mujeres enfilaron tres ojos de mimbre que apuntaban al cielo, tres cestas sobre la hierba. En una, hilos de algodón enroscados en ovillos como culebras que duermen. En otra, flores amarillas: la ofrenda de los tojos. Y en la última dejaron sus palillos reposando a la espera de las viejas. Aquel tiempo suspendido pasaba muy despacio. Buscaron las manos de las compañeras porque así era el rito, pero también porque necesitaban sentirse unidas, y formaron un corro de ojos cerrados, como los de María. Un día antes de su entierro, las palilleiras compusieron un círculo a la hora en punto y respiraron fuerte. No sabían cuánto tiempo iban a tardar en aparecer porque nunca las habían llamado, pero por lo que otras mujeres antes que ellas les habían dicho, no debían abrir los ojos de nuevo antes de notarlas cerca. ¿Cómo se darían cuenta? La perra estaba inquieta, como ellas, y lo llenaba todo de ladridos. Cruz la reprendió varias veces, con aquel ruido no iban a escuchar su llegada y tenían que concentrarse.

No era fácil llamar a las tres viejas. Y nadie sabía bien qué vendría después.

Esperaron un rato que les pareció demasiado en aquel círculo de lino que le dibujaba a la montaña un iris blanco. Por un momento pensaron que no iba a funcionar y que lo que contaban las mujeres de antes igual eran solo leyendas de las que se convencían unas a otras mientras palillaban. La historia de un poder femenino ancestral que las guiaba con la fuerza de un viento que enloquecía a la gente y sacudía las casas. Unos ojos arácnidos que estaban en todas partes y en todos los faros. Cuentos de viejas. Las mujeres de antes decían que ellas contestaban siempre a la llamada de las comadres cuando se las invocaba. Y lo hacían con acierto impredecible y a veces con resultados de catástrofe. No se entendía lo que querían conseguir con

aquellos designios hasta mucho después. Pero a todas las presentes, sin excepción, las habían advertido bien desde sus casas: sea lo que sea lo que pidan, a las tres viejas mejor obedecedlas. Tres señoras temibles que hicieron encallar el Palermo en 1905 cuando portaba un cargamento de acordeones. Una noche en la memoria del pueblo, en la que la voz de los ahogados fue una música fúnebre tocada por el espíritu del viento y del mar, que hizo repicar las aguas y las campanas de la Virgen de la Barca. Las historias de las más viejas hablaban siempre de las Señoras de Costa da Morte, dueñas del océano y del encaje. Y a lo mejor, por culpa de hacerles caso, estaban ahora ahí plantadas, hora tras hora, en la cima de una montaña donde, salvo el podio de granito, todo lo demás era horizonte. ¿Tendría sentido lo que estaban haciendo?

Una racha gélida en medio del sol de la montaña les sirvió de respuesta.

Algo helado se deslizó por sus nucas suavemente y todas vibraron en el mismo escalofrío. Crujieron las primeras hojas. Como si las tres viejas pudiesen escuchar sus pensamientos, comenzaron a hacer notar su presencia ante las incrédulas. Algo les decía que aquel sonido no era el de un animal salvaje, era otra cosa. Y abrieron los ojos con miedo de ver. Y vieron. La roca de granito enmarcada en el eje norte-sur a doscientos metros del río, en lo alto de la colina, dejaba leer las iniciales solo con la luz de las primeras horas de la tarde. Los rayos de sol delataban N, B, O. Todo estaba en la piedra y siempre había estado. Debajo de cada letra había una araña inscrita en el granito. Y en el momento preciso en que la luna le tomó relevo al sol y el cielo es de toda la profundidad que el azul puede, sucedió.

Para espanto de todas las presentes, las arañas crecieron de la piedra. Del granito tallado se convirtieron en arañas con pelo y ocho ojos y ocho patas que se estiraron y se hicieron después seis piernas. Las mujeres estrecharon fuerte sus manos en el corro con la urgencia del pánico. Tres viejas vestidas con encaje negro se deslizaron hacia el centro del círculo. Con los árboles apagándose en su brillo al paso, caminaron las arañas hasta situarse en medio y completar la pupila de aquel ojo blanco en la montaña. Ciento treinta y tres años después del naufragio del Serpent, las Señoras de Costa da Morte estaban allí otra

vez. Venían de un lugar sin tiempo. Navia, Briana y Otile hicieron temblar a las palilleiras cuando las miraron de frente.

Las tres arañas eran ahora humanas, aunque sus ojos no lo fueran.

Un hilo les tiró a todas del estómago. Sobrecogidas, callaron. Todavía esperando. Siempre esperando para ver qué era lo siguiente. En su forma humana las tres viejas tenían aún una expresión animal. La curvatura de su espalda era más de artrópodo que de anciana y de sus bocas abiertas a la humedad de la noche se avanzaban, como pedipalpos, dos colmillos. Aquellas extrañas señoras lo olfatearon todo y revolvieron las cestas con dedos finos y rápidos como patas. Después de traquetear los palillos, se deslizaron con la misma gracilidad arácnida hacia el pedestal de granito. No hizo falta decirles nada, ni explicarles para qué las habían llamado. Ellas lo sabían todo. Dueñas de todos los destinos menos, curiosamente, del suyo, las primeras tejedoras del mundo sabían mejor que nadie cuál era la importancia de un trabajo como aquel. Aunque los hombres del pueblo pareciesen ignorarla y su arrogancia les estuviese impidiendo darse cuenta. Un trabajo continuo cuyo resultado solo se aprecia si se detiene. Si el tejido cesa. Esta vez la torpeza habitual de aquellos hombres había llegado demasiado lejos con la muerte de María. A las arañas le gustaban los escarmientos y para ellas no había duda. Era hora de cortar los hilos.

Nunc est obliviscendum ut recordetur.

Es tiempo de hacer olvidar para hacer recordar. Todas entendieron desde dentro de las cabezas. Las tres viejas no hablaban, en su lugar encendían allí un idioma antiguo que de repente podían comprender. Como un oráculo, directas y sin preámbulos, dictaban mente a mente lo que debía hacerse.

Tempus sine tela ut intelligant.

Las arañas decretaron un tiempo sin tejido que los hiciese comprender. Vamos a declararnos en huelga y también vosotras. Sin embargo, para completar esta encomienda vais a necesitar ayuda, dijo Navia. Una ayuda que se encuentra en camino, dijo Briana. Ella aún no lo sabe, pero nosotras ya la hemos llamado, dijo Otile. Ya está viniendo, llegará al pueblo mañana. Todavía nada sabe, de nada se acuerda, pero, cuando llegue el momento, lo hará. Lo primero que se

encontrará será el entierro de María. Una de nosotras estará allí y con la mirada le tenderemos el hilo. Luego, vendrá el resto. Ella tirará y tirará y tirará.

NAVIA: *Ea trahet atque trahet atque trahet.*

BRIANA: *Ea trahet atque trahet atque trahet.*

OTILE: *Ea trahet atque trahet atque trahet.*

Hasta que su memoria se desenrede como un ovillo. Hasta que su memoria se abra como una herida pespunteada. Será entonces cuando recuerde. Será entonces cuando nos sirva. Hasta entonces, debéis darle un tiempo.

Venit ea ut recordetur.

Ella viene a recordar.

Las palilleiras, todavía de la mano en el mismo círculo, atendían en silencio tratando de procesar todo cuanto anunciaban las arañas. Las palabras se tejían dentro de su cabeza y tomaban formas y sonidos. Hay una fecha más que debéis tener presente, advirtieron ellas.

El dieciséis del siete. La Virgen del Carmen.

En la víspera de la santa patrona de los marineros es cuando debéis empezar a destejer. Y entonces, para cuando llegue el día, la huelga estará completa. Será tiempo de aprender. El mundo volverá a su estado salvaje. Solo habrá maraña y furia y selva.

NAVIA: *Confusio et furor et silva.*

BRIANA: *Confusio et furor et silva.*

OTILE: *Confusio et furor et silva.*

Se revolverán las aguas y se inundarán todas las salidas. Los barcos chocarán sus mástiles como espadas que se enfrentan. Y el día de la Virgen del Carmen ya todo será silencio, laberinto y tormenta.

NAVIA: *Silentium, labyrinthus et tempestas.*

BRIANA: *Silentium, labyrinthus et tempestas.*

OTILE: *Silentium, labyrinthus et tempestas.*

Cuando así sea, debéis traerla ante nosotras. Señora de las espirales y de los caminos enroscados. Como en los palillos, ella será el par que guía, aunque todavía no lo sabe. Después de un abandono, despertará de un largo sueño. Aguardad hasta entonces y cuidadla entretanto. *Custodite eam*. Es una de las nuestras. *Custodite eam*. Acogedla como a una hermana porque una hermana es. *Custodite eam*.

Las palilleiras supieron entonces que había llegado el momento en el que el tiempo en la Costa da Morte se volvería a medir en naufragios.

Una huelga de palillo.

Una época sin sostén.

El plan que habían tejido las arañas ya estaba en marcha.

Cada quince segundos Artai veía la cara de Ari iluminada antes de que volviese a lo oscuro. El mar y el cielo negros. El mismo rugido de olas rompientes desde la noche del cabo. Veían cómo chocaban con las rocas cuando la lente viraba otra vez. Por qué estás tan preocupada, había dicho Artai y, aunque Ari estaba callada, la pregunta volvía con la luz giratoria, como un interrogatorio que el faro renovaba a intervalos. Porque han desaparecido, Artai, y tú también lo has visto. ¿Lo había visto? Igual sí o igual no, ¿importaba? Qué más daba lo que hubiese o no en una piedra, él no se detenía en esos detalles, ¿tendría que haberse fijado? Hablar de aquello era complicarlo todo y no le apetecía. Él quería que las cosas fuesen fáciles. Pasar el rato con Ari, leerse las manos y los ojos y las bocas, imaginar que flotaban juntos en otra parte del mundo, lejos de aquel sumidero. Cualquier sitio sería mejor. ¿Por qué no se iban ya? Su hombro estaba casi curado y él no estaba hecho para vivir en tierra. A veces se imaginaba cómo sería si ella lo acompañase y lo dejaba caer. No para siempre, claro, siempre era para los dos mucho tiempo. Siempre habría sido mucho tiempo para cualquiera. Aunque Ari le fascinaba. Proyectaba hacia los demás una luz, que tenía, sin embargo, hacia el interior, la medida exacta de su sombra. En ella también había oscilación y herida. No tenía ni idea de si querían o sabrían estar juntos, pero igual tampoco importaba, ¿no? Importaba la sensación que los unía, ese reconocimiento de perro apaleado que lame a otro. Ari se lo había dicho solo una vez, aunque no habría hecho falta. Artai bien sabía que a veces uno nace en el sitio equivocado y se rompe. Con unos padres que no se soportan, aunque lo intentan. Con una madre que sirve sopa caliente, pero es siempre fría. Con una familia que no entiende quién eres y te agitan y te agitan y te agitan, a ver si en el siguiente vaivén vuelves convertido en otro. Por qué esa obsesión con el tejido, la habitación llena de encajes, por

qué no una vida normal como la nuestra. Aunque tan distintos, Ari y Artai compartían algunas suturas. En cuanto los dos tuvieron la edad suficiente se largaron a otra parte, por tierra o por mar, en búsqueda de qué. Quizás de una nueva tierra a la que sí se pertenece. ¿Había encontrado Ari allí la suya? Artai notaba cómo a ella el laberinto de aquel lugar la llamaba. El pueblo había empezado a metérsele dentro y le estaba dando a todo demasiadas vueltas.

Porque han desaparecido, Artai, y tú también lo has visto.

Sí y qué, si habían pasado un día genial antes de aquello. Él le había dibujado con la punta de la lengua una línea de saliva que se abría entre el salitre de la piel y le cruzaba el cuerpo entero, después del baño, después de contarle historias sobre el sabor de las naranjas. Los muxianos se hartaron de comerlas, a decenas, a cientos, en 1965, con el naufragio del Banora. Cuando aquel carguero marroquí se arrodilló ante la Virgen de la Barca en última reverencia, mil seiscientas toneladas de cítricos rodaron por la costa en un mar naranja. A veces llegaban así las novedades. Unas por sorpresa y otras por asalto. Artai también le había contado aquella tarde las historias de piratas y raqueros. La leyenda de las velas en los cuernos de las vacas para despistar a los marinos y atacar sus barcos. Pero eso aquí en Camariñas seguro que no pasó, Ari, de haber pasado en algún sitio, sería en Muxía que andan asilvestrados, ahí sí, bromeaba. Y ella se reía y él le quitaba con delicadeza las algas del pelo que la hacían parecer más que nunca un animal parido por el océano. Todo iba tan bien hasta que pasaron por la entrada del pueblo con las últimas luces de la tarde.

Porque han desaparecido, Artai, y tú también lo has visto.

Poco antes de aquello, sentada en una roca y con los pies en el agua, Ari le leía la palma de la mano. Artai se dejaba hacer, entretenido, pero le decía que ahí no iba a poder ver nada, que la verdadera información estaba en los cromosomas. Eso a ella le sonaba muy raro. Son como una equis, pero con dos de las patas más estiradas, así. Y enfrentó para mostrarle, con una mano arriba y otra abajo, dos arcos formados por pulgar e índice. En los extremos están los telómeros, toda la existencia está escrita ahí. ¿Cómo que toda la existencia? La longitud de los telómeros es lo que marca el tiempo que nos queda de

vida. Dijo aquello mirándola muy fijo, pensando qué iba a querer hacer él con ese tiempo, fuese cual fuese, y entonces ella lo vio en las pupilas de Artai. Un tirón, un hilo que se rompe cuando se encanan los palillos, un mal augurio. Pero no dijo nada. En aquella época aún le quedaban intuiciones que prefería ignorar. Y Artai ya había sacado el móvil para guglear telómeros y le enseñaba la imagen. A ella se le hizo familiar. Yo lo veo clarísimo, eso es un cruce de par entero, dijo, es tal cual la forma que se hace al tejer, ¿sabes? Acompasó las manos en un gesto. Cuando pasas un par de bolillos por encima del otro. Los telómeros son como hilos en movimiento, así los veo yo. Artai disfrutaba de las conversaciones con ella, que siempre tenía para todo un contrapunto, y de las tardes de mar que parecían un verano. Por qué tendrían que haber pasado justo en aquel momento a la entrada del pueblo y arruinarlo todo.

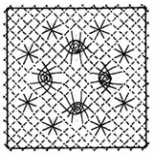
Porque han desaparecido, Artai, y tú también lo has visto.

La entrada a Camariñas estaba custodiada por una presencia megalítica. La estatua de una encajera. Una mujer agarrada al cojín de su labor detrás del escudo pétreo de una torre en llamas. La palilleira daba la bienvenida a los extraños. En su costado, bien visible, la inscripción. *Quae texunt memorentur*. Sean recordadas las que tejen. Siempre había estado allí y Artai no le prestaba ninguna atención. Pero ese día Ari quiso acercarse y curiosear. Estaban solos en la casi penumbra. De la curva que daba el paso definitivo al pueblo no llegaba apenas ningún sonido, solo el del mar batiente que cincelaba acantilados en las rocas. Envuelta en aquella toalla y con el neopreno a medio poner, Ari tenía un aspecto casi infantil que lo enternecía. Por un momento pensó en rodearla y llenarle la sien de besos, pero se contuvo, había algo en él que siempre le hacía mantener la distancia justa. Lo abrumaba la intimidad y resolvía la sensación haciendo algo, examinar el casco del barco en busca de imperfecciones, lijarlo fuerte, muy fuerte, pulir la superficie a conciencia, a prueba de sentimientos y de fugas. Cuando empezaba a querer a alguien demasiado, Artai sentía la necesidad urgente de marcharse. Ari pasó las manos por el granito de la estatua, como si lo estuviese leyendo con las yemas, y sus dedos tropezaron con el grosor de tres iniciales. Llamó a Artai para que fuese a verlas. N, B, O. Decía la piedra. Y tallada, en lo alto de

cada una, una araña. ¿Qué significa? Artai se encogió de hombros, la verdad es que no tenía ni idea, pero tampoco le importaba, le hacía gestos para que continuasen el camino. Venga, vamos. Sin embargo, Ari seguía allí plantada, de repente tan rígida como la figura. Estaba viendo algo que no se podía creer. ¡Mira! Lo llamó de nuevo, pero con mucha más urgencia. Artai se acercó y puede ser que entonces también lo viese. ¿Podía negarlo? Las tres arañas grabadas sobre las iniciales. Las tres arañas de granito en la ene y la be y la o. Esas tres arañas se borraron poco a poco ante sus ojos como consumidas por la piedra. Y no quedó ni rastro.

Porque han desaparecido, Artai, y tú también lo has visto.

A él no le gustaba creer en cosas que no podía explicar. Pero lo cierto es que después de ese día, todo empezó a enrarecerse. El pueblo cambió. Y se terminó para ellos la serenidad de la primera época.



NAVIA: Esta vez fue demasiado.
BRIANA: No ha sido la primera.
OTILE: No lo fue.
NAVIA: Pero será la última.
BRIANA: No entienden la importancia.
OTILE: No la entienden.
BRIANA: Pero la entenderán entonces.
OTILE: Cuando ya no haya sustento.
NAVIA: Una poderosa lección.
BRIANA: Un silencio ejemplar.
OTILE: Deben entender el lugar que ocupan.
NAVIA: Y el que ocupamos nosotras.
BRIANA: Ha llegado la hora.
OTILE: Ha llegado la hora.
NAVIA: Ha llegado la hora.
BRIANA: Hermanas, tomad los palillos.
OTILE: Agarradlos con fuerza.
NAVIA: Es tiempo de destejer.
BRIANA: Y que de una vez por todas.
OTILE: Todo se vuelva maraña.

NAVIA: *Quae texunt memorentur*.
BRIANA: *Quae texunt memorentur*.
OTILE: *Quae texunt memorentur*.

Queríamos hacer un vídeo con transiciones y Zoe se equivocaba todo el tiempo. No le entraba en la cabeza lo de que el pie tenía que estar en la misma posición que en la toma anterior si quieres hacer un cambio de zapas entre una y otra, justo en el mismo sitio Zoe, no, ese no es el mismo sitio, antes lo tenías encima de la cama, si no quedaba fatal, pero a ella le costaba fijarse en los detalles, iba muy rápido, revolvía las cosas, escangallaba todo, joder tía, así no hacemos el TikTok en la vida. Zoe era muy bruta y decía que su gata era mala y le tenía manía, pero tú a veces entendías a su gata, cuando movía la cola y ponía las orejas hacia atrás, te entraban ganas de hacer lo mismo cuando perdías la paciencia, POV: intentas hacer un vídeo, pero te hartas porque tu amiga no coordina sus pies, su gata no era mala, estaba asustada porque Zoe le esmagaba la cabeza cada vez que iba a darle una caricia. María no. María sí prestaba atención a las cosas pequeñas y sabía hacerle cosquillas que le daban gustito a la gata de Zoe debajo de la barbilla muy despacio. Pero ya no estaba y la echabas de menos. A ella y a su risa escandalosa que no podía parar cuando le entraba y se le salía por fuera de la boca y hacía que la echasen de clase y se fuese al pasillo riendo todavía y os contagiaba a todos, con esa risa loca de ardilla hi-hi-ha-ha-hi-hi que era como si se ahogase en chillidos pequeños y hacía mucha gracia, pero ya no. Preferías no pensar en eso, le habías dado vueltas ya todo el rato durante muchos días y la vida sigue, Vera, te había dicho tu madre y a lo mejor en eso, solo en eso, tenía razón, y querías que esa vida que seguía pues siguiese, que siguiese ya y cuanto antes, que pasasen los días y crecieses y vivieses más cosas, aunque María no, porque María ya solo iba a tener trece años para siempre, pero ya estaba bien de pensar en eso, venga Zoe vamos pa la playa, como si cambiar de sitio fuese también cambiar de tema, y os marchasteis a Area da Vila como

muchas otras tardes, aunque aquella tarde, no, aquella tarde, aunque tú en ese momento no lo supieses, no iba a ser como las otras.

Sonaba la mítica canción de Trueno que decía noucap esmouguid anfoquirá dando vuelta en la siudá o algo así y eso era porque Kevin estaba en la playa, aunque todavía no lo vieses ni a él ni a los demás de cuarto de ESO porque fijo que estaba con ellos y ya te estabas arrepintiendo, desde el paseo de madera mientras ibais bajando y se empezaba a ver la arena, mucho antes de sacar la toalla de la mochila y bajarte los vaqueros, de haber elegido joder ese bikini que te hacía plana, que te marcaba las lorzas y no las tetas, te sentías fea y gorda y ya se te habían quitado las ganas de bañarte y Zoe te miraba ahí parada de repente en las escaleras y te preguntaba pero Vera, qué haces, y ni de coña le ibas a contar nada que era a veces muy bocazas. La verdad es que hacía calor, al día siguiente era la Virgen del Carmen y los viejos decían que nunca había hecho tanto calor en esas fechas y que el tiempo andaba loco y de lo que entraban ganas pues claro era de sacarse la ropa y meterse en el agua ya, pero a ti las ganas se te habían ido escuchando la canción de tecnoclá sáqueme esa mierda y que me ponga gigó ganstá, joder estaba buenísimo, lo viste salir del mar y te pusiste roja, mierda, por qué te tenías que poner roja siempre, eso no lo podías controlar, qué calor, dijiste en alto, para intentar buscarle otra explicación rápida a esa cara a punto de explotar y te palpitaban las bragas en medio del elástico y te giraste para que no te viese como un tomate pero te vio igual, ey, qué tal, Vera, por detrás su pandilla jugaba a placarse como monos en pelea midiéndose las fuerzas, pues bien, a ver si pillamos alguna ola, dijiste por hacerte la guay y en realidad diste cringe, aquí no creo que muchas, para eso ve a Reira, pues claro, qué parva, qué tipo de comentario había sido ese, nosotros ya nos piramos, dijo, y la playa se vació y sentiste un poco de pena al verlos recoger e irse con la música de Trueno a otra parte, pero también alivio y de repente muchas ganas de ponerte en bikini y jugar a lo que te apeteciese, por fin. A lo de las palabras, dijo Zoe y se metió en el agua de una, porque ella nunca la notaba fría, pero tú ibas más despacio y te quedaste un rato antes en la toalla tomando Monster con golosinas y todo lo que tus padres no te dejaban comer delante de ellos por la diabetes y luego entraste al

mar poco a poco mientras Zoe ya había hecho cinco volteretas y te escupía el agua a chorros, qué bruta, pero a ver qué haces, estate quieta ho. A lo de las palabras, ella siempre quería jugar a eso porque era un año más pequeña, bueno uno y medio o algo así, no sabías bien, y a ti no te importaba jugar a lo que fuese si no te veía nadie y menos Kevin, pero como ya se había ido pues venga, vale, a lo de las palabras, que tampoco estaba tan mal, la cosa era meterse a la de tres y decir tres palabras debajo del agua, que estuviesen relacionadas y cuanto más complicadas mejor y la otra tenía que acertarlas, os ibais turnando y empezó Zoe, con palabras bobas, que se le atragantaban porque le entraba la risa y el agua, a la de tres, allí debajo, lo-ba, la-ghar-ta, bi-cha, qué graciosa, le dijiste, y las adivinaste todas, ibas ganando, venga me toca, te tocaba decir a ti, a la de tres, y se lo ibas a poner más difícil, mucho más, lo pensaste bien, una palabra larga y que no se esperase, ibas a decir escornabois y Zoe no la iba a adivinar ni de coña, y de ahí se te ocurrió mandíbula y después cuernos, buah, perfecto, venga, a la de tres, escornabois, cuernos, mandíbula, estabais las dos a punto de sumergiros, a la de una, tú con las palabras ya bien pensadas, a la de dos, le estabas dando una paliza y a la de tres entrasteis al agua de golpe y abriste la boca para decir es-cor-na-bo… pero de pronto se te cortó el sonido y de la garganta te salía solo aire e ímpetu como un viento inútil que no arrastraba nada, volviste a la superficie rápido y asustada, lo intentaste decir allí otra vez, pero de tu boca salía solo agua y aire, ehhh qué tramposa, dijo Zoe en cuanto asomó la cabeza, saliste antes de decir nada, le apretaste el brazo mientras te agarrabas el cuello y se te escapa el pánico por los ojos, qué pasa, te seguías esforzando por arrancar sonidos de tu garganta pero nada, apretabas tanto la faringe que a la lengua se te subían las amígdalas y Zoe entendió entonces que aquello no era parte del juego, Vera, pero qué te pasa, salisteis del agua a toda prisa y luego de la arena, por poco os olvidáis las mochilas y las toallas cuando os lanzasteis como locas al camino que cruzaba la hierba entre las primeras casas y luego a la carretera, la garganta hecha una pulpa inútil, igual te habías pasado con el azúcar y te estaba dando un colapso, a lo mejor, por desobediente, ahora eras un animal ronco, os pusisteis a correr hacia el pueblo de la mano, y si te quedabas muda

para siempre, lo pensabas mientras trotabais por la avenida de La Coruña como bestias fuera de sí, empapadas por el mar y por el miedo, vamos donde tu madre, Vera, buscando palabras y buscando ayuda.

Romper el agua, entregarse a un placer suave. El de un océano que estalla en cada pliegue del cuerpo burbujas diminutas. Ser todo piel. Un órgano viscoso que se desliza entre texturas marinas. Habitar un hogar líquido, lleno de seres gemelos. Dejarse mecer: hermanarse. Chiruca y yo repetíamos nuestro ritual al final del día. Solíamos quedar cuando yo terminaba las clases de palillo y ella volvía de secar el congrio. Y, a veces, después de bañarnos, íbamos a las crebas y nos dedicábamos a apañar lo que el océano escupía. Recorríamos la arena descalzas y nos pasábamos horas apilando los restos encontrados. Chiruca fingía seguir aquella costumbre solo por una cuestión práctica. Registrar la playa para dar, si acaso, con algo de valor. O limpiarla. Liberarla de desperdicios maldiciendo la poca conciencia de todos los que hacen del mar un vertedero. Pero yo adivinaba en ella otros motivos para la búsqueda y la recogida. Su forma de admirar lo que el agua dejaba a su paso la delataba. Cómo recorría la textura filamentosa de los objetos ya inútiles, con yemas como ojos que leían en ellos historias antiguas, y los hierros oxidados y luego humedecidos que le sacaban al azul otros azules; cómo destapaba las botellas sin mensaje y rescataba los mejillones que habían hecho de los neumáticos un barco; cómo miraba las arquitecturas levantadas sobre la arena con huecos que se secaban al aire, nuevos marcos para otear el mar batiente o escalones de madera podrida que conducían solo al oleaje. Había algo dulce en la forma en la que recogía aquellos trozos de una vida que se había perdido y ahora volvía. Para ella y para mí quizás era inevitable sentirse a veces como uno de esos retazos que llegan a un lugar sin saber cómo. Pero Chiruca nunca iba a reconocerse la ternura. Ella solo se dejaba ver brava y fuerte, como si la sensibilidad fuese un signo de flaqueza que no se podía perdonar.

No te fíes. Pásalo bien y ya está, pero fiar no te fíes. Cada vez que yo mencionaba a Artai, solo me repetía eso. Chiruca tenía mi edad y la edad de él y lo conocía, como a todos los de Camariñas, desde que eran niños. Nunca me aclaró si habían ido o no juntos a clase, sus datos eran vagos como si no hiciesen falta demasiados para desconfiar y punto. Pero tenía la sensación de que me habría dicho lo mismo de cualquier otro con el que me hubiese visto entusiasmada. Era una buena amiga. Ella también pensaba que enamorarse era un peligro y esa era su forma de proteger a quien quería. Aunque a veces parecía que me lo decía como si supiese algo más. La ropa la apañas tú, ¿vale? Yo cojo el resto. Cuando íbamos a las crebas, Chiruca me pedía siempre que yo me encargase de recoger las piezas de ropa que apareciesen en la arena y ella los objetos. El rastreo no empezaba hasta que yo aceptaba el trato. Me iba contando entonces, aquí y allá, salpicados, fragmentos de recuerdos que aparecían, también, como encontrados por sorpresa. Las pocas veces que me había hablado de su infancia, se encogía de hombros y decía que la habían confundido siempre con un niño. Era algo que le había dado igual mientras la eligiesen para jugar a fútbol. Lo triste es que para eso tuviesen que pensar que era un chaval. La Chiruca que yo conocía ahora, en cambio, nunca esperaba a que nadie le diese permiso para nada. Era temperamental como su tía Lita, hecha a estallidos, pero volvía a la quietud si le dabas un beso en la sien afeitada, porque enfadarse para ella era incluso, a veces, hasta su forma de pedir cariño. Chiruca me contó que empezó a faenar de noche cuando aún era una cría. En aquel tiempo, diez años atrás, se marchaba a las nueve en un cerquero lleno de hombres que le doblaban la edad y le enseñaban el oficio y esperaba a las cuatro de la mañana para levantar el aparejo: veinticinco palangres, doscientos anzuelos en cada uno y un botín que llevar a puerto; congrio, robaliza, bertorella. Luego duermes un cacho de día y por la tarde vuelta a chollar, es algo cansado, pero está bien para no darle al coco de más. A veces pienso que no me importaría nada volver a aquella época. Y cuando iba al marisco la secuencia era la misma. Trabajas a lances toda la noche y ahí a las cinco de la mañana desiscas las nasas y vas a desmallar al muelle, después, antes de enviveirar las nécoras, les sacas el anclo. Si no lo haces se devoran

entre sí. Chiruca se reía al ver mi cara imaginando cómo aquellas arañas de mar y de ojos rojos movían sus bocas diminutas para comerse unas a otras poco a poco. Son caníbales. Igual que muchos otros crustáceos. Ella se desapegaba de sus palabras cuando explicaba algo terrible. Igual que nosotros. Narraba hechos en crudo como queriendo asumir que eran así y ya está. Sin adjetivos. Pero no siempre los podía digerir. Cuando íbamos a las crebas la notaba temblar a mi lado cuando veía en la playa, a lo lejos, ropa tendida sobre la arena como un cuerpo desinflado. Siempre me acercaba yo a recogerla. ¿O no sabes cómo apareció en Reira el cuerpo de María? Apareció sin pantalones, sin camiseta. Chiruca no habría soportado reconocer las pertenencias de su prima.

Pasé con ella otras muchas tardes palillando o aprendiendo a dominar el mar a ratos encima de una tabla. Chiruca me enseñó a hacer surf: a esperar la serie, a remar hacia el pico de las olas, a evitar revolcones, a remontar por el canal. Y yo dentro y fuera del agua, en el cruce de rompientes o en el de caminos terrosos, tuve una y otra vez la misma sensación.

Ya había estado allí.

Me explicaba a mí misma aquella impresión perenne de familiaridad argumentando que quizás mi memoria estaba confundida por tanta itinerancia. He estado de aquí para allá todo este tiempo, le explicaba a Chiruca, en los últimos años he ido a estudiar en Perugia, a vendimiar en Beaujolais, a trabajar en los hoteles de Gstaad en la temporada de esquí, y nunca entendí del todo qué tenía que aprender en cada sitio hasta que me fui. Y al final resultó que fueron cosas muy distintas de las que pensaba al principio. ¿Te ha pasado eso alguna vez? Chiruca encogía los hombros, no de aquella forma al menos, en el océano los territorios eran siempre más difusos. Por mar había llegado muy lejos, pero nunca por tierra. Me recordaba a Artai en eso. Era otra su manera de explorar. Las primeras veces que me fui a vivir a otra parte lo hacía solo para estar lejos de casa, le dije, el viaje no empezó hasta que dejé de escapar. Hasta hoy. Hasta que elegí este pueblo. Y tengo curiosidad por saber qué viene. Chiruca me miró muy atenta y echando el humo del cigarro hacia la playa, con esa forma

suya de señalar todo como si fuese una evidencia, dijo que a veces, aunque te muevas, no viajas.

A veces lo que pasa es que estás siempre volviendo.

Nos quedamos un rato en silencio, sentadas en lo alto de una roca desde la que veíamos la duna de Monte Branco, abierta en el medio de la colina como una cicatriz de arena. A las despedidas es a lo que aún no me he acostumbrado, le confesé poco después, me pillan siempre por sorpresa. Cuando paso un tiempo en alguna parte, antes de que me dé cuenta, llega ya el momento de marchar. La miré con cariño. ¿Me vas a echar de menos cuando me vaya? Entonces Chiruca se volvió. Sacudió la cabeza como para deshacerse de esa idea, me acarició el pelo, me lo acomodó detrás de mis orejas, de las que decía siempre que eran *feitiñas e moi pequerrechas*, como preparadas para oír cosas minúsculas, y me pasó un brazo por los hombros llevándome hacia ella:

—Tú de aquí no puedes marchar.

Cierra los ojos. Piensa en lo que te gustaría deshacer. Vas a ver cómo te vienen las fuerzas, Xela. Te decía aquello Cruz, sentada frente a ti, tirando de un hilo tras otro. Te lo decía porque te habías quedado atascada mirando cómo destejían ellas sin saber si ibas a ser capaz de hacerlo tú también, cavilando en las consecuencias y en Zoe, que se iba a llevar un buen susto, la pobre. Ya mujer, pero piensa que es por su bien, había dicho Catuxa, antes de acabar su turno, dejarte el sitio libre y que le cogieses tú el relevo, lo único que podemos hacer nosotras es estar listas para ayudarlas cuando toque. También ella se acordaba de Vera, pero estaba convencida, como todas, de que había que hacer aquello y que no quedaba otra que confiar en lo que habían dicho las arañas. Durante los últimos tres meses os había sido muy difícil seguir la vida normal desde que en lo alto de aquel pico convocasteis a las tres viejas. Porque una cosa era crecer escuchando historias de un poder antiguo que estaba detrás del viento batiente y de las aguas revueltas, de las Señoras de Costa da Morte que os habían traído el encaje y decidían cuando el mar escupía peces o cuando tragaba barcos y otra, otra muy distinta, era haberlas visto aparecer, imponentes, recubiertas con encaje negro, como quien lleva una tela donde antes tenía el pelaje, porque algo de arañas les había quedado en aquella forma que no era humana del todo, que era ajena y de otro mundo. La impresión os duró aquellos tres meses desde la llamada, mucho habíais hablado del tema, casi ya no de otra cosa; la vida había quedado pendiente hasta el siguiente día que habían señalado en el calendario las tres viejas: la víspera de la Virgen del Carmen. ¿Y hasta entonces qué? Cómo iba una a seguir martillando puntas en las cubiertas de los barcos, despidiendo a la niña cuando marchaba para el colegio, chau, corazón, y diciendo hola y adiós a la gente por el pueblo adelante, qué tal va, fulano, ya lo tienes pa

mañana, mengano, vente por él el viernes a las seis, cómo iba una a decir y hacer aquello durante todo ese tiempo sabiendo lo que venía. Os costaba dormir a todas, cada día hasta aquel día, el anterior a la Virgen del Carmen, cuando colgasteis los palillos en la puerta de todas las casas, cerrasteis los negocios todos y os reunisteis allí, en la trastienda del bar de Cruz, donde estabais ahora, arremolinadas en el almacén, bajo la luz de la única lámpara encendida detrás de la puerta. Afuera, todas las demás apagadas, simulando que el bar estaba cerrado y que no había nadie. Cómo lo estarían haciendo las demás. Al parecer unas de Vimianzo destejían escondidas en un galpón enormísimo que ya no se usaba y os habían llegado rumores de unas de la parroquia de Lires que disimulo ninguno, que sacaron allí, en el medio y medio de las casas, las cestas de encajes y venga a descoserlo todo delante de la gente. Hay que ver. Cada una tendría su método, sí, pero lo que estaba claro es que, para aquella hora, la Costa da Morte era ya una riada de madera e hilo blanco, con los palillos pendiendo de las entradas y los encajes deshaciéndose, otra vez, en maraña.

Aquel era el tiempo de destejer.

Pero a ti mucho te costaba. Seguías allí pasmada, con los dedos embrutecidos, inútiles para tirar de los hilos, bloqueados, porque sentías grande de más la responsabilidad que os habían dado las arañas y al final, como siempre, todo recaía en vosotras. Ay mujer, de verdá, mira que te pones negativa tú, te decía Cruz, estás hablando así porque estás acojonada. Pero míralo de esta otra manera, la responsabilidad ya la teníamos igual, ahora además de la responsabilidad las tres viejas nos dieron poder. El de cambiar las cosas. Y ese es el sentido de tirar por todos estos hilos, Xeliña. Así que venga, va, cierra los ojos, piensa en algo que no quieras aguantar más y desteje. Algo que no quieras aguantar más. Qué podía ser ese algo. Algo que no hubiese que pensarlo mucho, mejor, que estuviese en la piel, en la memoria del cuerpo. En realidad, sabías bien qué. Se te acercó la perra que iba de una a otra a ver quién la acariciaba, andaba nerviosa, como el día que habíais subido al monte. Qué lista era. Le rascaste suavecito así, por debajo de la mandíbula, y te lamió el brazo entero una vez tras otra. Ay cuántos besitos, cuántos besitos me das. Ya podía mi marido en su momento haberme dado tanto beso. Te

rieron la gracia algunas, sobre todo Lita, que al instante soltó un bufido agudo e irónico y dijo sí, mujer, sí, esa sí que era buena. Era, era. Conociendo al que había sido tu marido, agreste y sañudo y de un frío que pela. Entonces cerraste los ojos haciéndole caso a Cruz y respiraste fuerte y largo como si estuvieses debajo del agua. Y recordaste. Una noche o algunas veces. La sensación, el peso, el olor. Los kilos de su cuerpo sobre el tuyo, la saliva en la boca destilada en aguardiente, su respiración caliente y apestosa en tu oreja y el ansia bruta del que había sido tu marido por encontrar los agujeros de su pantalón y del tuyo y después más deprisa, otro agujero, porque eso eras tú para él, acostada en aquel momento que duraba tanto en la memoria, un cuerpo a tierra, inmóvil, un saco pesado y desnudo sobre el que se tienen derechos por contrato, nada más que un hueco hecho de carne para descargas rápidas de semen. Pero no. Nunca más. Ni tú ni ellas, mucho menos Zoe. Fue pensar en Zoe y abrir los ojos y dejar de acariciar a la perra porque necesitabas las manos libres, que ardían de repente. Habían vuelto en sí y buscaban las puntas de los encajes para destejerlos. Entonces empezaste a deshacer junto a las compañeras, esperando que hubiese una manera nueva de darle forma a las cosas.

En las cestas había encajes a cientos, una podía escoger deshilar cualquier cosa y, de hecho, las viejas habían dicho que teníais que deshacerlas todas; mantillas, tulipanes, bestias, peces que nadaban en círculos, espigas de trigo o barcos de vela. Aquellos últimos eran los que descosía Lita con decisión sin perder el hilo, uno tras otro. Estaban tan concentradas las demás, poniendo todo en la tarea, como siempre que se entregaban a algo, que te daba curiosidad saber qué era lo que ellas no querían aguantar más, en qué andarían pensando para que les viniese enseguida el anhelo, aunque algo de idea tenías. Le preguntaste a Cruz. A Lita no hacía falta. Todas sabíais en qué pensaba ella. Que en qué pienso, había dicho Cruz sin parar las manos; eran las suyas las más rápidas, bueno, pues en mis cosas. A veces era así de misteriosa.

A veces eras así de misteriosa, Cruz, pero por mal no era. Había cosas malas que pensabas que era mejor no decir en alto para no hacerlas más grandes aún y, además, muchas eran difíciles de explicar y también te daba apuro contarlas, eran más bien pedazos de muchos momentos, de golpe juntos en la mente como una película que va a saltos, sensaciones y detalles de esos en los que reparabas tú siempre. Como cuando comías a solas con tu hermano mediano en casa y te preguntaba qué tal sin esperar nunca respuesta. Él y los demás no estaban hechos para profundizar en nada y menos aún para mirar dentro de la gente y de sí mismos, no fuese que encontrasen algo con lo que no supiesen qué hacer. Lo suyo era hablar sin descanso delante de los demás para demostrar que todo lo tenía bajo control, que sabía de todo, del truco para hacer churrasco, de cómo llenar las cuadrículas para que saliese a devolver la declaración de la renta, de cómo hacerle ver a los demás quién mandaba en la batea, menos cuando estaba solo y sentado junto a ti a la hora de comer y lo mirabas de frente. Entonces volvía la cabeza hacia la tele y le subía el volumen al máximo. Le resultabas peligrosa, Cruz, porque contigo nunca se sabía. Con los demás sí, no había problema. Los demás también iban deprisa, como él, y lo que menos se les ocurría era reparar en qué había alrededor, cuestionar algo tan siquiera. Cuestionar el qué, hombre. Vaya forma de perder el tiempo y el tiempo no había que perderlo porque estaba ya bien cuadrado en plazos de calendario para ir cumpliendo en fecha y orden con los mandatos necesarios, casa, casamiento, casa en otra costa, y qué pasaba contigo que no acatabas ninguno, decían las miradas lastimosas de tu madre, de tus hermanos, de toda aquella gente que te había tocado en la familia y no entendía qué clase de mujer eras, porque para las mujeres, igual que para todas las demás realidades del mundo, se necesitaban categorías en las que hacerlas encajar para después entenderlas y si algo no entraba dentro de ninguna era, entonces, incomprensible. Como tú, Cruz, que eras un fenómeno familiar atípico y no había Dios que te entendiese. Tenías motivos suficientes para querer borrar marcos y artificios y por eso te estaba gustando tanto aquel encargo que os habían hecho las arañas. Parecía que les pasaba lo mismo a las más jóvenes, como Chiruca, sentada a

tu lado, que agarraba los tejidos a manos llenas y los deshacía todo el rato, bien contenta, dale que te pego. Debió de reparar en aquello Xela también porque enseguida le repitió la pregunta. Se ve que tu respuesta le había sabido a poco y buscaba alguna nueva. Y tú, Chiruca, que andas tan afanosa, ¿en qué piensas?

A mí me sobra en qué pensar. Y a vosotras si queréis, también. Le contestaste a Xela, porque tú no estabas pa caralladas, Chiruca. No había motivos suficientes, acaso, para hacer lo que decían las tres viejas. Te pasaba al contrario, te costaba decidir entre todos un asunto que te indignase más que los demás, porque con cada cosa que te venía a la mente te entraban ganas de prenderle fuego a todo. Te acordabas, por ejemplo, de cuando ibas al instituto, la vez que habías conseguido quedar con Pamela, que te llevaba gustando desde sexto y pasados los años, las últimas semanas de la secundaria, había empezado a dar muestras claras de que a ella también le gustabas. Buf. Pocas veces habías estado tan inquieta como en aquella cita, bajabas las cervezas a pares, como si pudieras también tragar el nervio a sorbos. De garito en garito fuisteis consumiendo la tarde y ya en el último, que tenía poca gente y luz suave, te atreviste a darle un beso. Y os enrollasteis joder. Por fin. Con tantas ganas la una de la otra que os palpabais las tetas debajo de la ropa y os borrabais las bocas con la lengua. Iba todo tan bien hasta que escuchasteis pssss, pssss, carallooooooo, eh chicas, eh vosotras, y llegaron los papahostias aquellos a deciros que si podían participar, serían cuatro o cinco, porque enseguida llegaron más y empezaron a rodearos y hacer de vosotras el centro de un círculo cada vez más estrecho en un garito oscuro, ey vosotras, estaremos invitados a la fiesta, ¿no?

Al escuchar hablar de Ari saliste de tus pensamientos. Era tu tía la que andaba poniendo reparos. No sé yo si tendrá esta chica el carácter que hay que tener para todo cuanto le viene encima, también os lo digo, pero bueno, si las tres viejas dijeron que tenía que ser ella, pues ella tendrá que ser entonces. Pues claro que *es ella*. Te cabreaste al momento con Lita al escuchar aquello. Te equivocas, no la conoces bien. Ari es mucha Ari. Más vale, masculaaron algunas al fondo. Sí,

ho, siguió Lita, porque mañana ya es el día. Y da igual lo que intente, que no va a poder marcharse. La cosa es que *recuerde* y que sepa lo que tiene que hacer. Y lo sabrá, protestaste, lo vais a ver y entonces ya os callaréis la boca. Ha ido cambiando poco a poco estos tres meses. Ya casi está lista. Para quien las quiere ver, hay señales más que evidentes. Asintieron Xela y Cruz, que también eran de tu opinión, y seguisteis todas deshaciendo encajes deprisa, porque se escapaban las horas y parecía que no quedaban tantas como para destejerlo todo antes de que os sorprendiese el día y ya fuera el Carmen.

La puerta metálica del almacén se abrió. Batió la chapa con fuerza contra la pared y todas saltasteis en el sitio. En el hueco, apareció Catuxa, jadeando y con los ojos por fuera como de muxo de playa, confusa, como si entrar de golpe en aquel interior fuera como salir de repente, por el contrario, a un exterior desconocido. Venía para cogerle el relevo a Xela otra vez, pero nadie entendió por qué esa cara. Que pasó, Catuxa.

Llegó Vera a casa.

Ya no habla.

Se lo acabo de contar todo.

Era la víspera de la Virgen del Carmen. Hazlo por tu hija y punto, las ganas se sacan de donde haga falta en este caso, le habían dicho tres de sus amigos al padre de María, los mismos que iban ahora a bordo del barco que tenía pensado engalanar para entrar a puerto en la procesión del día siguiente. En su memoria, dijeron, y no hizo falta que añadiesen nada más. Él estaba convencido. Ensayó la ruta como si acaso no la supiese palmo a palmo, como si aquellas aguas no fuesen en realidad un camino de ida y vuelta del trabajo a costa y de costa al trabajo, trazado tantas veces que podría hacerlo sin abrir los ojos si quisiera. En altamar se dejaron ir a la deriva por un rato, el día era bueno y estaba el agua en calma. Los cuatro amigos se relajaron en cubierta, cada uno con una cerveza fría. Sonó un brindis de cascos. Chocaron los cristales de botella, tan brillantes arriba como abajo las ondas celestes, y por un instante todo pareció una postal. Por patrona del velero quedó en la timonera la Virgen del Carmen. Allí su estampita estaba pegada a la lumbrera junto a la foto de carné de una María adolescente. Una con corona de ocho florones y serio el rictus. La otra sonriente y con dos trenzas despeinadas. Una y otra con caras sin mácula. Niñas todavía y niñas para siempre.

Ninguno de los cuatro se dio cuenta del momento en el que las aguas empezaron a revolverse. Cayó suave del cielo una lluvia fina a la que no hicieron caso. Se sintieron refrescados y siguieron bebiendo. Las Marías del puente de mando comenzaron a mojarse. Primero en círculos, por efecto de los goterones que se fueron haciendo más fuertes. Poco después, con la borrasca creciente, se destiñeron. Escurrieron entonces sus colores por el cristal como lágrimas entregadas a los ríos de cubierta. Lloraron las fotos, bebieron los hombres y del mar también empezó a llegar un silbido en alza. Que sí, ho, que fue una desgracia, claro que fue, pero no te puedes retirar aún

así, meu, o entonces al mar no le sacas un patacón, hazme caso. Tiene razón, dijo uno, tiene, ho, dijo otro y así, entre los tres amigos, convencieron al padre de María para apuntarse a otras dos descargas. *Carallo como chove!* Cuando dio por zanjado el asunto, se levantó para mear por la borda y advirtió el chaparrón. Quiso coger chubasqueros y llevar a sus amigos más cervezas y fue entonces el primero en darse cuenta de que algo no iba bien. Los cabos se habían sublevado. Un viento venido de no se sabía dónde había enmarañado todas las cuerdas. Pero no solo eso. El padre de María le pidió ayuda a los compañeros cuando vio el desbarajuste de la trapa. Se habían soltado algunas drizas, lo suficiente, desde luego, como para que la botavara estuviese a punto de descontrolarse. Los hombres intentaron arreglar las poleas, pero empezaron a romperse. Fue entonces cuando el barco, como un caballo salvaje asustado en medio de un oleaje también de pronto embravecido, viró con brusquedad y el mar empezó a ser un escenario espumoso lleno de olas encrestadas. Se estrenó una tormenta súbita y la ola dominante encaró certera el velero por un costado, en un embiste que hizo vibrar los doce metros de eslora. La debilidad de la embarcación quedó patente y para entonces los cuatro hombres ya estaban muy nerviosos. ¡Que vamos derechos a la rompiente, coño! Los cascos vacíos de cervezas se precipitaron al agua rodando por cubierta y uno gritó: ¡amarrad los cabos, hostia!, pero se rompían en cada intento de anudado, desbocados a pesar de los esfuerzos, como riendas inútiles para quien intenta domar una bestia. En todos sus años de mar ninguno de los cuatro había visto una desobediencia igual de las cuerdas. Un lío de drizas, sogas y redes. Una a una, se rompieron, sin importar su grosor ni consistencia.

Todos los tejidos del barco se les rebelaron.

En su costumbre de patrón, el padre de María tomó los mandos. Pulsó el botón de socorro de la VHF durante cinco segundos y descolgó el teléfono de la radio. Cuando escuchó aquí Salvamento quiso decir aquí velero María, solicitamos asistencia inmediata; quiso decir que del mar en calma chicha se había levantado, no sabía cómo, mar de fondo y corrientes de cuatro nudos llegadas de una tormenta

que no vieron venir. Pero de su garganta salió solo un ronquido y sin poder decir nada oyó luego otra vez aquí Salvamento, me reciben.

—Aquí Salvamento.

Los cuatro escucharon la insistencia del rescate y, el padre de María, sin habla, les entregó el teléfono de la radio a sus compañeros para que contestasen ellos, de pronto también sin voz, y entre todos, frenéticos, se pasaron aquel aparato escurridizo mano a mano, como un pez mojado que se escapaba entre los dedos. Ninguno pudo decir nada. El GPS confirmó la posición, pero al otro lado de la radio alguien quiso saber todavía si la tripulación seguía en cubierta. Aquí Salvamento, me reciben. Y sus bocas buscaron el altavoz queriendo gritar sí. Queriendo advertir de que temían el golpe de mar definitivo que los volcase. Pero, por más empeño, ninguno acertó a decir nada. En sus gargantas notaron cómo las cuerdas vocales se habían roto igual que en el barco las poleas.

Una vía de agua abrió la embarcación que empezó a hundirse. Aquí Salvamento. Los navegantes se pusieron los chalecos y se lanzaron al agua. Me reciben. Flotando en la superficie vieron cómo la radio abandonada pendía del cable.

Una lengua muerta colgando en el barco mudo.

De la radio, débilmente, salía una pregunta cada vez más lejana. Me reciben. Y por toda respuesta, el golpeteo del teléfono contra la cubierta. Sin poder decir nada, el padre de María lloró al ver cómo su velero se iba a pique.

Un velero que también se llamaba María.

Aquí Salvamento.

Un velero en descenso al otro cementerio, el submarino.

Aquí Salvamento.

Allí, junto a otros barcos con nombres que tampoco eran ya de nadie.

Al día siguiente era la Virgen del Carmen. Me desperté en casa de Artai y tenía la despensa medio vacía, las alacenas pegajosas con cercos de zumo y migas de galleta como siempre. Su cocina guardaba ese aspecto de quien acaba de llegar y está solo de paso. No había café, así que bajé al súper. La cola para pagar era breve, solo dos personas delante. El primero, un hombre mayor que intentaba estar de cháchara con el cajero, pero que no conseguía unir más de dos frases. No sé qué te estaba contando, rapas. Decía usted que la marea ya está llena, que son muertas. Eso, sí. Y que cuando sopla el viento del norte pues que no se apaña nada, ¿no era? Sí, sí. Y algo más iba a decir, ho, pero perdí el hilo. No se preocupe que a cualquiera le pasa. Son doce con cincuenta y tres, ¿efectivo o tarjeta? Avancé una posición en la cola. Sabía que el tiempo estaba a punto de cambiar, lo notaba en mi piel, en el aire y en la tierra. Me palpitaba la carne de las cicatrices, tensa, como el suelo que latía también. La blandura de los senderos, que antes anunciaba la cercanía del mar, había desaparecido y la tierra era ahora un caparazón, un animal en defensa preparado para el ataque. Las pisadas, erizadas y ásperas y los caminos, enroscados sobre sí mismos, se endurecían al paso y cuanto más los andaba más evidente se hacía para mí su espiral. En el medio, un núcleo vivo: una fuerza centrípeta que tiraba de mí hacia lo hondo. Joder, me va a tragar. Un día este sitio me va a tragar entera. Y por algún motivo sentía más que nunca que para eso faltaba muy poco. Ya era mi turno. No es el primero que no hila. Y no tiene nada que ver con que sea viejo, ¿eh? Hay muchos más así. Te lo digo yo que me paso el día hablando con la gente. ¿Solo llevas el café? Pues tres con treinta, guapa. Salí del súper, el pueblo cantaba sus habituales sonidos. Rechinaba el secadero de congrio, acunado su andamiaje por el viento, crujían las hojas secas en las suelas y la leña cortada a

machetazos en alguna parte, batían las contras en las casas y los mástiles en el puerto y, allá también, los motores de los barcos ensordecían por momentos el cacareo de gallinas. Pero faltaba algo. Observé a los viandantes mirarse en medio de conversaciones detenidas, vi saludos a distancia acotados a un gesto de cabeza y al pasar por delante de los talleres de las palilleiras, eché en falta su repiqueteo: estaban vacíos. Fui hasta el bar de Cruz, esperando encontrarme a Xela, a Lita o a Catuxa para tomarme un café con ellas, pero también estaba cerrado. La víspera de la Virgen del Carmen fue para mí como despertar a un sueño lúcido: a mi alrededor todo parecía real y al mismo tiempo parecía también que no lo era. El pueblo emanaba la viveza extraña de un instante encapsulado. El momento de conciencia y de quietud que te invade justo antes de pisar una trampa.

Continué el camino a lo de Artai bajo un cielo que rociaba bochorno. En lo alto, nubes espesas como telarañas tupían el sol y le daban al pueblo un aspecto de caverna. Parecía que la superficie y la salida hubiesen quedado perdidas en alguna parte, muy arriba. Por fin llegué a su casa. En apariencia todo estaba tranquilo, pero yo no. Hice café y el olor llevó a Artai a la cocina. Artai, en este pueblo siguen pasando cosas muy raras. Ari, en este pueblo siempre han pasado cosas muy raras. No estoy de broma. Yo tampoco. Eres idiota. A veces sí. En el entierro de María había una mujer, Artai. En el entierro de María había muchas mujeres, Ari. Sí, pero una. Una qué. Había una que tenía una mirada que nunca había visto antes. Unos ojos distintos. Estaría medio ciega de un accidente de mar, Ari, no le des vueltas. No era eso, era otra cosa. Era como si no fuesen ojos humanos, ¿sabes? Te estás emparanoiando. Pero ¿cómo te puede dar igual? Tú también has visto cómo las arañas desaparecieron de la piedra, eso no es normal. No son cosas normales las que pasan aquí. Ya tengo el barco listo. ¿Me estás escuchando? Ya tengo el barco listo. Vale, ¿y qué? ¿Eso lo arregla todo? Sí, eso lo arregla todo. Vámonos de aquí, Ari, no te está sentando bien nada de esto. ¿Adónde? A donde queramos, a cualquier playa, a cualquier parte, pero lejos, antes de que nos trague este pueblo. Mmmm. Pues mira, igual tienes razón, noto que estoy entrando en bucle. Igual necesito desconectar un tiempo ahora que

estoy de vacaciones. Ahora que estás de vacaciones, vámonos ya, ¿por qué no nos marchamos mañana? ¿En la Virgen del Carmen? Sí, en la Virgen del Carmen. Cuando todos los barcos lleguen a puerto en una dirección nosotros navegaremos en la contraria. Les diremos adiós con la mano desde el Exeo. ¿Qué te parece? Pues pensarán que nos hemos equivocado. Que piensen lo que quieran. Pensarán que somos idiotas. Bueno, pero es que yo un poco idiota sí soy, ¿no? Solo a veces. Qué considerada, dame un beso.

Y hubo un beso. Bueno uno y muchos más ese día, a la espera del siguiente. Sin embargo, yo seguía inquieta: dentro de mí esa sensación de que algo, en el pueblo, en el cuarto, allí mismo, iba a romperse. Pero no le dije nada más. Sabía que la verdad no estaba en las palabras. Él dijo, tengo el barco listo. Pero lo dijo con la mirada opaca. Los dos sabíamos para qué tenía el barco listo. Dijo, cuando nos vayamos mañana va a ser todo diferente. Y eso era lo único en lo que no mentía. Porque lejos, juntos, también dijo. Soltó promesas blandas y mojadas mientras apartaba la vista. ¿Ante cuál de nosotros dos intentaba Artai disculparse primero? Él no sabía hacer otra cosa que estar siempre marchándose, sobre todo de allí donde habían empezado a quererle. Se inventaba un Artai y lo dejaba en tierra, viviendo en los recuerdos y haciéndose perfecto en las distancias. En el océano estaba a salvo porque allí podía ser siempre un héroe y nunca un fraude. Pero a lo mejor la valentía habría estado en otra parte aquella vez. Quizás en reconocer la forma en la que después de follar trenzaba sus piernas a las mías. Y sin embargo tenía tanto miedo, Artai, el valiente Artai, que cuando lo miré, tumbados cara a cara mientras me peinaba el pelo por detrás de las orejas y vi cómo le zarpaban las pupilas, encontré a un niño. Mañana nos vamos a otro sitio, repetía, es lo que necesitamos y mucho más allá de sus palabras, asentí, aceptando qué era de lo que él quería escapar en realidad. Y lo dejé ir. Porque el amor también era eso. Aquel día me dormí a su lado empezando a extrañarlo. Sabiendo que aún no había entendido del todo qué había venido a enseñarme, pero sabiendo también que iba a recordarlo para siempre. Y no en sus palabras ni en sus gestos, sino en nuestros silencios. En la manera en la que una vez, mirándonos a los ojos, habíamos callado juntos.

A xoselinho_017 le gustaba la historia que habíais subido juntas, santonelsson había empezado a seguirte y a _sandritapita_, tremendooookevin y 216 personas más le gustaba vuestro *reel* dos horas después de que hubieses dejado a Vera muda en la puerta de su casa. Joder, para un día que lo estabais petando en Instagram y TikTok y ni siquiera importaba. Menuda mierda todo. Creíste que de todas formas a Vera igual le animaba saber que tremendooookevin os había dado *like* y que incluso había dejado un comentario, esaaaaaas, con ese icono de las dos palmas levantadas que nunca entendiste muy bien qué quería decir, si era como hacer la ola, en plan, como en la canción esa que cantabas en los campamentos, rollo una ola, un tsunami, no sé qué, que levantabas los brazos arriba cuando te llegaba el turno y tal, o qué, pero en fin, que sería algo bueno seguro decías tú y que a Vera igual le animaba aunque no fuese un corazón, pero es que a ver, Vera tenía que entender que Kevin es un tío y a lo mejor para él pues las dos palmas esas hacia arriba era casi como poner un corazón, total, que le escribiste por WhatsApp, eyyyyy, viste lo de Kevin o qué, jaja, anímate perra, que por ahí sí te iba a poder contestar, por nota de voz no, claro, qué fuerte lo de su madre, todavía estabas flipando al acordarte de que cuando timbraste en la puerta de casa de Vera sin levantar el dedo por la prisa, con Vera a tu lado agarrada a la garganta, mojadas, con las mochilas y las toallas y el pelo revuelto en la cabeza como si fueran algas, la madre de Vera, Catuxa, la madre de Vera que cuando erais pequeñas os hacía meriendas de nocilla antes de lo de la diabetes de Vera y os dejaba a vuestra bola viendo los dibujos, porque como madre pues había estado siempre bastante bien la verdad y a Vera la dejaban salir la última en la disco de tarde, Catuxa no se había extrañado nada cuando abrió la puerta y os encontró allí plantadas con el pánico en la

cara, tú agitando las manos y gritando y Vera solo con los ojos porque ya no le salían las palabras y su madre, ¡su madre!, su madre al ver aquello dijo solo vaya por Dios y la abrazó y os dio un beso en la frente a cada una, tranquiliñas, y a ti también las gracias por acompañarla hasta allí y la metió en casa como si nada, Vera mirando para ti cagada, no te extrañaba, vaya por Dios, porque a su madre parecía que se le había pirado del todo y os decía aquello, tranquiliñas, como si hubieseis estado jugando a vóley en la pista y en un remate muy bestia Vera se hubiese caído y se hubiese levantado la piel de las rodillas en el cemento, vaya por Dios, como si una hija que de repente no habla fuese un accidente que entrase dentro de lo normal, tranquiliñas, como si una gasa empapada de mercromina pudiese solucionarlo todo, vaya por Dios, como si encontrar a su hija en la puerta sin poder dar una palabra fuese algo que ya se esperaba.

Le dijiste que te mejores bichi, bichi de bicha, bichi de bitch, bichi bichiño que venía de muchas cosas y valía para todo y también para decir delante de las madres. Y después de desearle suerte a Veriña pues te volviste bastante volada para casa, sabiendo que ibas a estar sola aún a esa hora y no le ibas a poder contar a tu madre ya lo que acababa de pasar, si es que no se lo contaba antes Catuxa, claro, que igual la llamaba, pero en fin, que tu madre iba a flipar, a no ser que se le pirase también como a la madre de Vera y te saliese con el vaya por Dios ese y al carallo, pero no, a ver, tu madre no era así, o eso creías tú porque tampoco te parabas tanto a pensar cómo era, era raro pensar así, quién es tu madre, tu madre es tu madre y punto y además tú creías que a vuestras madres, pues sí, se les podría ir la pinza en cualquier momento porque estaban todas estresadísimas, eso decían, todas hacían mil cosas al día, con la mítica frase esa de cuando se sentaban lo dejaban claro, no paré en todo el día, la primera vez que me siento y tal, tenía que ser bastante mierda llegar a madre y darle la papilla a la abuela que la escupía por las comisuras en la boca sin dientes y había que limpiarla con babero como a los cativos o ir al mercado corriendo, hacer comida, fregar la loza y salir pitando con la camiseta salpicada de tomate para el puerto a lijar barcos cagándote en Dios porque el tiempo de las madres siempre va muy justo y no te daba la vida para cambiarte y eso lo hacen mucho, se cagan en Dios

para pedirle que le añada más horas al día y se acuestan todas con dolor de espalda pero la tuya se levantaba igual de noche para atender a la abuela si llamaba, imagínate ser madre y que todo dependa de ti todos los días todo el rato, buf, *no way*, tú pasabas muchísimo, tenías otros planes o bueno a ver no los tenías, jaja, qué carallo ibas a tener, pero que así no querías acabar, vamos, eso seguro, ya pensarías algo y el caso es que cuando ibas a casa dándole vueltas a todo eso pues de repente los pensamientos se te pararon cuando lo viste y ver aquello fue mucho más fuerte todavía que vaya por Dios, tranquiliñas. En todas las casas viste lo mismo. ¡En todas!

En la puerta de todas las casas del pueblo las mujeres habían colgado los palillos.

Buah, pero por qué, qué cosa más rara, ¿igual era por la Virgen del Carmen que era al día siguiente?, pero no, eso nunca lo habían hecho antes, en el pueblo no habías visto nada así en la vida, qué sentido tenía y joder impresionaba bastante ir siguiendo la hilera de puertas y la hilera de palillos, como si no los fuesen a necesitar más, como si hubiesen dicho venga ya que palille otro que yo paso, menuda movida, pues nada, te fuiste a casa apurada, que así mojada te estabas quedando súper fría y cuando era así te empezaba a tiritar el labio y se te ponía morado, la toalla esa era muy fina y no te abrigaba bien pero bueno te valía para irte sonando los mocos que se te iban cayendo y querías darte una ducha calentita ya qué gusto y en cuanto llegase tu madre con la abuela del centro de día le ibas a contar todo lo de Vera y a preguntarle por el rollo ese de los palillos y corriendo casi llegaste a tu casa y estaban allí también, los palillos de tu madre enganchados, pendiendo de un hilo, dando golpes como si el viento llamase a la puerta. Te metiste en la ducha rápido, dejaste el bañador mojado en el suelo y la gata empezó a chuparlo, qué cerda, igual se te había olvidado ponerle agua en el bebedero, te iba a echar la bronca tu madre, bueno en fin primero la ducha y las arenas y las algas pequeñas marchando juntas por el desagüe y el jabón de sandía que tenía las pepitas esas para frotar en la piel que tu madre decía que eran exfoliantes. Saliste enseguida, te sentías mucho mejor ahora, nada que ver, envuelta en la toalla llegaste al cuarto porque el móvil no paraba de pitar y te morías de ganas de saber de qué eran las notificaciones,

tenías varios punto y opina de las niñas de clase y xoselinho_017 decía que quería verte las t3t4s y buf a ti ese comentario hizo que te empezase a palpitar el coño debajo de la toalla porque te gustaba gustarle a otro y más a xoselinho_017 que era mayor y estaba bueno y tenía la espalda ancha y te tumbaste en la cama calculando que aún tenías tiempo mientras no llegaba tu madre y bajaste la mano hasta meterla en lo jugoso como si fuese la mano y fuesen los dedos de xoselinho_017 y no los tuyos los que hacían el arriba y abajo y el círculo de más lento a más rápido, a más rápido, a más rápido, como quien insiste mucho apretando el centro de una fruta hasta que echa agua y se te escaparon primero unos gritos pequeños y luego más grandes y dejaste que fuesen más grandes porque total estabas sola e hiciste mucho ah-ah-ahhhh como si fuese agua de más templada a más caliente a más calienteeee más calienteeeeee-eeeeeee-eeee y aaaaaah-aaaaah-aaaaaah-aaaaaah y aaaaaaah aaaaaaaaah aaaaaaaaaah y entonces, zas.

Notaste un corte en la garganta.

Varios cortes. Zas, zas, zas.

Como si una a una se fuesen rompiendo las cuerdas vocales y, desnuda encima de la cama, te llevaste las manos al cuello y te quedaste tendida, boqueando, con la cara colorada por el esfuerzo que hacías para intentar arrancar algún sonido y nada. Te quedaste así, boqueando. Colorada y c-ca-ca-si mu mu mu-da.

Más que las bocas, hablaban los gestos.

Hay que dar primero con el hilo que sella el encaje, para el cordón es este, ¿ves? Y entonces de ahí tiras y haces el movimiento de palillos, pero hacia el otro lado, -rar, descruzas, destuerces en -co- y otra vez en an-, en lugar de tejer como siempre lo haces justo en sentido contrario, ¿no sabes? Así, así como hace Xela.

El rescate fue a dos millas al sureste de Punta Buitra. Cuando los encontraron en el agua, abrazados los tres para intentar retener el calor, ya temblaban con el frío atlántico metido en lo profundo de la piel y aún después, al abrigo de la manta plateada en la playa de Arnela, entre el lío de guardacostas y sirenas y enfermeros que anotaban pulsaciones, seguían tiritando. Todos conscientes, pero todos sin palabras.

El envés es ahora revés y entonces repites, rar-co-an, rar-co-an, en tres movimientos y tres veces más, hasta que se deshace de punta a cabo, hilo a hilo, an-co-rar y listo. Luego eliges otro encaje, el que quieras, da igual, porque total hay que destejerlos todos.

No eran los únicos. Al padre de María y a sus dos amigos, allí de pie sobre la arena, se iban sumando otros que traía a cada rato Salvamento, la mayoría más sorprendidos que desorientados porque no entendían de dónde había salido esa tormenta repentina que sentó de popa a tantos barcos con el primer golpe de mar y volvió indomesticables los cabos. Rom-pie rompie-ron los. Ca-cabos todos. N-o que que-dó u uno. Y lle-v ó el pin-cho. ¿To do? To-do, todo. Las m mor mor-da-s-as to do. Media flota de bajura a pique y un temporal impredecible que se había llevado con él toda la faena. En los intentos sucesivos, que fueron muchos, en los que trataban de explicárselo unos a otros según iban llegando, por más que se empeñasen, de las

gargantas secas salían solo sonidos desfondados y retraídos, como las olas que rompen en la orilla y se retiran ya sin fuerza.

Tres movimientos secos al deshacer, como tres golpes, mor-, da-, -sa, eso es, descruza, destuerce, descruza y la giras para el otro lado. Acuérdate de que hacemos del derecho el revés.

Nadie hablaba ya al derecho. Las conversaciones torpes y fracasadas parecían una y otra vez la misma que, por inútil, nunca terminaba y estaba llena de aspavientos. Asustados se acercaban por tierra los curiosos, primero asomados, luego a la carrera, y los que llegaban del pueblo, de Muxía o de Camariñas, daba igual, lo hacían agitados porque en todas partes pasaba lo mismo. Ta-mos to-dos con con la len len-gua lengua. Len-gua gira. Gi-ra-da. Lengua gi-rada. Lengua girada. En el pueblo, quisieron decir, no hay un alma.

Para destejer tienes que fijarte bien, claro, de cuántos movimientos está hecho el encaje, esa es la cosa, y así le das la vuelta en su compás a cada uno, aflojas y divides al unísono los pares, desmontas a contrasentido el cruce y la torsión: poco a poco los vas desarmando a todos.

Los que llegaban corriendo por la costa traían la información que todavía faltaba en la playa y el Pesco do Alto y otros marineros que llegaron por decenas, cuando se encontraron con el padre de María

¿s s s sa sabe is a ade más qu é?
qu é
que e
qu e é
¿qué?

Trataron de decirle que qu ea que a llá
en el p
pue blo
en
to to das
l as las
ca sas
en lo al to
las pa

pa li llei
palillei ras to das
col ga ron
los
colga ron
l os pali
pali llos.

Los palillos colgados a la entrada de todas las casas. Una imagen que esbozaron con las manos más que con las bocas, con los brazos cruzados y en suspensión, como en los marcos de las puertas los bolillos.

Mira para ahí, ¡las que están sentadas al fondo te llevan un ritmo tremendo! ¿Y qué hago con los encajes destejidos? Ay, esos los vas dejando en las cestas de mimbre, que xa temos unha chea deles, ponlos ahí mismo y déjalos estar. Enredados, sin forma.

Y entonces todos, el padre de María, sus dos amigos y los marineros que seguían llegando a la arena en lanchas de rescate, descifraron con dificultad los balbuceos de los otros que, como los suyos, menguaban a cada rato y supieron lo que pasaba, que allá, en el pueblo,

qu e
que
que a llá

all á
allá ya

na
n adie h

hi la

nadie hila.



NAVIA: Hasta ahora habéis urdido la trama que no era.
LAS TRES HERMANAS: Destejeréis, destejeréis, destejeréis.
BRIANA: Una que a todos sostiene y a vosotras atrapa.
LAS TRES HERMANAS: Destejeréis, destejeréis, destejeréis.
OTILE: Del tiempo de las siervas habéis de despertar.
LAS TRES HERMANAS: Destejeréis, destejeréis, destejeréis.

NAVIA: Cuando saquen al sol su danza de flores.
BRIANA: Y hagan ondear sus arcos frente al mar en calma todavía.
OTILE: Haremos rugir las aguas primitivas.
LAS TRES HERMANAS: Y destejeréis, destejeréis, destejeréis.

NAVIA: Interrumpirá entonces la naturaleza su ruido.
BRIANA: Se irán al blanco todos los colores.
OTILE: Al silencio todos los sonidos.
LAS TRES HERMANAS: Destejeréis, destejeréis, destejeréis.
NAVIA: Se cerrarán de golpe cinco mil gargantas.
BRIANA: El dieciséis del siete será el día.
OTILE: En el que sabrán qué se escucha cuando nada suena.
LAS TRES HERMANAS: Destejeréis, destejeréis, destejeréis.

NAVIA: Pero de todos los hilos, para ella guardad uno.
BRIANA: Dejad suelta su voz.
OTILE: Apenas un hilo.

La primera ausencia fue sobre la sábana fría. Palpaste su lado despertando aún del sueño y anticipando el vacío. Hiciste como si te sorprendiese, pero en realidad no. Continuaste la ficción por toda la casa. Incluso estuviste tentada a llamarlo en alto por su nombre, casi dramática, como hacían a veces en las películas, a medida que ibas abriendo puertas que daban a habitaciones en las que sabías que tampoco lo ibas a encontrar. La segunda ausencia, la del equipaje escaso y desaparecido. Y bien podría haber servido ya de pista absoluta, pero no, tú seguías en una especie de búsqueda y captura de la comprobación definitiva. Lo hacías, sin embargo, sin apuro, pero sí constante y casi sistemática. Una puerta y otra y otra, la ducha; bajaste a la calle y te recibió un aire caliente y lleno de salitre.

Aquel era el día de la Virgen del Carmen.

Las juntas del suelo adoquinado estaban trazadas por pétalos azules de crisantemos, volados de una ofrenda floral que ya había comenzado en otra parte. Era temprano, así que el pueblo despertaba en calma todavía. En los balcones reposaba la bandera blanquiazul con la Santa Patrona, como todos los dieciséis de julio. En las puertas, sin embargo, los palillos colgados, como en ninguno antes.

Pediste un café para llevar en la plaza del Curbeiro, como si el tiempo no te alcanzase para tomarlo allí mismo o como si tomarlo allí y no ir enseguida al puerto pudiese cambiar un resultado que en realidad ya conocías. Fuiste al muelle. Madrugaban también las gaviotas. Y de los restos de pescado que se pudrían bajo el sol llegaban los zumbidos de las moscas. Todos los barcos estaban aún amarrados y tranquilos, engalanados para el gran día con laureles y banderas y papeles que ondeaban colores rotundos. Amarillo, verde, rojo, naranja, violeta. Todos los barcos menos el Exeo: la tercera ausencia. Y la última. Porque fue entonces cuando te dijiste basta. Y

bastó. Qué más necesitabas. El día anterior no, pero en ese momento sí sentiste rabia, es justo reconocerlo. Quizás por haber confirmado la cobardía. Quizás por haberte enamorado de un cobarde. Por orgullo: ¿quién coño se creía para dejarte así? Quizás porque negó la posibilidad de ser juntos. Miraste el fondo de tu café en el vaso de papel como si fuese también el fondo del asunto. Y sentada en una boya frente al mar buscaste el horizonte, del que él ya había pasado a formar parte. No calculaste en qué punto del infinito estaría navegando. En lugar de eso, te lo imaginaste en un tiempo indefinido, fuera del tiempo, en cualquier tierra nueva y provisional, palpándose bajo la camisa arrugada el pecho siempre encendido por el sol y hablando en una lengua salada en la que algún día, en un bar, una noche, dentro de muchos años, se atrevería a pronunciarte.

La danza de arcos te alcanzó cuando salías del puerto hacia el centro del pueblo. Bailaban los marineros vestidos de blanco en un cuerpo hecho de muchos, que entraba y salía de las puertas en movimiento, lanzadas al aire por los marcos arcoíris. Te encontraste con algunas de tus alumnas de las clases de palillo, que vendían pañuelos fosforitos que decían Camariñas y Virxe do Carme. Y Vera y Zoe, ¿no vinieron? Están enfermas, te dijeron las niñas y te regalaron uno de esos pañuelos, este para ti, profe, siempre tan riquiñas, les diste un beso en las cabezas que te llegaban a la axila y lo anudaste al cuello y le escribiste a Chiruca para que bajase a tomar algo. Sonaban las gaitas y brindaban las cervezas y ella, a quien le encantaba todo aquello, dónde estaba. Se te hacía muy raro llevar ya un par de días sin verla. Además, querías contarle lo de Artai, aunque seguro que no la pillaba por sorpresa. Seguiste la danza hasta la iglesia, donde fueron a buscar la talla y bajaron los arcos. En el suelo quedó un regalo de colores a los pies de la Virgen del Carmen, y luego otra vez arriba y adelante y atrás y arriba y adelante y atrás, haciéndose y deshaciéndose la danza sobre el asfalto y rumbo a la capilla, primero, a por la Virgen del Monte, y otra vez al puerto, después, ya con las dos imágenes, arriba y adelante y atrás y arriba y adelante y atrás, mordiéndose a sí misma de extremo a extremo, aquella danza caníbal de pez que se buscaba la cola.

Al llegar de vuelta al muelle chillaron las sirenas sobre la muñeira. Y por lo demás ni una palabra. Nadie se decía nada y cuando te fijaste en las caras de todos no había fiesta. Había una preocupación idéntica de algo, no sabías qué, de algo que te estabas perdiendo. Un silencio tajante de las bocas en medio del movimiento y del ruido. Siguieron tronando las bocinas mientras la Virgen del Carmen, llevada a cuatro hombros, hacía su último pase bajo los arcos, hasta coronar el altar al aire libre y presidir la misa de campaña. Entre la multitud expectante distinguiste las caras de dos alemanes que habías guiado en una ruta hacía poco, eran simpáticos, la verdad, te hizo gracia recordar que uno, que debía ir con hambre durante el trayecto, no paraba de preguntarte si las trovisqueiras y los nardos marinos y las caléndulas y todo cuanto se le aparecía al paso eran plantas comestibles, en principio no, les decías tú, pero dadles un bocado y me contáis a ver qué tal; ellos también te vieron a lo lejos, sonrieron y te saludaron agitando mucho la mano, se los veía entusiasmados, pensaste que presenciar aquello debía de estar siendo para ellos una especie de acontecimiento etnográfico. Carraspeó el cura en el micrófono y carraspeó también el coro que lo escoltaba y entonces sí se apagaron las sirenas. Queridos hermanos, dijo, lento, raro, en un lenguaje costoso robado al esfuerzo. Te envolvía un aire pesado que avisaba tormenta. Un clima cargado, a punto de reventar, te centrifugaba el estómago. Tú para entonces ya mirabas a todos lados. En la pantalla doble *check*: el mensaje le había llegado a Chiruca, pero todavía no contestaba. Ella, que lo hacía siempre al momento. Empezabas a estar un poco preocupada, la ibas a llamar en cuanto salieses del puerto. Al fondo, el cura pedía protección para todos los barcos de la cofradía por orden alfabético. Empezó la a con Amable, la be con Boa Xera, la ce con Chupito, la de con Dorada y así hasta la eme, en la que notaste cómo todos prestaban atención, la eme que era de Morita, Morenita, Moriño, pero antes de María Teresa, María Esperanza y de María. Con el mismo nombre un nuevo barco. La eme de María en la que todos, incluso él, incluso tú, tragasteis saliva.

Buscaste a Lita entre los presentes; tampoco estaba. De hecho —comprobaste justo después— ninguna de las palilleiras. Su último rastro eran los palillos que habían dejado colgados en las puertas. *Que*

pa-ren os ven-tos, *que amai-nen as on-das*, la plegaria del coro sonó enlatada ante el micrófono, con sílabas partidas que se perdían por momentos, como venidas de lejos, de una retransmisión remota, *que che-gue sa-ni-ño qu-estou tris-te e so-a*. Tronaron las nubes. *Cos fi-llos cho-rando d-e fr-ío e d-e me-do*. Y cerraron el cielo tres tonos de gris. Se miraron entre sí los marineros y miraron también arriba, abajo y a los lados. *Sálva-n-os, Virxe Ma-ma-maría, sálva-nos*. Pero no importaba dónde: por todas partes llegaba la tormenta. Por sus caras y sus gestos adivinaste que, a ellos, acostumbrados a oler el clima y leer el viento, aquella les inquietaba especialmente, sobre todo ahora, que la flota iba a zarpar en procesión marítima hasta el puerto de Muxía con la talla de la Virgen a bordo. *Sálva-nos, Vir-x-e Ma-m-maría, sálva-n-os*. Es esta, pensaste, la que tu cuerpo anticipaba desde hacía días, la que te estiraba la piel casi hasta el desgarro, la que también removía la tierra y latía frenética bajo los pies, como una bestia que, encerrada en el subsuelo, sabía que el momento en el que la iban a soltar estaba cerca.

La mar es mala, pero hoy hay que ir igual, le escuchaste decir a uno antes de subir al barco. Los más tranquilos eran también los más borrachos. Servían a bordo cubatas en vaso de tubo e instaban a los compañeros sobrios a que probasen. Pero, por alguna razón, no había forma de animarlos. Algunos tenían los labios sellados y caídos. No se decían nada. Sobre sus cabezas pitaban las bocinas de los barcos. Desde la cabina cada uno subía su música y se mezclaban canciones cuando cruzaban trayectos frente al muelle, a la espera de zarpar, como era tradición, hasta el pueblo vecino. Lo intentaron todo para que aquello fuese la fiesta que siempre había sido, a pesar del silencio y de la tormenta que estaba cada vez más cerca. Incluso alguno se adelantó a disparar metralla de colores y esparcir un arcoíris de pólvora que prolongaba con estruendo, en el cielo, los mismos tonos de los papeles que adornaban los barcos. Y, sin embargo, entre la multitud, tantas bocas mustias.

Te pareció un ambiente tan poco festivo pese a los empeños que no pudiste evitar preguntarle a uno qué pasaba. Unos hablan, pero otros no, te dijo simplemente y se encogió de hombros y volteó las palmas hacia arriba como diciendo quién sabe por qué. Pero ¿otros no

hablan? Tú tampoco entendías nada y ya empezabas a estar harta de tantas rarezas. Hacías como que no, pero muchas no se te habían olvidado. Los ojos, la piedra, las arañas. Y además de todo aquello, Chiruca. Joder. Dónde se había metido. Se acabó, la ibas a llamar ya mismo. Y mira, también le ibas a contar todo aquello que estaba sucediendo, te dijiste mientras enfilabas el paso para salir del muelle, aunque te dijese que, en fin, que se te iba la olla, porque igual eso es lo que te venía haciendo falta desde hacía días, ¿no?, ver a tu amiga, reírte de todo con ella, volver a un lugar seguro. Pero todo sucedió muy rápido.

Primero fue la niebla. Que se hizo densa, como una criatura caliginosa y gigante que tapió todo horizonte y redujo el entorno a un metro vista. Rugieron más truenos, se levantó mar de fondo. Llovía fuerte gotas como agujas. Y de la tierra, de la arena, del océano, de la piedra y del cielo, el color se apagó de golpe. Se marchitó el verde. Que era del pasto y de los sotos y de las fragas y de los tojos y los erizos de castaña. Y dio paso a lo espeso y resinoso. Al azul muerto. Extendiste el brazo hacia la nada y casi no podías ver la punta de tus dedos. La tormenta era total y chillaron los barcos. Pero no con las bocinas ni con la música, sino partidos, sentados de popa por un temporal ya salvaje. Chillaron también las boyas reventadas en el mar, chilló el espigón dividido en dos por una fuerza subacuática, emanada de lo profundo. Chilló todo y también tú, desubicada y con los músculos tensos y endurecidos como rocas. Todo aulló, definitivo, como si fuese a hacerlo por última vez. Menos los hombres.

Ellos no pudieron decir una palabra.

Los viste allí. A cientos. Tiritando, neblinosos y desdibujados, caídos al agua. Con muecas mudas de espanto y de ansia que intentaban arrancar el sonido a las gargantas. En hipotermia y sin poder gritar ayuda. Naufragados junto a las nasas y a la talla de la Virgen, también volcada en el mar enfurecido. Una masa flotante de cuerpos enfundados en trajes blancos, helados y vibrátiles, con manos agitadas que aparecían y desaparecían entre la espesura, de los que solo llegaba un chapoteo desesperado.

Volviste sobre tus pasos y avanzaste como pudiste, entre aquella atmósfera fosca que devoraba espacios, para tenderles los cabos que

pendían del muelle. Aguantad, les decías, estáis bien, estáis bien, todo el rato, pero ellos no podían contestar a tu pregunta. A tu alrededor sentías también el trajín de la superficie, el ir y venir de más cuerpos en huida que corrían entre la niebla o se cogían de las manos. Y a pesar del desastre, del sudor y de la urgencia no se escuchaba ni un solo grito.

De todas las voces, solo quedaba la tuya.

Mirando a tu alrededor aquellas bocas rotas, te diste cuenta de que todo el pueblo, menos tú, estaba mudo.

Los golpes de mar entraban en los barcos por todas partes. Por la proa y por la popa. El oleaje grueso les arrancaba el puente, los deshacía en añicos flotantes. A los pies del muelle, las aguas se llenaron de barcos derribados, caídos en una inesperada batalla naval de violencia imbatible. La del espíritu del mar y del viento que todo lo azotaba.

El dieciséis del siete aquella fuerza cósmica hizo estallar todas las geometrías.

Después no quedó más que algo vulnerable y primitivo. Por hacer o recién hecho. Un momento que no tenía color ni forma ni sonido. Una maraña. Un final o un principio. Todo se volvió de un blanco pleno. Como el de los lirios salvajes sobre las rompientes. O el cuarzo puro que delineaba las rocas. Elementos en los que ya no tenía sentido pensar, porque un blanco enorme y sin matices lo envolvió todo en total silencio. Y con tus orejas, tan pequeñas, escuchaste lo que al fin se oye cuando nada suena.

Te hundiste allí.

Por acción de esa fuerza que no sabías adónde te llevaba. La que te había llamado desde que llegaste y que ahora, desatada, te arrastraba consigo en espiral. Te sentías caer. Caías y caías y caías, a punto de llegar a un lugar desconocido.

A un lugar interior, antes que a un paisaje.

En medio del blanco absoluto, gritaste, porque tú sí tenías voz. Y cerraste los ojos, pero antes los viste. Otra vez. El día de la Virgen del Carmen. Esos ojos. Los de aquella mujer sobre los tuyos.

Eran sus ojos.

Mira yo no sé si era lo que teníamos que hacer o no, pero lo hicimos. Porque si lo decían las viejas ya estaba, no había nada más que preguntar. Ellas saben más que nosotras, comprenden las cosas distinto, ¿no sabes? No son como tú y como yo, hija, vienen de otro sitio. A veces no se entiende por qué piden lo que piden, pero aun así hay que hacerles caso. A las tres viejas hay que obedecerlas porque a la larga acaban teniendo razón siempre, la verdad es esa. Ellas son especiales, no sé cómo decirte, son tres, siempre las mismas. A veces parecen como nosotras y tienen cara y pelo y cuerpo y huesos, pero a veces no, no tiene que ver. Eso sí, los ojos nunca son como los nuestros. Ay, eso no. Es como si fueran antiguos, a ver cómo te digo. Piensa en los primeros ojos que pudo haber en el mundo, alguna vez, así son. Ojos de araña. Meten miedo. Es difícil de entender, ya lo sé, a mí cuando me lo dijeron de pequeña no me entraba en la cabeza. Pensaba que era un invento de mi madre también, que andaba siempre contando historias cuando *debullaba millo*, para matar el tiempo, ¿no sabes? Mucho le gustaba brincar a tu abuela, *xa cho creo*. Y siendo yo jovencita, con la primera sangre, que andaría yo qué sé por los doce o así, algo más pequeña que tú, fue cuando me habló de ellas. De las arañas. De las tres viejas que hay que obedecer.

— …

No pongas esos ojos, Vera, que miedo no hay que tener. Es un asunto serio, no te voy a mentir. Pero están de nuestra parte. Ellas tienen un poder enormísimo, saben todo, lo que les cuentas y lo que no. Porque están en todos los sitios y en ninguno al mismo tiempo. Viven desde siempre. En este pueblo hay cosas que una tiene que conocer cuando ya no es una cría, crecer aquí también es ir entendiendo. Y estás en el tiempo de hacerlo, Veriña. Pero qué haces.

Deja la mano quieta que te vas a hacer daño, no te agarres así de la garganta. Por qué lloras, mujer.

— …

Que sí, que bien sé que hablar no puedes, pero espera, la voz te va a volver al sitio, estate confiada. Hay que tener paciencia, hija, no se puede ser tan ansiosa. Las cosas a veces pasan cuando tienen que pasar y no cuando queremos nosotras. Es así, es una cosa bonita para aprender también. Mira, Veriña, no te lo quería contar ya, porque es una responsabilidad muy grande. Yo lo sé porque a mí me pasó igual antes que a ti. Cuando mi madre me lo dijo y vi que no era broma ninguna quedé pasmada. Temblando de cuerpo entero, en la vida me voy a olvidar. Y desde entonces nunca vi las cosas igual. Pero también te digo que me ayudó mucho a entender. Me ayudó a ver lo importante que es lo que hacemos. Tiene todo el sentido. Y pienso que puede que te venga bien saber. Mira, Veriña, a ver cómo te lo digo. Escucha. Tú sabes esas frases hechas que dice la gente, cuando alguien no atina a decir algo, que se le olvida una palabra. Perdió el hilo, dicen por ahí. Y cuando le vuelve la palabra al sitio y quiere decir algo a mayores, empieza al hilo de lo que estaba contando antes, ¿no sabes? O para aquel que es muy vivo, que las pilla todas por el aire, de ese dicen que hila fino o que no da puntada sin hilo. Y, todo lo contrario, claro, aquel que perdió la cabeza y que no sabe lo que dice ya no hila. Y cuando alguien sentencia y dice cosas muy bien dichas, borda el discurso, ¿a que sí? Y otro ejemplo más te pongo, cuando vas a la escuela y tienes que dar la lección, que muchas veces no la sabes bien, que lo sé yo, y la salvas por los pelos, ¿a que te dice la profe que la llevas con alfileres? O las historias que te gustan todas tienen una trama, un hilo conductor. Y así muchas más, hija. ¿Entiendes adónde quiero llegar?

— …

Lo que te quiero decir y tienes que escucharme muy bien… Es que además no te lo quería decir ya, pero estando así te va a aliviar saber, te va a aliviar entender por qué yo sé seguro que la voz te va a volver al sitio, porque… Veriña, esas frases que te digo no son frases hechas, mujer. No es un decir y ya está. Se dice así porque así tal cual es como pasan las cosas. A ver, escucha muy bien lo que te tengo que decir

porque esto se dice una vez en la vida y hay que meterlo bien en la cabeza. Palillar es una responsabilidad mucho más grande que hacer un tapete. Dónde va a parar. Una responsabilidad grandísima, grandísima, la más grande de todas. Eso es lo que quiero que entiendas, hija. Es un trabajo muy poco agradecido porque nadie ve lo que estás haciendo. Es un trabajo duro que solo se valora cuando se deja de hacer. Entonces ahí sí, qué listos, los señoritos, entonces ahí se dan cuenta de lo importante que era, cuando lo echan en falta. Por eso te digo que estuvieron rápidas las tres viejas después de lo de María. Muy atinadas en lo que mandaron hacer. Y si no fuese porque ellas así lo dispusieron no habían de obedecer todas, también te lo digo, que entre nosotras una huelga total no se hacía, siempre habría alguna rebelada. Pero ahora no, ahora todas colgamos los palillos y punto. Se acabó. Y si nosotras dejamos de palillar, Vera, hay consecuencias inmediatas. Si nosotras dejamos de palillar…

Mira, te lo voy a decir al oído, que no quiero que nadie más nos escuche. Es un secreto muy grande que guardamos entre nosotras, no lo puede saber cualquier espabilado porque, menuda, imagínate si no, podría pasar una desgracia. Te voy a contar lo que nos enseñaron las arañas, las tres viejas. No llores, mujer. Acércate.

— …

Entendiste ahora, Veriña, hija.

Seis manos abanicaron a Catuxa. Xela le secó el sudor de la frente, estás ardiendo, y le tomó la temperatura con los labios, Lita le acercó una silla, Cruz le fue a por un vaso de agua. Y cuando se repuso un poco del apuro, Catuxa habló de todo cuanto le contó a Vera y lo hizo largamente. Escucharon las demás atentas, sabían que conversaciones como aquellas se iban a repetir tantas veces, tantos días después del Carmen. Tenían que estar preparadas para lo que venía. Cuando terminó el relato, Xela le dio un beso en la mejilla y la abrazó. Lita le posó la mano en el hombro, hiciste muy bien, Catuxa, y luego les recordó a todas que era hora de volver a la tarea; en las cestas de mimbre quedaba aún mucho por destejer.

Continuaron sin descanso toda la noche. Y al igual que cuando tejían juntas, ahora que destejían, se fueron contando historias de las que no se querían olvidar. El tiempo alteraba los detalles y cada vez que se empezaba un cuento en voz alta nunca era el mismo que la última ocasión en la que lo habían narrado, mudaban los matices, los giros, los finales, pero no importaba, aquello era parte del proceso y entonces Cruz, que tenía una cadencia constante y una voz suave que las hacía sentirse mecidas en sus asientos, empezaba algunos como si nada, *e logho non sabéde-lo da raposa*, *cal raposa, ho, si muller, aquela que botaba lume ás bafaradas pola boca, ai, boeno, pois se non o sabedes cóntovolo logho, porque eu a vin, e miña nai no seu tempo tamén, máis dunha ves, aparesía nos muiños pola nuite, chamábanlle a raposa de morrasos*, y mientras ella hilvanaba sus palabras en el aire, apacible, escuchaban las demás, con las orejas bien abiertas y los encajes en las manos, por un momento niñas, como antes. A medida que destejían —era inevitable— pensaron mucho en las palabras. En cómo se les enhebraron en la lengua la primera vez, y vosotras con cuántos años empezasteis a hablar y fueron todas recordando, poco a

poco, aquellos sonidos del inicio, ma-ma, pero también que-so, confesó Chiruca, que había sido aquella su primera palabra, su tía Lita se acordaba bien, lo que las hizo reír a todas y sentir, por fin, en ese encuentro, la tranquilidad de los demás. Estaban haciendo lo correcto y lo estaban haciendo juntas, como siempre. Y Xela, hoy con las prisas de venir pa aquí no te daría tiempo a poner el aparato, ¿no?, comenzó Catuxa al rato, con el ánimo ya recuperado para chascarrillos. Y qué aparato es ese que se pone la Xela entonces, quisieron saber las demás y a Catuxa le empezó a entrar la risa por todas partes, ay, ¿no sabéis? Cuéntale ahí, Xeliña, qué aparato te regaló la niña por el cumpleaños. Xela meneaba la cabeza, entre divertida y fastidiada. Ay, ¿no lo dices? Lo digo yo entonces, uno que vibra, que es para poner ahí y que al parecer es una cosa… Bueno, una maravilla… ¡Que se quite varón! Y rieron todas de nuevo y entonces también Xela, que concordó, que se quite, sí, que yo un cheirento de esos no lo quiero. Y entre cuento y cuento se hizo de día: lo dijeron las luces. Un sol recién estrenado se coló entre las rendijas metálicas de la puerta del almacén. Estaban agotadas, pero satisfechas: en las cestas descansaban todos los encajes destejidos por completo, hechos ya madeja, preparados para cuando *ella* llegase, reposando sobre el mimbre a la espera de adoptar una forma nueva. La fecha señalada ya estaba allí por fin. El dieciséis del siete.

Aquel día era la Virgen del Carmen.

Nunca vivirían de nuevo uno como aquel. Sin ver en procesión los barcos, ni las guirnaldas en zigzag de balcón a balcón ni los arcos danzando por las calles adelante y atrás. Aquel dieciséis del siete debían mantenerse juntas, a puerta cerrada en la trastienda del bar de Cruz, aguardando. Hicieron café, en silencio tomaron un desayuno escueto de tostadas e higos y escucharon a lo lejos el eco de las primeras gaitas que pronto se apagarían. Acercaron los trajes blancos de lino, plomizos, colgados en las perchas, e igual que tres meses atrás cuando tuvieron que subir la montaña, se ayudaron unas a otras a vestirse, preparándose para el ritual y la tormenta. Se podía oler ya en el aire condensado. La inminencia de una descarga atmosférica que lo envolvería todo. Aquella que las tres arañas habían señalado como la más violenta hasta la fecha. Parecía saberlo la perra, que olfateaba el

almacén como loca y pegaba el hocico a la tela húmeda de aquellos vestidos inmensos y rígidos, pesados como milenios.

Esto se está animando, ¿bajas a tomarte algo?... Ey, ¿dónde estás?... Vente, tía, que quiero verte y tengo que contarte algo además (*spoiler*: tenías razón con Artai)… Oye, ¿estás bien?... Una manga abullonada y otra, el corsé o algo que se le parecía, una, dos, tres, joder, pero ¿cuántas capas de tela para el bajo? Mientras Chiruca se vestía por segunda vez con aquel traje blanco que odiaba —y que la obligaba a llevar una falda a la que en condiciones normales se habría negado sin concesiones— veía cómo llegaban en pantalla, uno tras otro, los mensajes de Ari que no podía contestar. No había dejado de pensar en ella. Aguanta, amiga, suerte, mucha suerte, ya enseguida nos vemos, se dijo para sí y dio la vuelta al móvil.

Al mismo tiempo sonó el primer trueno.

Enseguida el segundo y el tercero y así toda una estruendosa sucesión de fuerzas naturales que empezaron a ocurrir allá fuera con una violencia nunca vista. Vibraba el aluminio de la puerta como si alguien la estuviese golpeando enfurecido y, acorazadas en el almacén, las palilleiras vivieron la peor tormenta conocida solo a través de sus sonidos. No vieron cómo la bruma bajaba del cielo o subía del mar para difuminar todos los contornos. Ni el manto plateado de las aguas que formaban los peces agitados en la superficie revuelta.

Afuera había un cielo de plumas y de pétalos volados del camposanto, donde la tormenta había arrancado hasta las flores de los muertos. Gris sobre gris, para aquella hora el pueblo ya era un lugar sin horizontes que no vieron.

En cambio, sí escucharon cómo rugían a coro el océano, el cielo y el viento, todo parte de lo mismo, cómo, enloquecidas y espantadas, chillaban las gaviotas y chocaban como moles de madera los barcos revueltos en el caos original.

Nerviosas y ataviadas de blanco, mano con mano, las mujeres formaron un círculo. En el centro, las cestas con los encajes informes, deshilachados. Hilos que ya no daban forma, que no urdían ni sílabas, ni conceptos, ni palabras. Palillos inertes, que ya no se movían, colgados en la puerta de todas las casas. Hilos detenidos, hilos en huelga, que ya no tejían palabras en los labios. Solo encajes deshechos,

realidades que habían perdido su sostén y su estructura. Y entonces, allá fuera, sin nadie que tejiese para ellos, los habitantes dejaron de hilar palabras y frases. Poco a poco, todos y cada uno fueron perdiendo definitivamente el hilo.

Afuera un caos sin gritos.

Desde aquel almacén convertido casi en un búnker subacuático, que resistía las embestidas de la tormenta por tierra, mar y aire, las palilleiras lo supieron porque no escucharon voz alguna. Sin nadie que trenzase y diese forma a los hilos, el pueblo se había hecho maraña.

El tejido cesó.

Y, por ello, aquel dieciséis del siete, allá fuera, todos se quedaron mudos.

La huelga, por fin, estaba completa.

Nadie se atrevía a salir del círculo de manos aferradas con fuerza, como si romperlo y dirigirse al centro fuera ir también hacia el corazón de la catástrofe. Pero, para completar el ceremonial, alguna de ellas debía hacerlo. *Vou eu*. Lo hizo Lita. La acompañaron las demás estrechando el corro alrededor de las cestas y una silla que habían colocado en medio. Sobre ella, un cojín ya preparado con cartón, alfileres y palillos que Lita puso sobre el regazo. Las miró a todas, firmes en aquel arco de lino, y con el mismo arrojo con el que saltaba de roca en roca con la cavadora hacia lo bravo y con los mismos dedos con los que había tenido que cerrar los ojos de María cuando encontraron su cuerpo desnudo, Lita empezó a palillar, decidida, aquel patrón arácnido que las convocaría.

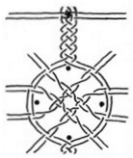
Tres veces ocho patas y tres ojos de encaje.

Once pares de bolillos, borde a medio punto y, para cada araña, los pares once, nueve, dieciséis y diecisiete hasta completar el trabajo en el alfiler dieciocho, luego vueltas en las ocho patas antes y después del cuerpo y así para cada uno de los tres símbolos de encaje que las haría aparecer.

Con manos expertas que hicieron volar los palillos, Lita completó la tarea en pocos minutos. Retiró entonces la silla y el cojín y regresó al círculo con sus compañeras, pero antes ubicó en el centro, junto a las cestas llenas de hilos, los tres encajes recién hechos.

Tres ojos de araña que apuntaban al techo.

Pero ¿de dónde vendrían? Nunca se sabía si las Señoras de Costa da Morte descenderían desde arriba o surgirían emanadas desde la tierra. Y mientras el temporal sacudía los cristales y las puertas sin parar, las palilleiras esperaron en el almacén, con las manos anudadas, la respiración atascada en el pecho como el hormigón y la vista puesta en el centro del círculo. Luego, cerraron los ojos. Sabían que primero llegarían, una a una, las tres arañas. Y después lo haría *ella*.



NAVIA: Destejed los tulipanes, los rombos y las hojas.
BRIANA: Destejed los pasacintas, las redes y los peces.
OTILE: Destejed el punto de espíritu y el punto de la Virgen.
NAVIA: Y que en el campo se marchite la flor y el ramaje.
BRIANA: Y que en el mar sea nula la pesca.
OTILE: Y que en el cielo nada guíe al navegante.
NAVIA: Destejed las filigranas, las rejas y los soles.
BRIANA: Las cruces, los festones, los muros, los caminos.
OTILE: Las banderas, las ruedas, las mallas y los tules.
NAVIA: En la víspera de la fecha señalada.
BRIANA: En la víspera de la fecha prevista.
OTILE: Dieciséis del siete.
NAVIA: Cada una.
BRIANA: En cada casa.
OTILE: En todas las casas.
NAVIA: Colgad vuestros palillos.
BRIANA: Y pendan las lenguas sin enhebrar como hilos.

LAS TRES HERMANAS: Cinco mil bocas mudas.
CORO: —Perderán el hilo.
—Perderán el hilo.
—Perderán el hilo.

LAS TRES HERMANAS: Cinco mil mentes confusas.
CORO: —Incapaces de hilar fino.
—Incapaces de hilar fino.

—Incapaces de hilar fino.

LAS TRES HERMANAS: Cinco mil vidas humanas.
CORO: —Penderán de un hilo.
—Penderán de un hilo.
—Penderán de un hilo.

Nos hicieron guardianas de las cosas que se crean en el mundo, Vera. Y no son enredos míos, que loca no estoy. Fue siempre así, pa mí, pa todas tus tías, pa tu abuela, en paz descanse. Aquí el encaje es más viejo que la memoria. Nos enseñaron a avivar las lenguas con bodoque y par entero, a hacer sílabas con cada cruce de palillos como una música que canta, así mismo es. Las tres viejas nos enseñaron lo importante. Que las palabras, para hablarlas, hay que tejerlas primero. Si no se pierde el hilo y cuelgan las lenguas muertas y deshilachadas. Los hilos son la saliva, Vera, y el habla es tejido en movimiento. Siempre fue así, aunque tú antes no lo supieses. Las cosas del mundo hay que palillarlas pa que en el mundo existan. Si no, no las hay. Las tres viejas quisieron que cuidáramos del lenguaje. Que fuésemos las guardianas. Y también eres tú, de ahora en adelante, porque tú también eres palilleira. Y si hoy no hablas, hija, no te apures, ya hablarás mañana. Cuando tenga que ser, que eso no lo mandamos nosotras, eso lo deciden ellas. Las viejas miran por un agujero del tiempo y vuelven de él y luego ordenan cómo hay que hacer las cosas, ¿no sabes? Ellas sí calculan cuánto falta para todo y cómo todo ha de ser.

— …

Non chores, miña nena. Tes que ter pasiensia. Mira, hay más cosas que no sabes, pero alguna tampoco la sabemos nosotras, no te creas. Cuando hablamos con ellas, no entendemos el sentido de lo que nos dicen hasta mucho más adelante, entonces ya sí. Y de esta vez, no es distinto. Sabemos lo importante que es esta huelga de palillo para dar un castigo, sí, una lección que ellos tienen que aprender, pero, después de todo, no sabemos cómo van a volver a coger forma las cosas que hay en el mundo. Qué va a quedar y qué no, quién tiene que tejerlas de nuevo, qué lengua es la que está por venir. Se ve que para eso la

llamaron a ella, a Ari, a tu profe de palillo, que fueron las Señoras de Costa da Morte las que la trajeron para el pueblo, que así tenía que ser. Quién sabe. Pero, por más que no sepamos, tenemos que obedecer igual, Vera. Lo que dicen las arañas hay que hacerlo y hay que confiar en ellas porque también ellas confiaron en nosotras y, a su manera, siempre nos cuidaron.

— …

Tú crees que yo habría deshecho todos esos encajes si no estuviese segura de que, aunque ahora no puedas, ¿vas a volver a hablar? Confía en lo que te digo, en su momento, te va a volver la voz. Y si me preguntas cuándo y cómo va a ser eso ya te estoy diciendo que no lo sé. Hay que esperar por ella el tiempo debido, sin ansias. Porque el tiempo es algo muy complicado, Vera, mucho. El tiempo abre, bate, cierra, cambia continuamente, y hace muchísimo, nadie sabe cuánto, nos dieron ellas esa responsabilidad tan grande. Y nosotras trabajamos duro. Tejimos sin descanso desde entonces. Sabiendo que de nosotras mucho depende, mucho más de lo que ven ellos.

A ver, entendiste bien ya el motivo por el que ahora no tienes voz. Mira, te lo voy a decir ya de una vez porque no sé si me estás siguiendo… Si dejamos de palillar, Vera, si dejamos de mover los hilos que tejen el lenguaje, se desvanece el habla. La gente se queda muda. Como tú en este momento.

— …

Entendiste ahora, Veriña, hija.

Eran sus ojos.

Los mismos que distinguiste el primer día en tu llegada al pueblo. Dos ópalos arácnidos sobre los tuyos, subterráneos e infinitos como un pozo. Fue lo último que viste antes de caer en espiral hacia lo hondo, pero también lo primero. La misma imagen te recibió en aquel lugar, cualesquiera que fuese, en el que te habías despertado. Porque te habías despertado, ¿no? ¿Estabas despierta o seguías dentro de tu propia cabeza?

La portadora de aquellos ojos te miró y te olfateó como si en ti buscase un rastro.

Con una nariz animal te respiró las entrañas y después dejó paso a otras dos mujeres que hicieron lo mismo. Entonces los contaste bien, no eran dos ojos sino tres pares; seis ojos no humanos te miraban. Tres ancianas de dedos largos y huesudos, estirados hasta su límite como patas. Su presencia era mercurial, líquida, pesada, y si apuntabas a sus pupilas circulantes, te llevaban con ellas, te arrastraban como un sumidero hacia el núcleo. Estabas mareada. Intentaste llevar la vista entonces a otro punto mientras reunías fuerzas, el cuerpo tendido aún no te respondía. Sin embargo, sobre las tres cabezas negras envueltas en mantillas de encaje que se inclinaban sobre ti, también giraba, más arriba, otra espiral. Lo hacía constante, tranquila, lenta, y sentiste que su ritmo se podía acompasar con el tuyo para recuperarte, te dejaste ir, te concentraste en aquel mecanismo y funcionó. Todo se fue enfocando poco a poco. Se precisó la espiral de acero, las tres aspas, el ventilador de techo que hacía llegar a donde tú estabas una pequeña brisa artificial, un consuelo breve en aquel interior desconocido. *Surge*, te ordenaron ellas. Esa palabra brotó de pronto dentro de tu cabeza. Las tres viejas te hablaban sin mover los labios.

Levántate.

Se hicieron a un lado y te sentaste, todavía con el cuerpo dolorido, cansada, como si hubieses estado viajando durante horas. Dónde estabas. Aquella era una de las muchas preguntas que te hacías. Afuera no se escuchaba nada. El mismo silencio absoluto justo antes de la caída, allí y en el exterior, el escenario erosionado y mudo del que te habían traído. Para qué. Deja de preguntar lo que ya sabes, dijo una. Mira a tu alrededor, ordenó otra. Recuerda, te instó la última de las tres y entonces supiste. Sentiste tu memoria como un ovillo que poco a poco se desenredaba, N, B, O, las arañas, las iniciales, la piedra, y no sabías por qué, también conocías sus nombres: Navia, Briana y Otile, las Señoras de Costa da Morte que venían de un tiempo sin tiempo. No era la primera vez que os encontrabais.

Levántate.

Te pusiste en pie y también el habitáculo se fue volviendo cotidiano. Se perfilaron las botellas de vino, los estantes saturados de latas de conservas y el frío. Ladró la perra, se ensanchó el lugar y lo reconociste. Estabas en el almacén del bar de Cruz y también estaban ellas, rodeándote. Formaban un círculo a tu alrededor, pero estaban distintas. Ataviadas con trajes blancos de otra época que olían a cerrado, agarradas de las manos, con la vista puesta en ti, pero la mirada diferente, expectante. Vigilaban tus movimientos, parecían estar muy atentas a ver qué era lo siguiente. Buscaste a Chiruca en aquel corro y también la encontraste, tenía la mirada brillante, estaba emocionada al verte, pero no dijo nada ni abandonó su posición. Tampoco Lita, ni Xela, ni Catuxa, ni Cruz. Las viste a todas allí en medio de las demás, te observaban llenas de respeto y esperaban. Puede que tú tampoco fueses la misma del todo. Empezaste a recordar.

Llegaron las imágenes, se aparecieron ante ti las formas de cuanto existía y recordaste los caminos enroscados como hilos por los que habías estado vagando, buscando qué, aquel pueblo serpenteante con los cabos girados sobre sí mismos en el puerto, su composición al descansar sobre el asfalto mojado que recordaba al punto milenario de las antenas con cordón, pares de cuatro en cuatro con cruce de medio par, un lío de nasas y de redes, los calados, el agua silbante que atravesaba los huecos del tejido y generaba pequeños remolinos

indomables en el mar batiente y, también como remolinos, los ojos densos, tejedores y llenos de patas que te habían vigilado desde tu llegada, el espíritu del océano y del viento venido de todas partes y llamando por ti, arrastrándote, una y otra vez, sin descanso, hasta el origen mismo de la materia arrasada. Y ahora qué.

Estabas ya en el corazón del laberinto.

Y llegaron también los sonidos. Los escuchabas dentro de ti, casi olvidados. Inseparables del movimiento, cada patrón, cada forma tenía su propia música y el repiqueteo de palillos que la hacía sonar en el mundo era entonces un dictado. Ga-vio-tas. Para hacer el punto de tul se necesitaban cuatro pares de bolillos y veintitrés movimientos totales, cruce y torsión uno, ga-, cruce y torsión dos, vio-, punto entero, -tas, que hacían retumbar cincuenta y cuatro sílabas con las que, por repetición, nacía convocada una palabra: ga-vio-tas. Acompañadas por la musicalidad de los palillos, las palabras se podían deshacer y hacer, el movimiento de los hilos las tejía y daba forma al caos del mundo hasta crear las realidades elementales y dejar que se marchasen volando las gaviotas.

Habías recordado el lugar interior del que surge la palabra entre los hilos.

Cada sonido con su significado, cada significado con su sonido. Enlazar fonemas y lexemas con la música leñosa y fina de los palillos. Entendiste que tú tenías voz aún porque en ti jamás se apagaba aquel repiqueteo y había siempre un hilo suelto que tejer para dar luz a nuevas formas que habitasen desde dentro hacia fuera lo existente. Quizás fuera aquella la manera de volver al pueblo y salir del almacén. Más útil que lanzarles las cuerdas a los marineros caídos al agua por la tormenta, habría sido enseñarles a mojar los dedos en la lengua y encanar los palillos para tejer una voz nueva y una nueva realidad, muy distintas de las que habían perdido. Eso es, te decían las arañas desde dentro de la cabeza asistiendo palmo a palmo a tu proceso, muéstrales cómo. Y no hizo falta que te señalasen en el centro las tres cestas llenas de hilo por tejer. Habías recordado de qué era capaz el tuyo. Por fin entendías para qué estabas allí.

Te sentiste orgullosa de las mujeres del pueblo, que se habían atrevido a deshacer lo que las disgustaba y lo que no estaban

dispuestas a seguir sosteniendo. Lita, Xela, Catuxa, Cruz, Chiruca, las querías tanto a todas. Tus compañeras lucían igual de decididas en los trajes de neopreno para entrar al mar salvaje que en aquellos apolillados y enmohecidos por los siglos. Quizás fueron las madres de sus madres o las madres de las madres de sus madres; recordaste haber visto antes ese círculo de vestidos de lino que te llamaba. Y esta vez les ayudarías a tejer una realidad nueva. *Nomen tuum verum pateface*. Revela tu verdadero nombre, dijo Navia. Revela tu verdadero nombre, dijo Briana. Revela tu verdadero nombre, dijo Otile. *Nomen tuum verum pateface*. Revela tu verdadero nombre, repitieron las tres dentro de tu cabeza y, ante todas las demás, ya no dudaste tú:

—Yo soy Ariadna.

Tejer

Otra vez, el zecatello, más rápido, cor, cruce y tensión, mo, punto entero, rán, torsión doble, cor, mo-mo-mo, rán-rán, ¿véis?, a cuatro pares de palillos, dieciocho veces, cormorán, venga, otra vez, cor, mo-mo-mo, rán-rán, cruce y torsión, punto entero, torsión doble, eso es, el zecatello teje palabras de tres sílabas, muy bien, cor, mo-mo-mo, rán-rán.

En aquel tiempo también tejieron los hombres.
Una a una las nuevas palabras del mundo.

Caudal en quince movimientos a punto de trenza.
cau
(torsión doble)
dal
(cruce simple)
cau
(torsión doble)
dal
(torsión doble)
cau
(torsión doble)
dal
(cruce simple)

Picapeixe en veintiocho movimientos a punto de la Virgen.
Pi
(torsión simple)
ca
(cruce simple)
pei

(torsión doble)
xe
(punto entero)

Pi-ca-pei-xe.
Com-pa-sión.
Empezamos con cruce simple en com-, después torsión doble en pa-, seguimos con cruce y torsión, -sión y punto entero en com-, pa-, cruce simple, -sión, torsión doble, ¿la tenemos? Compasión. Treinta y dos movimientos a punto de París. Otra vez. Com-pa-sión.

Pero antes de decir tuvieron que aprender a escuchar. Y entonces hubo un tiempo de silencio. Hubo un verano en el que se llenaron los campos verdes y pardos de manzanas de ollo mouro y dejaron las garzas sus pisadas zancudas en los arenales vacíos, un otoño preludiado por los únicos cantores, los gallos, antes del invierno recogido y húmedo en el que el pueblo reparó redes y barcos, preparándose para la faena que tanto le tardaba, un invierno en el que observaron, a lo lejos, estallar las olas llenas de peces que no pudieron salir a capturar, hasta la primavera, cuando ya todo estuvo listo, una primavera en la que los patinegros buscaron concavidades para anidar entre las dunas y las lenguas hilvanadas tejieron las primeras sílabas: ca-sa, hó-rre-o, ri-són, bo-te, a-lou-mi-ño, mar.

Hubo un tiempo en el que, antes de tejerlas, los habitantes del pueblo tuvieron que sentir primero las palabras: el olor a café, las heridas, el aire caliente llenando en tobogán los pulmones, sal en la boca, lentejas, un recuerdo, la textura mojada de la pera, las muelas picadas, algo que arde en el labio y se desgarra, una caída al mar, un susto, otro, una calentura, sangre, el miedo a que alguien no vuelva, una habitación ventilada en la que vuelan ligeras las cortinas, se estrena una cuna, afuera el sol, hoy nace un hijo. Hubo un tiempo en el que, antes de hablar, aprendieron a amar lo que se dice. Se detuvieron en las sensaciones para luego darles voz. Y, aun así, como antes, tampoco hubo para todo lo que existe una palabra. Algunas fueron recuperadas de la lengua antigua, otras se perdieron, cayeron en desuso, tal vez porque surgieron nuevas realidades que para ser nombradas necesitaron de otras sílabas. Durante cuatro estaciones,

Ariadna fue *el hilo conductor* que los guio a todos y convirtió en telares los galpones, las oficinas, los garajes y las naves y aprendieron también los hombres el oficio de tejer. Y tejiendo admiraron la que en otro tiempo había sido solo la labor de las mujeres y tejiendo crearon una lengua nueva para el nuevo pueblo, porque las nuevas formas de trabajo dieron lugar también a nuevas formas de gobierno.

Se organizaron a diario palilladas multitudinarias en el puerto, donde participaba gente de todas las edades, sonaron las telas, repiquetearon los palillos con un tintineo de notas haciéndose fonemas y Ariadna les enseñó a hallar el momento preciso en el que el sonido empieza a convertirse en otra cosa. Les explicó cómo hacer que el lenguaje naciese a ritmo de palillos y sonaba fon- con un *tin* en cruce simple, luego otro *tin* y de- en torsión doble, -ar, *tin* en cruce y torsión, *tintintin* veinticuatro veces para completar el punto de araña y fon-de-ar y *tintintin* y así, al final de las frases fueron ascendiendo los interrogantes, en punto de diamante aletearon ligeras las eles para alumbrar l-amber o l-ibélula o l-ixeiro, las erres, firmes y rocosas, arrastraron los sonidos terrestres al borde del paladar y en guipur se le pusieron los puntos a las íes. Después de un trabajo diario a lo largo de aquel año, todos tuvieron ya la palabra en la boca y la carne y el cuerpo se hicieron signo. Los vecinos se enlazaron entre sí con las nuevas palabras, crearon vínculos, compusieron saludos con los que tocarse en la distancia, dieron avisos, cantaron nanas para espantarle el miedo a los niños y con las nuevas palabras invocaron también realidades que estaban fuera de los ojos. Al habla le tejieron acento y formas y pronunciaciones y dijeron ghato y gharabullo y sereixo y samburiña, palillaron la lengua materna a medida del lugar: entre todos hicieron sonar el idioma que hablaban las raíces. E igual que cada cual tenía su particular modo de tejer, tuvo también su manera de hablar propia; en el sonido de su hilo de voz, en el apuro de las frases, en lo que decían y en lo que evitaban decir.

Aquel fue el tiempo en el que los habitantes del pueblo entendieron de dónde venía el lenguaje y por qué, para poder tener voz y para que el mundo tal y como lo conocían funcionase, alguien había estado hilvanando para ellos en la sombra, palabra a palabra, a lo largo de

los años y de los siglos, aquella red. *Quae texunt memorentur*. Y en aquel tiempo fueron reconocidas las que tejen.

Quiero fuma-a-a-a-a-a-a', qué quieres chinga-a-a-a-a-a', te va a descata-a-a-a-a-a', salimos a mata-a-a-a-a-a-a', volviste a cantar desde los pulmones y las tripas, tan alto como podías, abriendo muchísimo la boca violeta que brillaba purpurina, te la ponías por todas partes siguiendo los pasos de una cuenta que seguías desde hacía mucho, una tiktoker que tenía pestañas larguísimas como de jirafa y odiaba el *clean make up* y le encantaban para los ojos las piedritas y los *glitters* como a ti, Zoe, que te gustaba darlo todo y más ese día, que era otra vez el Carmen y después de lo que había pasado hacía un año menudo susto ese no te lo ibas a perder ni de coña *no way* y te hacías un ojo de gata súper grande con brillibrilli y *eyeliner* también violeta en plan zigzag tras tras que se vea bien mierda te pasaste siempre tenías mal pulso porque ibas muy a lo loco y se te torció la raya porque te podían las ganas de salir, relájate, que las tenías ahí todo el rato pero ese día más aún, así que volviste a empezar le pillaste el agua micelar a tu madre que total un poco más un poco menos en el bote no se iba a enterar y la echaste en un trozo de papel higiénico doblado en tres partes para hacerlo más gordito así y te embadurnaste los párpados y borraste y repetiste mientras bailabas *dancehall* delante del espejo del baño y cantabas sabe que soy una mala, aunque soy popi, le gusta que soy fina pero loca, como Toki' todo lo que te daba la voz, tu voz nueva que te gustaba porque sonaba más adulta que hacía un año cuando la perdiste y trabajo te costó tejerla y la tejiste a tu manera y ahora que sabías que la voz era una cáscara fina que se podía romper como un huevo la valorabas y la cuidabas más que nunca y la usabas todo el tiempo y cantabas fuerte yo no soy ladrona y me robo el show y decías siempre en alto lo que pensabas.

Tu madre estaba generosa y os iban a dejar salir hasta las tres que era bastante, más que nunca, es cierto que la madre de Vera le había

dicho venga Xela déjala que total, porque sabían que el año anterior había sido muy duro y creían que os merecíais que ese Carmen fuese de fiesta, venga déjala que total ahora por fin las cosas son distintas, pero también era verdad que a tu madre no hacía falta insistirle mucho porque últimamente solía tener el sí en la boca venga vale, en plan que le decías mamá puedo ir esta tarde con las niñas a Ponte do Porto, sí venga vale, mamá que nos vamos hasta Arou con las bicis, pero ¿hasta Arou?, bueno sí venga vale y así todo el rato y tú creías que era porque estaba contenta y todo le parecía bien, también sus amigas de siempre Cruz y Lita y Catuxa y todas las demás palilleiras del pueblo estaban contentas porque ahora decían que los asuntos se hablaban y decidían entre todos y que se repartían los trabajos por igual y que todo el mundo las respetaba y que las cosas se habían puesto en el sitio en el que deberían de haber estado siempre y eso molaba y te hacía sentir bien a ti también y pensar más tranquila en el día de mañana, que no es que pensaras mucho de momento en el día de mañana la verdad pero estaba mejor ese mundo de ahora, desde que todos hablaban con voces nuevas que tuvieron que hacerse ellos mismos el pueblo era distinto, menuda locura qué fuerte pero qué fuerte qué fuerte qué fuerte lo que había pasado pero era un secreto de esta costa que habíais jurado no le ibais a decir a nadie y al final lo que importaba era que ahora las cosas iban mejor y que estaba la gente mucho más contenta pero a lo mejor tu madre un poco más que las otras incluso creías tú y creías que era porque se echó un novio el del pelo raro y el nombre feo, Ricardo, que tenía en la cabeza un peluco torcido que parecía un culo de rata pero se veía que a tu madre le gustaba bastante y cuando timbraba en casa tú le decías ahí te viene el Richi y ella se enfadaba y te decía Zoe no pintes la mona y se ponía nerviosa y un dedo en los labios cuando te miraba antes de abrir la puerta y sonreír a Ricardo el del pelo-culo-rata pero buen tipo al fin y al cabo creías tú y la verdad es que te gustaba ver a tu madre y a todas las demás tan contentas.

Por fin te salió la raya del párpado como querías bueno más o menos y pusiste desde el principio otra vez la misma canción yo soy la que mato coro con lo' capo' loquita paso el rato controla tu gato porque eso hacías siempre cuando te flipaba un tema que te lo ponías en bucle

una y otra y otra y otra vez hasta que ya no lo soportabas y lo quemabas y entonces pasabas a otro pero antes lo bailabas todo el tiempo y en el espejo hacías poses de diva de escenario, de público que te coreaba cuando el cepillo del pelo era el micrófono, pero en realidad la única que te coreaba en ese momento era tu abuela que estaba sentada en la silla y hacía aaaaa para seguir la música viendo cómo bailabas aaaaa y se reía y se bababa la pobre que ya no entendía nada aaaaaa a ella ya no había forma de que se le tejiesen las palabras solo aaaaa pero parecía que también le gustaba verte contenta. Te habías quedado encargada de vigilarla hasta que llegase mamá de que no hiciese nada raro que no agarrase las tijeras y tal y te gustaba cuando os dejaban a las dos solas en casa y te veía bailar en el redondel que abriste con la toalla en el espejo empañado del baño y le podías poner brillis y le hacías a ella también con el *eyeliner* violeta un ojo de gata izquierda y derecha mira abuela pareces BadGyal. Será posible dijo mamá cuando llegó porque se ve que a ella no le parecía que la abuela estuviese tan guapa con la purpurina venga anda venga y te apagó la música y la despintó y te dijo venga anda venga, ayúdame aquí a llevarla para abajo y la montasteis en la silla de ruedas entre las dos y os la llevasteis con vosotras porque mamá dijo que ese día la abuela también iba a la fiesta, así que bajasteis al puerto las tres y en aquel Carmen como en todos los demás menos en el del año anterior, claro, ya se escuchaban desde lejos las risas y las gaitas y las bocinas de la feria sobre todo la de aquel tipo qué pesado el de otro boleto con suerte otro boleto premiado y otro jamón y otro jamón jamón jamón jamón qué rayada, pero enseguida viste a Vera a lo lejos que estaba con otras de segundo y de tercero de la ESO, porque era día de fiesta y de juntar pandillas, y entonces le dijiste a tu madre que te ibas y te despediste de ella y de la abuela y dejaste allí a mamá buscando también a sus amigas porque ella había quedado con Cruz y Lita y Catuxa y tú te ibas ya chao mamá bueno venga vete con sentidiño, llama si hay que ir por ti que síííííííí y pusiste los ojos para arriba y llegaste donde Vera que llevaba los mismos dos moñitos que tú porque os habíais puesto de acuerdo antes de salir de casa qué guapa vas bichi y estabas con ganas de todo porque cuando a tu alrededor había ruido y fiesta sentías la emoción grande en el pecho

creciendo y saludaste a las demás y os fuisteis a por un helado que vendían cerca de los toros mecánicos a los que la gente todavía no se subía porque la gracia era hacerlo cuando se iba borracho para caerse fijo allí en la colchoneta espatarrado qué risas y cuando estabais en la cola para pedir uno de kínder bueno y caramelo o eso pensabas hacer tú porque a ti te gustaban los helados gochos estaba también Kevin y ya Vera dio medio brinco como siempre que lo veía y te apretó la mano fuerte y tú en plan tía, tranquila, así no, haciéndote la mayor y la entendida pensando rápido en las divas de *dancehall* que siempre sabían qué hacer en esos casos y te salió decirle aquí la que manda eres tú y Vera se sorprendió de que soltases eso de repente pero pareció entender también y debió de parecerle buena idea porque te hizo caso, por lo menos por fuera estaba más *chill* y Kevin se acercó a vuestro grupito, bueno en realidad a Vera y parecía que venía más nervioso que ella y le dijiste a Vera que ya le pedirías tú el helado que si quería que se fuese porque le viste las ganas en los ojos y se fueron de la cola y tú te quedaste con las otras, mirando por el rabillo con disimulo o eso creíais porque seguro que era un canteo ey que van de la mano dijo una de tu clase lamiendo un helado de sandía y los viste ya a lo lejos ey que están papando dijo otra y tú enseguida añadiste pues hacen bien, Vera debía estar flipando en ese momento porque se había imaginado muchas veces esa situación con Kevin y te alegraste mucho por ella y le deseaste suerte repitiendo mentalmente mandas tú y le dijiste a las otras venga vamos a dar una vuelta para dejar de mirarlos y dejarlos solos y os fuisteis hacia el escenario porque habían montado una disco móvil en aquel Carmen que por fin era de fiesta y dejasteis atrás a Vera y Kevin papándose entre ellos y vosotras papando helados y tú estabas contenta.

Las redes llenas de cítricos para el desayuno del día siguiente: Cruz dejó enfriándose en la nevera del bar cuatro mallas de naranjas. Catuxa tronzó a punta de cuchillo las redes de los berberechos para soltarlos sobre las planchas de hielo y, antes de apagar las luces, liberó también su melena de aquella otra redecilla, la de la cofia que completaba su uniforme. Dejó Xela las agujas llenas y dos piezas de redes de pesca por entrallar, antes de pasar por casa a buscar a su madre y a su hija, y Lita, que había esperado a que enmallase algo en el repunte de las olas, recogió las nasas que llevaban todo el día fondeadas en el mar, con las redes llenas de camarones sacudiendo en el aire patitas y bigotes desde sus cuerpos cilíndricos. Las cuatro, red de redes, llegaron puntuales para dar una vuelta por la feria aquel Carmen, tomar algo el aire o qué, que falta hace, digo yo, había propuesto Catuxa el día anterior, y si puede ser algo más que el aire también tomamos, mujer, había concordado Xela zanjando el asunto. Siguiéndolas en sus quehaceres diarios, cualquiera que se quedase solo en la apariencia de las cosas podría cometer el error de pensar que todo estaba igual que siempre. Que esa secuencia de escenas idénticas que repetían jornada a jornada las mujeres del pueblo, las sobrinas, las nietas y las hijas del mar confirmaba que nada había cambiado para ellas desde la huelga de palillo. Pero no. Cambió el decir y cambió el hacer. Se enrolaron las mujeres en el mar y con Lita al frente de la cofradía pasaron a formar parte de las mesas de decisiones. Las manos de las redeiras y las mariscadoras y las palilleiras, muchas veces las mismas manos atrofiadas y artríticas que apañaban almeja fina o controlaban los palillos para tejer la palma, aquí un pique, aquí otro, fueron manos con dolencias ya reconocidas como parte del trabajo, con derecho pleno a atención y cuidados. Aquellas manos entregadas siempre a un arte que nunca podrían sustituir las máquinas; aquellas

manos que en sus cuencas sostenían un mundo. Se calibraron de nuevo, al mismo tiempo, coeficientes reductores para que las condiciones de jubilación fuesen otras y fuesen justas y las desoídas reivindicaciones de antes saltaron, de mesa en mesa, para ser directrices firmes con las que modificar las leyes. La cuestión alcanzó por primera vez al palillo. Después de lo que había pasado, a nadie se le ocurría discutir ya su importancia. Era evidente que, para que existiese como tal, la vida había que tejerla a diario y la de aquellas que le daban forma, si no la que más, fue una de las profesiones más reconocidas: fascinadas por lo que los hilos eran capaces de crear, muchas niñas querían ser ahora palilleiras.

Mientras hilvanaban la nueva lengua, cambiaron algunas realidades entre vecinos que ya no hubo que mencionar, se había terminado la pesca furtiva y los tratos con los narcos. Eso no quería decir que todo fuese perfecto, ni mucho menos. Como otras lenguas antes y otras después, la nueva hubo de designar también sus propios monstruos y sus propias bestias. Y aunque no hubo ninguna otra tormenta como la de aquel dieciséis del siete en la memoria del pueblo, volvieron los temporales y las arañas a la piedra, N, B, O, los azotes del agua embravecida dentro y fuera del mar, las alertas naranjas y las alertas rojas pidiendo tierra a la Virgen del Carmen, siempre capitana, y los marisqueos con las olas por la cintura meciendo con violencia los rastros. Volvió el paisaje embrutecido de aquella costa que les medía cada día las fuerzas y las ganas. El lugar que les recordaba lo salvaje. Pero en ningún momento pensaron en dedicarse a otra cosa; a las palilleiras y a las redeiras y a las percebeiras y a las buceadoras y a las marineras y a las trabajadoras de la conservera y de la pescadería y del puerto les gustaba que su vida fuese domar con los palillos el impulso de la tierra que se hacía palabra y forma o enlamar las botas y hundir las manos en lo arenoso para recoger lo que el mar daba. Además, ahora que habían cambiado algunas cosas importantes estaban mucho más contentas, por ellas y por las otras, las más jóvenes y las que estaban por venir, que no tendrían que depender de nadie ni de nada que no fuesen las mareas.

Ai, hoxe pintáche-lo morro, eh? Pintei, pintei. Mira para aí que ghuapa 'stás! E mais quitáche-lo mandil, seica é día de festa. Piropeó

Xela a Lita, la última en unirse al grupo aquel día. Empezaron tomándole una en el San Remo, porque Cruz decía que le prestaba de vez en cuando desentenderse del bar y pedir una cerveza en otra parte y allí siempre había barra fuera y mucho ambiente e incluso un DJ para el día grande del Carmen que pinchaba «La dueña del swing» y «Pégame tu vicio»; apareció Paco al rato, el vendedor ambulante, con rifas y lotería y mecheros y gorritos de mapache y orejitas de reno y otras cosas a las que no hicieron mucho caso, tengo que diversificar el negocio decía él y ellas con los décimos sí se quedaron, cada una compró dos, convencidas de que tocaba y de que se irían todas de viaje, a Cuba, a Italia, fueron discutiendo destinos y riéndose las ocurrencias de paseo hacia el muelle, Xela empujando la silla, su madre mirando el ambiente a este y oeste y diciendo aaaaa al ver los neones lila y naranja que coloreaban la feria; habían colocado en el medio y medio de la calle una disco móvil a un lado y el escenario de la orquesta Impacto a otro y a quién se le ocurrió chantarlo ahí que cortaba el tráfico en la rotonda, pero que prometía toda una tarde-noche de merengues y cumbias que ya les tardaban; al pasar al lado de los puestos, Catuxa comprobaba la calidad de los bolsos que pendían a distintas alturas, plástico puro, nada más que trangalladas y todas avanzaron cogidas de ganchete como tantas veces a lo largo de los años, ya habían perdido la cuenta de cuántos: desde siempre se recordaban compañeras.

Ese mismo paseo del día grande del Carmen era ya un clásico y sin embargo ellas, que después de todo seguían siendo las mismas, sí, de alguna forma también eran diferentes y habían cambiado al tiempo que las cosas. Los hermanos y los primos y los tíos y los sobrinos de Cruz, por ejemplo, la miraban distinto desde que sabían que había sido ella, junto con las demás, quien una vez les cortó la voz; quizás con miedo, la única forma de respeto que aquellos hombres conocían, y ahora procuraban ahorrarse las opiniones sobre ella, pero la cuestión era, sobre todo, que a Cruz aquellas opiniones heredadas y manidas y esquemáticas le daban ya exactamente igual. Xela detuvo la silla al final de la explanada, más allá de la noria y los hinchables, allí donde la primera bachata sonaba en la distancia y la única vista era la del mar sin obstáculos con el sol venciendo, cada vez un poco más

bajo; parece mentira o qué, hoy hace un año. Catuxa la agarró un poco más fuerte cuando dijo aquello y se quedó en silencio respirando, después de tantas fatigas, aquella paz. Anudadas a los brazos unas de otras se sentían, por fin, en un día de fiesta.

Al cabo de un rato continuaron el paseo, dejaron atrás el espigón y los barcos amarrados a las pasarelas de madera y se detuvieron otra vez donde el camino de asfalto se hacía tierra y donde la ría, océano. Una masa de agua agitada e infinita que contenía en sí la misma medida de vida que de muerte. De todos los puntos posibles de la costa, en cuál. Dónde había vivido María por última vez. Lita se lo había preguntado todos los días de aquel año y se lo preguntaría todavía durante muchos más. A veces, incluso, se lo preguntaba también a ella; aunque cuando pensaba en María prefería hablarle de otras cosas. Hoy hice espaguetis, hija, con lo que a ti te gustan. Si se seguía levantando cada día a las seis de la mañana y se ponía el impermeable, si cargaba las tinas llenas de erizos o si todavía anudaba el palangre con fuerza para que resistiese los embistes del Atlántico, era por María. Sabes, Mariiña, hoy fui a la finca y arrecendían los higos… no sé, nada más, a lo mejor solo eso: tú no estás, ya es primavera. Por María, Lita hacía lo único que había sabido hacer siempre: seguir, pasase lo que pasase. Si algo podía enseñarle a su hija aún, eso era.

A lo lejos terminaba la tarde. Las cuatro amigas se quedaron calladas mirando al frente. La última luz encendía en la superficie del mar ondas doradas y hacía que las aguas en movimiento pareciesen también redes. Cogidas del brazo y siempre muy juntas, Lita, Xela, Catuxa y Cruz esperaron al azul. Y en silencio observaron cómo caía el sol *no mar de fóra*.

Estoy en medio del huerto con la navaja ya en la mano y sin embargo tardo un rato en decidir, de entre todas, qué lechuga voy a cortar. Este suelo de espirales verdes que brotan de la tierra es el patio de mi casa. Porque esta es mi casa. La última antes de iniciar el camino al faro, la primera para quien llega del monte y la que usan en el pueblo para dar indicaciones a distancia, *máis alá da casa da Ari*, aquí, donde me despierto cada día con el mar metido en la piel y en los huesos y la cama, camarote, sacudida por los temporales que se cuelan. Ya van varios años desde la tormenta, ha habido otras, claro, pero ninguna como aquella, aunque sí, aquí, al otro lado de la ventana el agua que repta y que sisea no distingue el afuera del adentro y lo sala todo. Elijo una lechuga rizada con algunos mordiscos, en el centro dos gusanos se entrelazan en una hélice que asciende entre las hojas y se devora a sí misma, hundo los dedos en la tierra, doy un tajo y suena el timbre, es Chiruca. Hoy viene a comer.

Esta mañana he estado recordando por qué ahora las cosas en el pueblo son distintas, los picos pespunteados en las alas de gaviota, el zurcido de las flores y las hojas y las ramas de par entero y medio par, la herencia de sílabas para las bocas antes mudas y un silencio que en su rotundidad me ensordecía, la forma nueva de las conchiñas enlazadas y las puntillas de berberecho y si de todo lo que hemos visto alguna vez nos queda si acaso una palabra y por qué ahora cuando todos miran los ojos de perdiz ven también el movimiento de patas e hilos que nos tejen.

Hacía tiempo que no.

Pero a veces, como hoy, me despierto como me desperté entonces y pienso en qué ha pasado, por qué vivo frente a un infinito salvaje y salado y por qué en el pueblo saben usar las palabras nuevas con fuerza, pero también con tino, sobre todo las que rodean y rodean y

rodean lo que aún no puede ni podrá decirse, las menciones minúsculas que aletean, capturas fugaces de las que vivimos, como las del mar, que nunca se puede tener del todo y baila para siempre entre las redes, pero mejor así en realidad, amar lo que se tiene solo a ratos y tener orejas muy pequeñas para escuchar el sonido de la hiedra cuando se abre paso entre los muros. Y Chiruca entra y me encuentra así, mirando por la ventana del fregadero, con los dedos sujetando demasiado tiempo la misma hoja de lechuga bajo el agua fría y cierra el grifo *vas quedar tesa* y me da un beso y se sienta y abre su mochila y saca un vino y empieza a contarme novedades, está feliz. Abre mucho los brazos, arquea las cejas, estar eléctrica y contenta en ella es la misma cosa, yo voy pelando patatas mientras Chiruca sube y baja en su carácter también hecho de mareas, las echo al fuego, pico tomate y cebolla, aliño con mucho vinagre la lechuga porque sé que le gusta así, me cuenta las buenas noticias del trabajo y de su novia y en cómo lo dice ahí está ella, la observo en sus gestos como una película muda, no tengo ni idea de quiénes seremos en cinco años, en quince, en treintaitrés, pongo la ensalada en el centro y se echa como loca al plato y me hace gracia el ansia que le atraganta la comida, pero sé que seguiremos sentándonos alrededor de una mesa. Le sonrío y pienso en que lo hemos hecho bien.

Después del café nos despedimos hasta mañana, las dos tenemos que volver al trabajo. Y yo esta tarde, como muchas otras, le cuento la historia del pueblo a un grupo de turistas mientras lo caminamos y visitamos los talleres y nos saludan Lita y Xela y Catuxa y Cruz y luego vamos al museo y les explico por qué es que aquí empezamos a hablar de encaje a finales del siglo XV, quizás ya en el XVI, cuando comenzaron a trabajarse las randas por separado para engarzarse después en la tela y hacer del conjunto, unidad, ¿aquí, en el pueblo?, preguntan, sí, bueno, aquí en el pueblo, digo, pero también en toda la parroquia y más allá, desde Muxía hasta Fisterra, pero también de Laxe a Noia y casi que hasta en Compostela, y continúo hablándoles de nuestro punto, el de guipur, típico de los zurcidos de las campesinas en el XVIII y en el XIX, tantas veces juzgado como una manualidad, separada del intelecto, sin valor y nada más lejos, digo yo y entonces me preguntan si es que para eso vine yo aquí, para tejer, para contar

historias, sí, eso es, pues cuéntanos entonces cómo llegó el encaje aquí, cuál es su origen, uy, veréis, hay muchas teorías, tiro de un hilo y cuento que unos dicen que siempre estuvo aquí porque era cosa de los celtas y nadie lo trajo, sino que fueron los que vinieron a Camariñas quienes se lo llevaron desde aquí al mundo, ahhhh, tiro de otro y sigo enlazando más teorías, o providencia divina, defienden los creyentes que fue una enseñanza de la Virgen, uhhhh, pero otros ubican su aparición en el XVI, trenzo otro hilo, y dicen que nuestro encaje es copia del que se hacía en Flandes y que aquí estaba la mano de obra barata durante el reinado de Felipe II, ¿ah, sí?, o no, quién sabe, porque tirando de otro hilo quizás fueron los irlandeses, también en el XVI, y de otro los árabes, con sus anudados y entrelazados de macramé podría ser, es difícil, fijar un lugar, una manera y una fecha porque, como veis, hay todo un entramado de historias y aquí existe el encaje desde que existe la memoria, vale, sí, pero, empieza a decir uno al que parece que no le gusta que haya tantos flecos, tú qué crees, ¿tienes alguna teoría preferida?, alguna que creas que tiene más sentido que las otras, no sé. Me detengo y sonrío, claro que sí, pero mi teoría preferida en realidad no es una teoría, es… una leyenda, ¿queréis escucharla?

Asienten.

Entonces nos detenemos a la entrada del pueblo y empiezo a tejer para ellos mi propia versión de la historia que lo cuenta. Rodeamos entre todos la estatua en piedra de la encajera que trabaja a lo largo de los siglos aferrada a su cojín y desde el centro de este círculo empiezo a hablar del otro, lo hago girar en espiral. Hablo de un tiempo fuera del tiempo y de un lugar que está en todas partes y en ninguna, que hoy como entonces lo forma un coro, compuesto por un puñado o por decenas o quizás por cientos y a veces hasta por miles de arañas blancas, mujeres vestidas de lino que se toman de las manos en la misma reunión. Y en el medio *ellas*. ¿Ellas?, sí, ellas, las primeras tejedoras de la tierra y del viento y de las olas que explotan en espuma contra las rocas y del mismo espíritu que se hace estallar en todo lo viviente, ellas, veneradas y temidas, las Señoras de Costa da Morte, dueñas de la saliva y de los hilos, transmisoras del saber ancestral.

Hay un silencio cuando termino mi relato, como si todos necesitasen un tiempo para sostener lo que acabo de contarles. Y cuando reanudamos la marcha y me adelanto para irlos guiando hacia el final de la ruta, alguien me repite entonces la misma pregunta que ya me hicieron antes, tantas otras veces.

—¿Desde cuándo haces este recorrido?

Sonrío. Hoy no tengo meses ni años que añadir a mi respuesta.

En lugar de eso doy media vuelta y les busco los ojos.

Los miro uno a uno antes de contestar.

—Desde siempre.

Esta obra fue creada, en parte, durante una residencia de creación en la Cité des Arts (París), organizada por Acción Cultural Española (AC/E) y el Ayuntamiento de París, con la colaboración de la Embajada de Francia en España, y contó también con el apoyo de la Xunta de Galicia a través de la residencia literaria Ciudad de la Cultura, de la residencia literaria Illa de San Simón y de la estancia en el Centro de Investigación Artística Hangar de Lisboa. Las personas que están detrás de estas iniciativas son la verdadera red: a todas ellas, gracias infinitas.

Por el cuidado, las sugerencias y el entusiasmo, un agradecimiento especial a mis editores. Y a la incombustible y maravillosa Ella Sher, sin la que esta edición nunca habría existido.

«Los mitos despiertan
en el ser humano pensamientos
que le son desconocidos.»
Claude Lévi-Strauss

Desde Libros del Asteroide queremos
agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de
Punto de araña. Esperamos que el libro le haya
gustado y le animamos a que, si así ha sido,
lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle
otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que visite
www.librosdelasteroide.com y nuestros perfiles de
redes sociales, donde encontrará información completa
y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá
ponerse en contacto con nosotros para hacernos
llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Nerea Pallares Vilar (Lugo, 1989) es licenciada en Periodismo por la Universidad de Santiago y máster en Estudios Comparativos de Literatura, Arte y Pensamiento por la Universitat Pompeu Fabra. Es autora de las colecciones de cuentos *Sidecar* (2015) y *Los ritos mudo*s (2021), y algunos de sus relatos se han incluido en antologías como *Pena negra* (2022) y *Ellas, las extrañas* (2023). Con el original gallego de *Punto de araña* (2025; Libros del Asteroide, 2026) ganó en 2025 el Premio García Barros.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Punto de araña*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Comerás flores, Lucía Solla Sobral
Vallesordo, Jonathan Arribas
El accidente, Blanca Lacasa